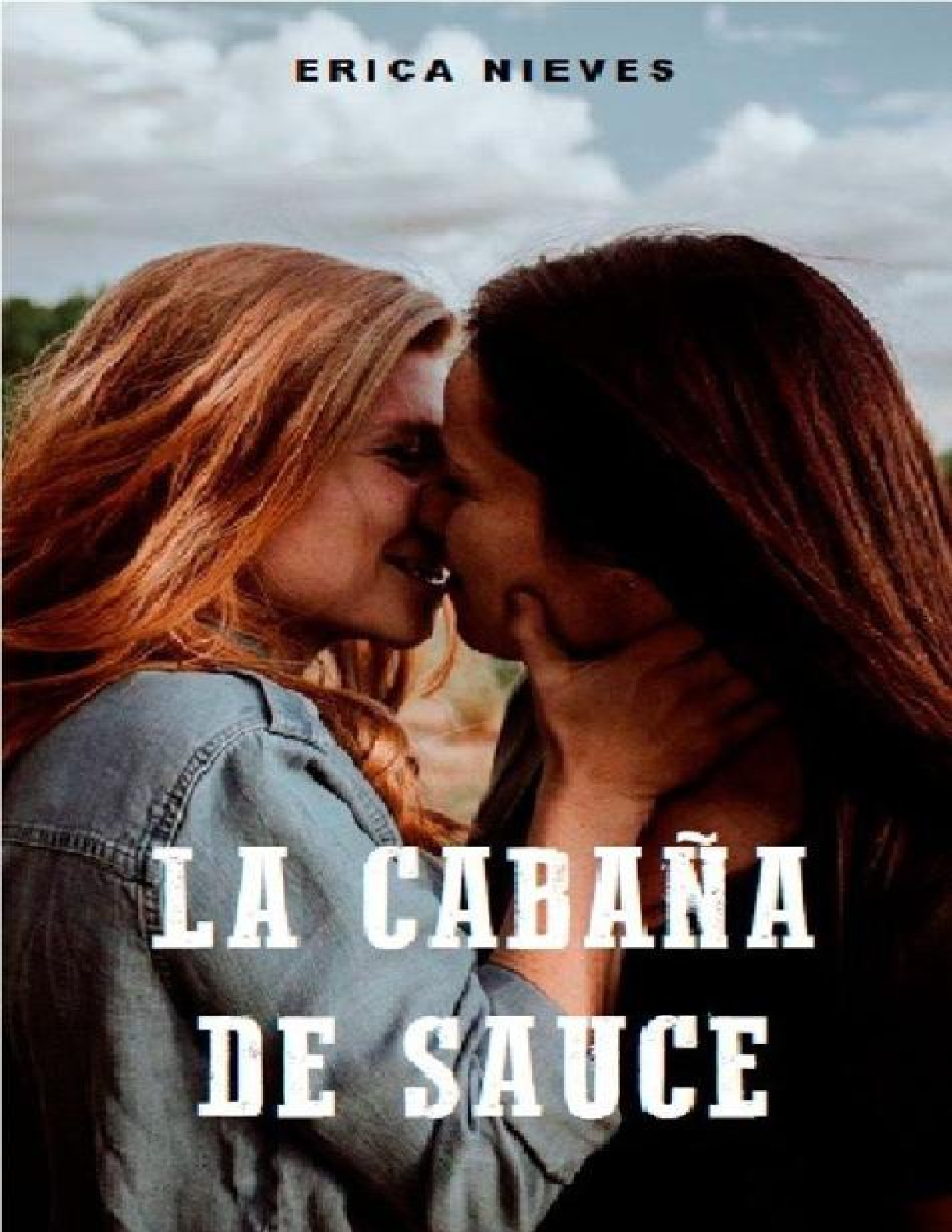
ERICA NIEVES



LA CABAÑA DE SAUCE

La cabaña de sauce

Erica Nieves

La única cabaña de sauce que tengo la construí un ocho de diciembre de 1994 y todavía sigue en pie. Muchas gracias por ayudarme a mantenerla, waniluna.

Contents

Title Page
Dedication
CAPÍTULO 1
CAPITULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
EPÍLOGO

CAPÍTULO 1

-Creo que nunca me cansaré de mirarte –me dijo Helen, mientras su mano recorría mis caderas desnudas.

Mi piel se estremeció y no supe a ciencia cierta si se debía al contacto o por la visión de su sonrisa, y la seguridad de que estaba siendo causada por mí. Nunca había estado enamorada y el solo hecho de estar en la cama, junto a ella, acariciándonos con delicadeza, significaba más que ninguna otra cosa para mí.

Aunque el sexo tampoco estaba mal, desde luego.

-Espero que no te canses, porque yo siempre quiero más –le repliqué yo, incluyendo el doble sentido.

Helen se echó a reír y acto seguido acercó su boca a la mía. Su beso fue claramente sexual, lleno de deseo e impaciencia, y mis labios se agarraron a los suyos como si se tratase de lo último que fuesen a hacer.

Su lengua se abrió paso sin contemplaciones y acarició la mía de manera cada vez más desenfrenada, mientras todo mi cuerpo empezaba a retorcerse de placer por lo que sabía estaba a punto de venir. Mis brazos rodearon su cuello atrayéndola todavía más hacia mí y sentí como su pierna cubría mis caderas. Sentada a horcajadas, Helen tenía el control de la situación y le encantaba poder ser ella quien decidiese qué hacer y durante cuánto tiempo, y a mí dejarme dominar por ella, consciente de que fuera lo que fuese, iba a generarme un placer inigualable.

-No te reprimas. Sé lo mucho que estabas esperando a estar encima de mí.

-Desde luego. Por fin podré hacer lo que quiera contigo –me dio, lanzando su boca hacia mi cuello, haciendo que contrajese todos los músculos de mi espalda y elevase la barbilla, no solo para proporcionarle más espacio, sino como consecuencia de la creciente excitación que sentía.

Como si sus besos no fuesen suficientes, su mano descendió para acariciarme entre los muslos y casi en el mismo instante en que sentí el contacto y el calor de su mano, todo mi cuerpo reaccionó con intensidad.

Entreabrí la boca en busca de la suya, mordiendo su labio superior antes de zambullirme en su interior y devorar su lengua con la mía.

Aplasté mi cuerpo contra el suyo mientras mis piernas aprisionaban su mano, que no dudó en penetrarme con rapidez, arrastrándome a una completa perdición.

Fue en ese momento cuando nuestros teléfonos comenzaron a sonar y ambas tuvimos que sobreponernos a nuestra ansia.

-No podían haber elegido peor momento –logré decir, volviendo inmediatamente a besarla desesperadamente.

-¿Y si no respondemos? –sugirió ella, devolviéndome a su vez el beso.

-Sospecharían que estamos juntas –dije, sintiéndome como un buzo que sube a la superficie para coger aire antes de volver a sumergirse.

-¿Y eso estaría tan mal? –me preguntó ella, poniéndose seria de repente.

Yo la miré, sorprendida y a la vez, defraudada. De repente, todo el deseo que sentía por ella se desvaneció y lo único que quedó fue la sensación de reproche. Ambas sabíamos que debía responder a aquella llamada pero había transformado una situación especial en un nuevo ataque contra la situación de nuestra relación.

Dolida, me giré para coger el teléfono que descansaba sobre la mesita de noche.

-Murphy.

Ya sabía de quién se trataba antes de coger el teléfono, puesto que su nombre aparecía en la pantalla. Se trataba del director adjunto William Shepherd y eso solo podía significar
que se trataba de algo importante. Tu jefe no te llamaba a no ser que lo fuera. Por ese motivo y porque nadie más solía llamarme, era por lo que resultaba imperativo cogerla.

Shepherd fue directo al grano. Siempre lo hacía. Requerían de mi presencia porque había aparecido nuestro hombre y no había tiempo que perder. Ya habían avisado al resto de mi grupo y le habían proporcionado toda la información, por lo que estaría ya en camino.

-Gracias, señor. Mándeme las coordenadas y estaré allí enseguida.

Al otro lado de la línea, Shepherd preguntó si sabía el paradero de la teniente Dawson, que no respondía al teléfono.

-No, no lo sé, pero me pasaré por su casa para recogerla, no se preocupe. Gracias por todo.

Por último, me advirtió que tuviésemos cuidado. Se trataba de un hombre peligroso.

-Sí, lo tendremos.

Cuando colgué, Helen me miraba enfadada. Aquella sugerencia no había sido fortuita, sino fruto de la frustración que desde hacía meses nos llenaba por tener que mantener nuestra relación en secreto. Ya era bastante grave de por sí que formásemos parte del mismo equipo, sobre todo para mí, dado que era su superior, pero que además se tratase de dos mujeres convertía a aquello en una bomba de relojería que podía acabar con nuestra carrera.

-Dime, ¿de verdad sería tan grave que la gente lo supiese… si es que no lo saben ya? –volvió a preguntarme Helen, sin apartar la vista de mí.

-En estos momentos no me siento con fuerzas para pelear otra vez por lo mismo, Helen. Simplemente, no creo que sea una buena idea. Quizás dentro de un tiempo…

-Sí, sí… más adelante, dentro de unos años, cuando nos retiremos… nunca es ahora, siempre es *más adelante*. Pero para mí, eso empieza a no ser suficiente, *Gil*. Necesito algo más de compromiso por tu parte.

-¿Te parece poco el que acepto ahora mismo, estando contigo, poniendo mi carrera en peligro por estar a tu lado?

-Así que se trata de eso. No quieres reconocer que eres lesbiana para no comprometer tu futuro en la agencia.

No, no era eso… o al menos, no se trataba solo de eso. Pero para Helen, acostumbrada a moverse con total libertad por no tener nada que perder, aquella situación le parecía inaceptable. Para mí, en cambio, que había dejado todo a un lado para conseguir llegar hasta donde me encontraba, era muy diferente. Tenía mucho que perder si los políticos que estaban en las altas esferas, y que solían ser intolerantes recalcitrantes, se enteraban de que no era una mujer heterosexual.

A pesar de todo... lo intenté.

-No lo entiendes, Helen. Bastaría con que supieran que estoy locamente enamorada de un miembro de rango inferior de mi equipo para que no volviese a hacer jamás trabajo de campo y he trabajado mucho para llegar hasta donde estoy ahora.

Helen pareció aplacarse, pero de alguna manera, yo tenía miedo. Solo pensar en perderla, después de todo lo que me había costado encontrar a alguien con quien compartir aunque fuese un ínfimo momento de felicidad, se me hacía insoportable. Temerosa, alargué los brazos para abrazarla.

Ella no me rechazó, pero tampoco me correspondió como yo esperaba.

-Supongo que tu carrera es más importante que yo, *Gillian Murphy*.

Cuando Helen pronunciaba mi nombre y apellido juntos era síntoma de que estaba cabreada. Sabía que le había hecho daño, porque no era la primera vez, así que no me lo tomé a mal continué hablándole en el mismo tono.

-No, no lo es, y si alguna vez tengo que escoger, te escogeré a ti, pero es que… no creo que sea necesario hacerlo aún.

Helen respiró profundamente y continuó sin acercarse. Yo me sentía completamente vulnerable, no solo por el hecho de que estuviese desnuda, sino porque Helen me colocaba entre la espada y la pared.

-¿Qué te ha dicho Shepherd?

-Qué han localizado a nuestro hombre y se lo ha dicho al resto del equipo. Nos esperan ya en el lugar –dije en tono casi indiferente, para intentar cerrar aquella conversación.

Helen retiró las sábanas con suavidad, pero su cuerpo me dio la espalda casi inmediatamente. En aquel instante mi estómago se retorció por el temor a no tenerla a mi lado, pero aquel ligero sentimiento de inseguridad no era nada comparado con lo que experimentaría durante los meses siguientes.

Lo peor estaba por llegar.

Recuerdo que cuando contemplé su espalda, además de pensar en lo hermosa que era y la suerte que tenía al estar con ella, me di cuenta de que ella tenía razón. Había estado postergando el momento de mostrarle a todo el mundo lo que sentía por ella y si hacía falta, sacrificar lo fuese necesario con tal de estar juntos. No podía tomar otra decisión porque la quería con locura. Pero algo en mi interior continuaba resistiéndose y poco a poco, parecía ir creando una sima entre ambas.

Estuve tentada en abrazarla, pero no me atreví. Después sería demasiado tarde pero en ese momento, lo único en lo que podía pensar era en que tenía un trabajo que hacer.

La agencia había localizado a uno de los terroristas que llevábamos buscando desde hacía meses. Formaban parte de una célula que había sido *desmantelada* y de la cual habían logrado escapar dos de sus miembros. Eran muy peligrosos.

No había tiempo que perder, porque cada vez que desaparecían, lograban mantenerse varios meses fuera de nuestro radar, lo que significaba que disponían de tiempo suficiente para preparar nuevos ataques como los que habían amenazado con efectuar, así que nada más llegar al lugar de encuentro, había todo un equipo especial preparado.

Durante todo el trayecto, ni Helen ni yo dijimos nada. Yo conducía e intentaba hacerlo de forma eficiente, yendo lo más rápida que podía sin que corriésemos peligro, pero no dejaba de mirar de reojo a Helen, que ocultaba su mirada bajo sus gafas de sol, que le daba el aspecto de permanecer completamente indiferente a mi presencia.

Finalmente, llegamos al lugar de encuentro, y nada más detener el coche, antes de abrir la puerta, la mano de Helen agarró mi brazo con suavidad.

Yo la miré, aliviada.

-No quiero que vayas ahí preocupada, Gillian –me dijo -. Te quiero, ¿lo sabes?

-Ahora sí.

Le sonreí fugazmente y abrí la puerta para salir. No podía quedarme allí porque no tardaría ni un segundo en dejarme llevar por las ganas que tenía de abrazarla y besarla con desesperación y eso era algo que estaba fuera de cualquier posibilidad por el momento, pero al menos, esperaba que mi sonrisa nos sirviese a ambas para decirnos todo lo que queríamos.

Nada más bajar vi cómo se acercaban los otros dos miembros de nuestro equipo. Louis

Birdman tenía cincuenta y un años pero su amplia experiencia en la policía primero y el FBI después, lo había pulido y convertido en un agente aguerrido y leal. Detrás de él caminaba el otro miembro de nuestro equipo, Kay Riennan, cuya juventud no le había impedido hasta el momento mostrar su gran determinación. Su cabellera rubia ondulaba libre por delante de su rostro, proporcionándole un aspecto casi irreverente, pero yo confiaba en ella plenamente y sabía que podía contar con su apoyo.

En realidad, confiaba en todos ellos. Nuestro grupo se había formado hacía ya dos años y medio y durante ese tiempo, habíamos demostrado una eficiencia a prueba de bombas, ya que habíamos logrado detener a un buen número de terroristas.

-¿Quién nos ha dado la información de que estaba allí dentro? –le pregunté a Louis mientras Helen se colocaba a mi lado, obligándome a no mover ningún músculo por su presencia.

-Uno de nuestros informantes habituales, Leo, nos avisó –explicó Louis – después de enterarse que estaba a la espera de recibir un pequeño cargamento de armas y explosivos. No es muy amigo de los terroristas.

-Está bien. Entonces supongo que podemos confiar en lo que dice. ¿Sabemos si hay alguien con él?

-No que sepamos.

-¿Cómo es el terreno?

-Difícil –me explicó Kay -. El edificio está en una pequeña plaza en la cual hay varios vehículos aparcados que podrían servirnos de escudo, pero no vive nadie, por lo que nada más vernos sospechará que vamos a por él y empezará a dispararnos.

-¿Y el equipo de apoyo?

-Llegará en diez minutos. No estaban preparados –me explicó Louis.

-Está bien. Supongo que deberíamos esperar al equipo de apoyo, pero puesto que el objetivo está solo y contamos con el factor sorpresa, también podemos intentar encargarnos nosotros. Hemos trabajado mucho y lo último que necesitamos es que vengan otros y nos quiten el mérito. ¿Estáis de acuerdo?

Yo los miré a los tres y todos asintieron. De ninguna manera me habría arriesgado a lanzarnos allí si alguno de ellos se hubiese negado. A mi lado, Helen hizo igual que los demás. Todos deseábamos capturarlo, así que la decisión estaba tomada incluso antes de que yo les hubiese preguntado.

-Bien –comencé a explicarles -. Entonces, lo haremos de la siguiente manera. Avanzaremos desde tres puntos diferentes. Yo iré primero y Helen me seguirá a unos metros de distancia. Louis, tú irás por la izquierda y Kay, por la derecha. De esa forma, seguramente nos vea, pero no le será fácil centrar sus disparos si tiene tres objetivos distintos. El objetivo será alcanzar la entrada del edificio con seguridad, pero si la cosa se pusiera fea, la prioridad es sobrevivir, no atraparlo. ¿Está claro?

Todos asintieron. Helen me miró, satisfecha, y movió la cabeza hacia abajo de manera más pronunciada que el resto.

-Nada de heroicidades –remarqué -. Ante la primera dificultad, disparamos primero y nos retiramos.

Sabía que era peligroso antes de entrar en aquella trampa mortal, y también que nuestro orgullo… el mío, no nos estaba dejando examinar la situación con objetividad, pero tampoco era la primera vez que nos veíamos en una situación parecida. Mi equipo era lo suficientemente experimentado para salir de allí con éxito, y eso era lo que esperaba. Así que, no lo dudé ni un solo instante. Nadie lo hizo, creo yo.

-Vamos allá.

El gran error no fue fiarse de la información de un soplón que no nos debía nada o esperar que todo podía desarrollarse sin mayores contratiempos, sino pensar en el éxito de la misión y no en nuestra propia seguridad. No me di cuenta de ello… hasta que fue demasiado tarde.

Tal y como habíamos acordado, yo marchaba en primer lugar, como punta de lanza, centrando toda la atención, mientras Louis y Kay caminaban a mis flancos y Helen lo hacía unos metros más atrás de mí, fuera de su campo de visión. Siempre lo hacíamos así y hasta ese día, nos había salido siempre bien cada vez.

Apenas habíamos avanzado unos metros cuando sonaron tres disparos y mientras yo sacaba mi arma y me parapetaba detrás de un coche, Louis y Kay permanecieron al descubierto buscando el origen de los mismos, quedando completamente expuestos. Esa fue su gran equivocación. No se habían asustado porque nos habían disparado en muchas ocasiones y no parecía existir excesivo peligro, pero se trataba de un espejismo.

De repente surgió una lluvia de balas que me obligó a permanecer oculta con el arma entre mis manos, agachada, impidiéndome hacer nada para evitar que los demás la recibiesen.

Un impacto en el pecho lanzó a Louis a no menos de tres metros hacia atrás, para a continuación recibir una herida en el brazo izquierdo y otra en la mejilla derecha; Kay fue herida en una pierna por una bala y en un costado por otra, cayendo al suelo en medio de un desgarrador grito de dolor; y finalmente, llegó el turno de Helen.

Ella entró en el campo de tiro en último lugar, después de que los demás cayesen, y se encontraba completamente descubierta ante el cruel ataque. Quien quiera que estuviese disparando dispuso de todo el tiempo del mundo para recargar, por lo que mientras ella corría hacia los demás aprovechando el pequeño lapso de tiempo sin disparos, y yo comenzaba a salir de mi escondite para intentar sacarlos de la línea de tiro, las balas volvieron a surcar por los aires, impactando una tras otra en sus piernas, vientre, pecho…

-¡NOOOOOOO!

Mis gritos se confundieron con el sonido de las balas y sentí cada impacto que recibió en su cuerpo como si fuese el mío quien los estuviera recibiendo.

Sin dejar de correr hacia ella, comencé a disparar sin apuntar, apretando el gatillo de mi revolver una y otra vez, intentando que el tiempo avanzara más deprisa para mí y que todo hubiese sido un espejismo. Era como si los pocos metros que nos separaban, se hubieran transformado en realidad en kilómetros de distancia, mucho más que la que había percibido aquella mañana cuando nos peleamos.

Para cuando llegué a su lado, ya estaba muerta.

Los demás miembro del equipo se retorcían de dolor en el suelo y aún les quedaría sufrimiento por delante, pero no a Helen. Ella yacía inerte, tumbada boca arriba, sangrando por todas partes.

Las balas rebotaban en el suelo a mi alrededor pero yo no reaccionaba, sino que permanecía mirándola como si no estuviese realmente allí.

Helen no estaba muerta y yo no estaba contemplando su cadáver. Tan solo unas pocas horas antes, nos encontrábamos tumbadas en la cama, riéndonos, acariciándonos y sintiéndonos felices de estar juntas. A pesar de estar agachada junto a su cadáver, en mis ojos aparecía solo el rostro de la persona de la cual estaba enamorada y no era consciente de nada más. Mis oídos tampoco eran capaces de escuchar las voces de mis compañeros pidiendo auxilio y gritándome para que me quitase de allí, porque tampoco me importaba. No deseaba estar en otro lugar; no quería vivir sin ella.

Por ese motivo, cuando la primera bala impactó contra mi cuerpo, apenas me di cuenta

realmente de lo que había ocurrido. Mi cuerpo se movió, debido a la fuerza del impacto, pero yo me mantuve en idéntica postura. Después lo hizo otra y a continuación, de manera casi ininterrumpida, cuatro más. Solo entonces el asesino logró doblegar mi resistencia a permanecer allí, meciendo el cuerpo de Helen, y caí al suelo. Yo sabía que era el fin y no me importaba en lo más mínimo, porque para mí aquello ya había ocurrido…

… en cuanto Helen dejó de respirar.

El equipo de apoyo llegó un minuto más tarde y acabó con nuestro hombre. Por lo visto, ya había recibido el arsenal y lo había descargado contra nosotros. El soplón nos había engañado, y aunque no tardarían en capturarle, no significó diferencia alguna para mí, porque era incapaz de sentir nada.

Louis falleció de camino al hospital, mientras que Kay quedó tan malherida que nunca se reintegró al servicio y se vio obligada a abandonar la agencia. Hablé con ella una vez, en el hospital, pero me sentía demasiado culpable como para hacerlo de nuevo y no pude volver a reunir fuerzas para verla de nuevo.

En cuanto a mí, tardé siete meses en salir del hospital y otros cinco en recuperarme completamente de mis heridas… físicas, por supuesto, porque el rostro de Helen caída en el suelo aún y su mirada vidriosa intentando fijarse en mí, se me aparecía cada noche, recordándome que a pesar de respirar y caminar, no me sentía viva en absoluto.

Quizás por ese motivo busqué ocultarme del mundo y me fui al único lugar en el cual esperaba poder hacerlo.

Regresé… a mi pasado.

CAPITULO 2

Era un ambiente completamente diferente al que estaba acostumbrada, alejada del ruido de los coches, decenas de personas a mi alrededor y el humo de los tubos de escape. El rancho de mi padre, mío ahora, se me antojaba tan extraño como si hubiese aterrizado un planeta desconocido en el que respirar podía ser mortal. Era todo un atrevimiento por mi parte haber ido hasta allí.

El rancho se extendía hasta que se perdía la vista, como cualquiera que mereciera la pena, haciendo que me sintiese como si fuese la única persona viva en todo el mundo. Giré trescientos sesenta grados, actuando como si yo fuese el eje central del universo, solo para cerciorarme de que así era. No había más que cielo y pradera… y aquella vieja casa abandonada a su suerte. Ningún ruido, aparte de la brisa empujando la hierba y haciendo que mi cabello bailase; ninguna sombra alertando de la presencia de alguien o algo a mi lado.

Estaba sola.

Alcé la vista para protestarle a lo único que en verdad me molestaba. El abrasador sol parecía querer recordándome que no debía estar allí y las gotas de sudor que caían por mi rostro, lo confirmaban.

¿Sería un error? ¿Por qué estaba allí? ¿Cómo me había atrevido a regresar a aquel lugar, después de haber salido huyendo de él?

Mi padre llevaba muerto seis años y no había ido a su entierro, incapaz de olvidar las últimas palabras que me había dicho, ni tampoco su última mirada antes de que me echara de casa y de su lado. A pesar de lo lejos que había viajado, siempre tuve la sensación de que no había dejado de correr en todos aquellos años, de que no había conseguido alejarme lo suficiente, y la prueba era que jamás le había perdonado.

Me había llamado en muchas ocasiones pero yo nunca le había cogido el teléfono; también me escribió cartas que ni siquiera me molesté en abrir y que tiré a la basura con rapidez, por si acaso me arrepentía después. Por eso fue incomprensible que finalmente me dejase en herencia su preciado rancho, aún a sabiendas de que me negaría a aceptarlo. Mi madre no tardó demasiado en abandonarlo y volver a la vida de la ciudad y con el tiempo, yo también acabé por hacerlo, dejando a mi padre completamente solo.

Lo odiaba tanto que cuando me enteré de que el rancho era mío, dejé que aquel lugar se pudriera bajo una montaña de impuestos, con la vana esperanza de que así pudiera vengarme de él aun cuando ya no se encontraba en este mundo.

Una estupidez digna de mí, sin duda alguna.

No sabía que años más tarde, aquel lugar acabaría siendo precisamente el refugio que yo necesitaba para olvidarme de mí misma.

El rancho estaba en un claro estado de abandono total. El vallado que debía servir para guardar a los caballos daba auténtica lástima, al igual que las caballerizas, que necesitaban un arreglo urgente, tirando a *ya*. Me debatía entre preocuparme por ello o dejarlo por imposible, aunque algo en mi interior me decía que no podía rendirme tan pronto.

No era mi estilo.

Pero la casa era todavía peor. Se encontraba en un estado de ruina que casi invitaba a echarla abajo y hacer una nueva.

Subí los escalones y uno de ellos cedió en cuanto puse el pie en él. Era el pobre lamento de

una casa en ruinas y una vida a la que le faltaba muy poco para encontrarse igual.

-¡Mierda! –exclamé en voz alta.

Saqué el pie, terminé de subir y entré.

Estaba segura de que en otros tiempos aquella casa habría sido el mejor lugar del mundo, pero mi memoria apenas me permitía recordarlo. Solamente era capaz de verme a mí misma en brazos de mi padre, sonriente, sintiendo que aquella era la mejor vida del mundo por estar rodeada de la persona a quien más quería.

La bruma de un pasado lejano cubría cualquier recuerdo que tenía de aquella casa; eso y el dolor que luego me llenó por completo. Por ese motivo, la casa, el rancho, mi padre… solo evocaban en mí el olvido.

A pesar de su aspecto, sentí que podía arreglar aquello. Las paredes necesitaban ser pintadas y los muebles restaurados o, en el caso de algunos de ellos, renovados por completo. Aquello iba a ser como una terapia para mí, en la cual pretendía pensar únicamente en que al final, dispondría de un lugar en donde podría pasar el resto de mis días tranquila, haciendo algo que nunca pensé en hacer.

Ser como mi padre y olvidarme del resto del mundo.

Tras examinar todo el lugar, anoté mentalmente todo lo que me iba a hacer falta y salí de la casa. Ese mismo día me acercaría al pueblo en busca de materiales.

Puedo con ello, pensé.

Eran las diez de la mañana y en aquellos momentos, el sol daba directamente en la casa, así que mientras mis piernas me llevaban afuera, me coloqué las gafas de sol. Aún no tenía ningún sombrero, pero sería casi lo primero que haría aquel día en cuanto dejara aquel lugar. ¡Cuándo se había visto una vaquera sin un sombrero! ¡Nunca en la historia! Sonreí al pensar en ello, sin percatarme de que no estaba sola.

Una sombra alta interrumpió la llegada de la luz y cuando la miré, me encontré con lo último que yo esperaba.

-Hola, Gil.

El tiempo no había podido difuminar aquel rostro que tantas veces recordaba haber visto. Ahora podía completar la escena que antes había recordado. No solo estaban mi padre y mi madre, sino también una amiga de mi misma edad con la que pasaba casi todo el tiempo. Vivía en el rancho vecino y nuestros padres eran viejos amigos desde su infancia. Su cabello rubio ondulado relucía al sol, pero su sonrisa fue lo primero que me llamó la atención. Era como si el mundo no pudiese entristecerla y al verla, se viese obligado a soltar una carcajada. Sí, era Anne, sin duda alguna, que después de tantos años había conseguido mantener aquel rostro lleno de felicidad y confianza.

Qué suerte para ella.

Ahora estaba allí, montada a caballo y mirándome como si el tiempo no hubiese pasado entre las dos.

Era como si de repente, todos mis recuerdos volviesen a la vida, y no hubiesen pasado años, sino días… o incluso horas. Anne y yo habíamos sido amigas inseparables, las hijas de dos curtidos rancheros que habíamos pasado juntas casi todos los días de nuestra juventud. Cuando no estábamos en la casa de la otra, teníamos el teléfono a mano para lo que se nos ocurriera y eran raras las noches en las cuales no dormíamos en la misma habitación. A la edad de doce años, Anne y yo éramos las mejores amigas hasta que un día, *el día,* abandoné aquella tierra, mi casa y mi vida, y no miré atrás.

Ahora, al verla sentada a la grupa, me di cuenta de lo grave que había sido mi traición y la

emoción al volver a verla, quedó camuflada bajo el peso de la culpabilidad.

Al verla, me llené de dudas sobre si aún podríamos recuperar aunque fuera una ínfima parte de todo aquello.

Pero los años no pasaban en balde. Si bien no curaban las heridas, sí que nos enseñaban a disimularlas. Gracias a ello pude mirarla a los ojos y alegrarme de verla, aunque fuera solo por un instante, como haría cualquiera al reencontrarse con una vieja amiga.

-Dios mío, Anne. ¡Cuánto tiempo!

Anne descabalgó con habilidad y para mi sorpresa, sonrió. Sabía que al contrario de mí, ella se había quedado allí y había aprendido a hacer su vida en la tierra que le había visto nacer, pero tras bajar del caballo, ambas nos fundimos en un fuerte abrazo como si el tiempo entre las dos no hubiese transcurrido. Fue hermoso dejarme envolver por sus brazos como si el tiempo en verdad hubiese sido amable con las dos.

Su perfume me rodeó como un manto de flores. Era suave y delicado, pero también penetrante. Me retrotrajo a otra época y otro lugar, en donde no había problemas, solo risas y felicidad.

-Había oído que venías, así que me he acercado a ver si te encontraba –me explicó con naturalidad.

Aquello me extrañó. No estaba preparada para ver a nadie, pero mucho menos a ella. Entre otras cosas, buscaba soledad en aquel lugar, y el olvido; deseaba olvidarme del mundo casi tanto como que el mundo se olvidase de mí.

-¿Y quién demonios sabía que yo venía? No recuerdo habérselo dicho a nadie.

-A nadie excepto… al banco. Tuviste que pagar todos los impuestos de la casa antes de venir.

-Pero de eso hace casi dos meses. ¿Cómo sab…

No terminé la frase. Había llegado aquella misma mañana en tren, así que si estaba allí, era porque Anne había estado viniendo cada día desde entonces. ¿Podía ser así? ¿De verdad Anne se había preocupado en vigilar mi llegada?

Ella pareció adivinar mis pensamientos.

-Me gusta pasear a caballo, así que me daba lo mismo ir por un lugar que por otro.

-Entiendo.

No sabía qué más decir.

-¿Quién es tu compañero? –le pregunté, señalando al caballo y acercándome para acariciarle la cabeza.

-Mi compañero es *ella* y se llama Wendy.

Miré a Anne, me agaché para mirar por debajo a Wendy… y me eché a reír.

-Como verás, estoy bastante oxidada. Encantada de conocerte, Wendy.

Wendy relinchó suavemente. Tenía la cabeza marrón, así como el vientre y la parte superior de las patas, pero el lomo y los cuartos traseros eran completamente blancos. Hacía mucho tiempo que no veía un caballo y mucho más desde que había tocado uno, pero sin duda alguna, era preciosa.

-Para estar oxidada diría que tienes buena mano con los caballos –me dijo Anne, que no dejaba de observarme.

-Supongo que lo que se aprende de joven jamás se olvida.

Por un instante, mi mente se evadió completamente de la amargura que sentía pensando en un nuevo recuerdo, esta vez, a lomos del primer caballo que había montado, llevado con una cuerda por mi padre. De nuevo estaba sonriendo, como si todo el rencor que llevaba sobre mis hombros, jamás hubiera existido, y todos mis recuerdos fueron felices.

Lo fueron, sí, pero únicamente durante los pocos años en los cuales mi familia estuvo unida.

-¿Estás bien? –me preguntó Anne. Yo la miré y sonreí intentando parecer que en efecto, sí que lo estaba.

-Sí. Solo… me vienen recuerdos de vez en cuando.

No debía permitir que la nostalgia me invadiese, y en lugar de eso, sonreí, feliz de que Anne estuviese allí. Hacía unos minutos estaba deseando que el mundo me tragara y ahora, me alegraba de que no hubiese sucedido. Mis ojos se desviaron hacia la casa, o lo que quedaba de ella, arrastrándome poco a poco a la realidad.

-No esperaba a nadie, mucho menos tan pronto.

La verdad era que no estaba preparada para regresar a la vida y tener que comportarme de acuerdo con lo que otros esperaban de mí, y sobre todo, no había previsto el reencuentro con una vieja amiga a quien abandoné sin dar explicaciones.

Afortunadamente, Anne no actuaba como si estuviese molesta. Más bien, todo lo contrario. Eso… facilitaba mucho las cosas.

-Tengo que ir al pueblo a conseguir material para empezar a arreglar la casa. Como puedes ver, tengo mucho trabajo por delante. ¿Quieres acompañarme? –le dije finalmente, rompiendo el silencio incómodo entre las dos.

-Hummmm no sé por qué, pero creo que a Wendy no le gustan los coches. Le parecen algo estrechos –me dijo, señalándome con la mirada el pequeño todoterreno en el que había venido. Nada más llegar al pueblo, había alquilado uno para poder moverme con facilidad por la región. Pensaba comprar uno, pero en aquellos momentos no me había parecido una prioridad y la verdad es que alquilarlo me resultaba mucho más cómodo. Mi naturaleza urbanita se imponía, sobre todo ahora, que acababa de llegar, y no confiaba demasiado en acomodarme a una vida que había dejado hacia demasiado tiempo, atrás.

-No, no creo que le guste para nada –le confirmé.

-Claro que podemos hacer una cosa, si te parece bien. Si arregláramos un poco esa horrible valla que tienes ahí, dudo que ocurriese algo si la dejáramos dentro mientras nosotras vamos en coche al pueblo. Después bastaría con que me trajeses de vuelta… y Wendy y yo nos volveríamos a casa tranquilamente.

Yo miré la valla. Me parecía completamente imposible de arreglar, al menos con tan poco margen de tiempo.

-¿Tú crees que podemos arreglar eso ahora? –pregunté, incrédula.

-Chica, sin duda la ciudad te ha ablandado.

Sus palabras me ofendieron, pero eran completamente ciertas. La vida en aquel lugar siempre había sido dura y no tenía por qué haber cambiado. En la ciudad, si se trataba de ir de compras, era la número uno; pero aquí, eso no servía absolutamente para nada.

-Lo siento. No me leí el manual de “como ser una vaquera en diez rápidas lecciones” –le repliqué. Anne me miró pero no dijo nada. En lugar de eso, ató las riendas de Wendy a uno de los postes de la casa, mientras yo temía en silencio que ésta se cayese al primer tirón de la yegua, y se dirigió hacia la valla. La seguí y ambas nos colocamos en sendos extremos de una de las maderas.

-No, no, no me ayudes. Lo que tienes que hacer es ir a buscar cuerda para sostenerlas.

-Claro, y eso es precisamente algo que tengo porque aquí no falta de nada.

Anne chasqueó con la lengua.

-Ay, no seas tonta. Tengo una en la silla de Wendy. Ve y cógela.

Me sentía completamente desplazada en aquel lugar y al lado de alguien que había vivido toda

su vida allí como Anne, pero intenté no mostrar mi frustración y sobre todo, no pagarlo con ella.

De nuevo pensé en que había venido para estar sola… y nada más llegar, ya me había encontrado con alguien de mi pasado. Era inesperado, pero mientras caminaba, me di cuenta de que me estaba resultando agradable. Anne se estaba encargando de eso al no recriminarme nada, ni siquiera con la mirada.

En la silla de Wendy había un rollo de cuerda, tal y como había dicho Anne. La cogí y regresé hasta ella. Anne dejó la madera en posición oblicua, sacó un cuchillo de su cinturón y cogió la cuerda.

-Veo que por aquí estáis preparados para todo.

-Desde luego. Un cuchillo es algo que nunca puede faltarte. Pero no sé por qué te sorprendes. Creo que recordar que te uniste a la policía, ¿no? ¿Los policías no lleváis siempre dos armas, una a la vista y otra escondida por si os hace falta?

-A la policía no. Al FBI. Y sí, siempre llevamos dos armas.

Nombrar mi vida era lo último que deseaba y sentí que todo mi cuerpo flaqueaba. Mis piernas amenazaron por un instante con dejarme caer y mi mente deseaba hacer una especie de "salto al vacío" sin saber en dónde acabaría. Pero Anne estaba allí cortando un trozo de cuerda y me miraba fijamente, por lo que me vi obligada a volver antes de lo previsto. No podía permitirle el lujo de perderme en mí misma.

No en aquellos momentos.

Así que simplemente, no añadí nada más y permanecí en silencio, observando la habilidad de Anne. Afortunadamente, ya fuera consciente o inconscientemente, ella tampoco dijo nada más y se dedicó a reparar la cerca.

Me dio el espacio que en ese momento necesitaba.

Anne cortó la cuerda y empezó a atar, con gran habilidad, el poste que había colocado en diagonal con uno vertical.

-¿Será suficientemente alto? –le pregunté, al parecerme que cualquier caballo podía saltar aquello.

-Wendy no saltará la valla, a no ser que haya algún peligro cerca de ella, en cuyo caso, lo que hará será regresar a casa. Se conoce el camino tan bien como yo.

-Tú mandas.

Anne sonrió mientras terminaba de atar los postes.

-Esa es la idea. Vamos por otro.

La habilidad de Anne hizo que en menos de veinte minutos tuviéramos el cercado bastante arreglado. Ella lo había hecho todo, haciéndome sentir como una auténtica inútil. Claro que tampoco preveía tener que arreglar aquello, y menos tan pronto.

Metimos a Wendy en un abrir y cerrar de ojos, le quitamos la silla para que pudiese moverse con comodidad y sin necesidad de hacer o decir nada más, la yegua comenzó a trotar y relinchar, feliz de estar libre, aunque fuese dentro de la cerca.

-¿Ves? Ella estará bien –me dijo - y ahora puedo acompañarte al pueblo sin problemas.

-Estupendo. Pues entonces, vámonos.

Ninguna de las dos pronunció palabra alguna durante el primer kilómetro. Era como si no nos atreviésemos a preguntar qué había sido de nuestras vidas por temor a que un sinfín de malos recuerdos nos atravesara el corazón… o al menos, así era en mi caso. Cualquier cosa que pudiera preguntarme solo reabriría una herida que sabía no sanaría jamás.

Aun así, me había buscado. Había estado esperándome. Así que *algo* debía sentir Anne todavía. Quizás necesitaba tanto como yo tener a alguien a su lado, a pesar de que yo no

estuviese todavía preparada para ello.

-Bueno, cuéntame algo de ti –le dije finalmente, intentando romper el hielo -. ¿Qué has hecho durante todos estos años? No tienes aspecto de haberte casado y tener un buen puñado de críos esperándote en casa.

No lo tenía en absoluto. Con su mirada felina y aquella eterna sonrisa, además de no tener ningún anillo en su dedo anular izquierdo, daba la sensación de haber permanecido tan libre como un pura sangre.

-Nop. No lo he hecho, en efecto. Pero me he labrado una buena reputación como rompecorazones. Por donde bailo, dejo hombres con la boca abierta y la bragueta cerrada.

-Mmmm, vaya, qué sorpresa. ¿De verdad nadie te ha cazado todavía?

Anne me miró y percibí un inesperado brillo en sus ojos, pero no respondió. En lugar de eso, me lanzó una pequeña sonrisa del tipo “es un secreto y es algo que solo lo sé yo”.

Así que no insistí.

Pero a ella no parecía molestarle hablar, hasta cierto punto y sin dar muchos detalles, sobre cómo era su vida. Al verla, pensé que era como un símbolo de la tierra que pisábamos, en donde el tiempo no parecía cambiar el estilo de vida de sus habitantes, sino que estos habían aprendido a adaptarse a ella.

-Estoy muy cómoda con la vida que llevo, así que no busco nada más. ¿Qué hay de ti? Lo último que supimos era que entraste en… el “efe-be-i” –me dijo, remarcando cada sílaba al recordar como la había corregido -, y que te iba bastante bien.

En aquellos momentos, yo circulaba a bastante velocidad, a pesar de que los caminos eran de tierra y poco más. Conducir se me daba bien y había realizado más de una persecución que hubieran hecho languidecer de miedo a los mismísimos Starksy y Hutch. Pero al preguntarme sobre mi vida, olvidé completamente lo que estaba haciendo y la muerte de Helen volvió a mi memoria, con todo el dolor que ello suponía.

-*¡NOOOOOOO!*

El cuerpo de Helen convulsionándose con cada disparo y yo corriendo hacia ella, sabiendo que era ya demasiado tarde. Su cuerpo cayendo al suelo y mis manos intentando agarrarla para que no lo hiciera. Y mi corazón entero desgarrándose al mirarla a los ojos y ver que la vida ya no estaba en ellos.

-*¡NOOOOOOO!*

-¡Gil, cuidado!

La voz de Anne me devolvió otra vez a la carretera. El coche había seguido recto en una curva y de no haber sido por ella, habríamos terminado saliéndonos del camino.

-Perdona –le dije, corrigiendo la trayectoria inmediatamente -. Me he distraído pensando… en lo que me habías preguntado.

La miré, esperando que no hubiese notado nada raro, aunque algo sí que percibió, porque me miraba extrañada. Anne no parecía ser de las despistadas, sino todo lo contrario. Su mirada era aguda y me daba la sensación de que era perfectamente capaz de ver más allá de lo evidente.

-Me iba bien… hasta que en una misión… la cagué. Como consecuencia de ello, murió gente… mis compañeros… *todos*.

Y Helen.

Al decir esto, sentí como si todo mi cuerpo se abriese de golpe y expulsase cada órgano y que tenía dentro. Necesité de toda mi fuerza de voluntad para no venirme abajo en aquel instante. Hacía unos segundos, solo con pensar en ello, había perdido el control del coche, pero ahora era incluso peor.

Tragué saliva, miré de reojo a Anne e intenté zanjar el tema.

-Por eso lo dejé y vine aquí.

-Entiendo –respondió escuetamente Anne, que ahora parecía preocupada por mí.

Sonreí.

-Sobreviviré.

-Claro. Yo también he pasado por algunas cosas. No es lo mismo, pero reconozco que soportar las noches de bingo de los viernes es casi igual de peligroso que tener que tratar con delincuentes.

Tuve que echarme a reír ante la ocurrencia. Se me había olvidado cómo los fines de semana y sobre todo, los viernes, la mitad del pueblo se reunía para jugar al bingo, como si fuese un acto social tanto o más importante que el baile de fin de curso. Aunque éramos niñas, habíamos ido más de una vez a aquellas noches y habíamos asistido a auténticas batallas campales por rellenar los cartones.

-Estoy segura de que debe ser arriesgado permanecer entre tanta gente llena de ansiedad por conseguir los números y rellenar la cartulina. Más de una abuela podría sacarte los ojos si te atrevieras a cantar bingo.

Ahí fuimos las dos las que nos echamos a reír. Me agradó la manera en que Anne supo cambiar el tono de la conversación. Era justo lo que necesitaba.

También me recordó para qué íbamos al pueblo.

-No sé es si sabré arreglármelas sola –le dije, pensando en todo el trabajo que tenía por delante con el rancho -. La casa tiene mucho trabajo.

-No te preocupes, no lo estarás. Puedo echarte una mano. Claro que yo también tengo que ayudar a mi padre, pero siempre que disponga de tiempo, puedo venir a verte… si quieres.

De repente me encontré deseando que Anne estuviese conmigo. Su ofrecimiento fue tan honesto que me pregunté si de verdad habría sobrevivido así de bien nuestra amistad, porque me parecía increíble. Al mirarla, me di cuenta de que no la conocía absolutamente nada. Habían pasado… cuánto, ¿diez años, doce, desde la última vez que nos habíamos visto? Y ahora ambas llevábamos nuestras propias cargas a la espalda y teníamos objetivos y deseos diferentes.

Anne parecía segura de sí misma y feliz con la vida que había escogido, mientras que yo.., había perdido la mía y me hallaba buscando desesperadamente algo a lo que agarrarme.

Y la verdad es que necesitaba desesperadamente una amiga.

-Gracias. Me gustaría mucho –le respondí finalmente, centrándome a partir de entonces en el camino que nos quedaba y evitando pensar demasiado en lo que me esperaba.

CAPÍTULO 3

Ridge Oak era un pueblo del medio oeste como otro cualquiera. La gente que se cruzaba por la calle se saludaba con familiaridad porque se habían visto infinidad de veces, por no decir que muchos de ellos habían crecido juntos. La mitad de los lugareños habían nacido en las manos del mismo médico, el viejo doctor Manning, si es que todavía seguía vivo, y la otra mitad, eran tan mayores que ni siquiera podían recordarlo.

Las puertas de las casas estaban abiertas y nadie cerraba con llave los coches. Por eso cuando estacioné delante de la tienda, y una chica con una larga cabellera negra como el carbón más puro, y liso, que le llegaba hasta la cintura, colocó su pie en el guardabarros con toda naturalidad, mientras nosotras salíamos, no me molesté… *demasiado*.

Aunque la miré con cara de "será mejor que quites el pie enseguida si no quieres tragártelo, con bota y todo", me contuve de decir nada… y menos mal.

-¿Desde cuándo montas en coche, Anne? –le preguntó, aunque al verme a mí, pareció perder el interés por la respuesta.

-Esta es Gillian. Acaba de tomar posesión del rancho de su padre, ¿el rancho Murphy?

-¡Oh!

Evidentemente sabía quién era mi padre y como consecuencia de ello, sabía quién era yo.

Anne se giró hacia mí.

-Esta es Danielle. Una amiga.

-Encantada –le dije, pensando en la mirada que me había echado la tal Danielle. No sabía si me estaba escudriñando porque era la novedad o porque Anne estaba conmigo. Miré a ambas, y supe instantáneamente que había algo entre ellas que no solo no sabía, obviamente, sino que además trascendía de lo que quizás pudiera esperar.

Se conocían, y bastante bien, sin duda alguna, aunque no pensé en ese momento en si tenían o habían tenido una relación. Mi "gaydar" no estaba en esos momentos activo.

-Igualmente –me respondió ella, con algo de sequedad, aunque bien podía haber sido algo típico del lugar.

Anne y yo salimos del coche casi a la vez, pero la tal Danielle y Anne se adelantaron. A pesar de ello, no me costó oír cómo le preguntaba a ésta qué estaba haciendo yo allí, con un tono que me confirmó mi primera impresión: yo no le gustaba en absoluto.

Lo que no acerté a escuchar fue la respuesta de Anne.

Anne se volvió entonces se detuvo y se volvió hacia mí.

-Si necesitas algo para arreglar tu casa, éste es el lugar –me dijo Anne, señalando hacia una tienda que había justo al lado -. Si no te importa, mientras tanto, tengo algo que hacer, pero nos vemos dentro de un rato.

-Claro.

Anne se fue con Danielle y yo me quedé con la tarea de hacer sola la compra, lamentando que Anne no se hubiese quedado. Pero bueno, lo importante era que ya tenía algo que hacer.

La tienda estaba dirigida por la señora Brighstone, y en ella podías encontrar desde tuberías y suelos para cubrir toda la casa la casa, hasta la lencería más fina y atractiva. En cuanto le dije mi nombre, las pocas personas que había dentro se callaron y todas las miradas se volvieron hacia mí.

-Tu padre era un buen hombre, chiquilla. Me acuerdo como si fuese ayer del día en que te marchaste y él se quedó solo. Para él fue un duro golpe que jamás pudo superar. Sé que tuvisteis vuestros problemas entre vosotros dos, pero que padre y su hija no los tienen.

Hablar de tener problemas era, para mí, un eufemismo. Recuerdo perfectamente el último día que hablamos. Tenía dieseis años y como todos los veranos, me veía obligada a pasar un mes viviendo con él y solo lamentaba que no pudiera ser más tiempo. Para mí, alejarme de mi madre y sus actitudes completamente superficiales, eran una bendición. Lejos de ella, podía ser yo misma, hacer lo que quería y sonreír como si todo fuese perfecto. Aquella noche había regresado tarde, después de salir a bailar; había bebido y no estaba sola. Estaba besándome con una chica en el porche de casa, sin pensar en lo que haríamos después pero con una idea bastante clara de hasta donde deseaba llegar, cuando mi padre apareció en la puerta, pillándonos in fraganti. Lo que me dijo es algo que jamás olvidaré, como tampoco podré borrar de mi memoria el gesto de asco que asomó en su rostro. Para él, aquella noche, su hija se había convertido en algo así como un monstruo. Para mí fue todavía peor. Esa noche, perdí a mi padre y mi vida cambió drásticamente.

-No quiero volver a verte nunca más –me dijo.

Yo, como una tonta, le supliqué una y otra vez que no me echara, que no había hecho nada malo, pero él no transigió. No cedió ni un milímetro.

A la mañana siguiente me marché de vuelta con mi madre en el tren. Lloré durante todo el trayecto y descubrí por primera vez, que si quería ser yo misma, no podía permitir que los demás descubriesen cómo era en realidad. Mi madre se conformaba con que cumpliese con mis obligaciones y luchase por mi carrera. Mi padre quería que fuese una hija modelo.

Ni una cosa ni otra me había permitido ser feliz hasta entonces y el hecho era que dese entonces, solo con Helen fui capaz de sentirme bien y a gusto con mi manera ser, aunque incluso entonces, no fui capaz de superar las secuelas de lo que me había sucedido.

¿En qué punto había que luchar por ser yo misma, sabiendo que podía ser destruida en el proceso?

Miré a mi alrededor, dándome cuenta de que todos esperaban una respuesta por mi parte.

-Supongo que tiene razón –me limité a decirle a la señora Brighstone-. Esto… necesito bastantes cosas para arreglar la casa. ¿Tendrá todo lo que necesito?

-Niña, si necesitas algo que no tenemos, dejaré de llamarme Martha Brighstone –respondió ella, echándose a reír escandalosamente e indicándome que la siguiera hacia el interior.

No sé cuánto tiempo eché dentro, pero cuando acabé, sabía que al día siguiente alguien me traería pintura, tablones de madera, clavos y herramientas para que empezara a arreglarlo todo, y que no iba a costarme tanto como yo pensaba. La tienda de muebles tendría que esperar. Lo primero era el exterior y con eso tendría ya suficiente. Ni de lejos era tan hábil como Anne y no quería que ella hiciese lo que yo no era capaz de llevar a cabo sola.

Así de orgullosa seguía siendo.

Cuando salí de la tienda, un sombrero nuevo estaba esperándome en manos de Anne.

-Creo que se te ha olvidado el sombrero, hermana –me dijo Anne forzando un tono chulesco.

-¿Qué es esto? –pregunté, riéndome.

-*Esto* es tu regalo de bienvenida –me dijo, mientras me colocaba el sombrero -. ¿Nunca te ha explicado nadie que cuando se llega a un lugar, es obligado hacerte un regalo de bienvenida?

-Esa norma te la acabas de inventar –le dije.

-Puede, pero a ti te faltaba un sombrero y yo tenía ganas de hacerte un regalo, así que… las dos ganamos.

Sin apartar la vista de Anne, alargué los brazos para coger el sombrero. Debía reconocer que estaba… chulo. Me lo coloqué lentamente, sintiéndome bien pero pensando a la vez que seguramente, parecería ridícula con él. Como si estuviese leyendo mi mente, Anne me cogió de los hombros y me giró para colocarme delante de la cristalera y que pudiera verme. El sombrero parecía hacer juego con el resto de mí, aunque al verme reflejada, no pude evitar tener la sensación de que aquella no era yo, porque estaba sonriendo. También vi el reflejo de Anne a mi lado, haciéndome sentir inesperadamente feliz. Quizás por eso dejé de mirarme rápidamente. El peso de toda la carga que llevaba era demasiado fuerte todavía.

-Gracias por el regalo, Anne –conseguí decirle, mientras me invadía de nuevo la tristeza.

-De nada. Dime, ¿has conseguido todo lo que necesitabas? –me preguntó, mientras me agarraba del brazo y ambas echábamos a andar.

-Sí, creo que sí. Mañana me lo llevarán y me esperan unos días de mucho trabajo.

-Entonces, ¿por qué no te relajas un poco? ¿Qué te parece si esta noche te llevo… al bingo?

Primero la miré sorprendida y después, ambas explotamos en una risa descontrolada.

-No, no, en serio. ¿Y si vamos un rato a bailar? Aquí la gente es bastante amable y los tíos no suelen meter mano hasta que no se les da permiso.

-Gracias, Anne, pero creo que esta noche prefiero… estar sola. Para mí hoy ha sido un día difícil. Al ver la casa he recordado muchas cosas y necesito tiempo para… bueno, necesito tiempo.

-Desde luego –me dijo Anne, comprensivamente -. Entonces, al menos acompáñame. Quiero enseñarte algo.

No tenía ni idea de a dónde me llevaba, pero me dejé arrastrar por Anne, pensando que quizás fuese un error abrirme tanto con ella. Sí, era mi amiga, lo había sido, pero en aquellos instantes, me sentía muy lejos de cualquiera.

-Mira.

Anne me había llevado a la Biblioteca Municipal. En la fachada, tenían una cristalera llena de libros y fotografías, entre las cuales había una… en la que estábamos las dos juntas, a la edad de dieciséis años. Nos la hicieron el último verano que estuve allí.

-¡Vaya! –exclamé, completamente sorprendida.

No recordaba aquella foto y las sensaciones que habían formado parte de mí, parecían regresar al verla. Era como si de nuevo ella y yo estuviésemos juntas, a pesar de los años y la distancia. Anne era increíble. Pese a haberme marchado sin decirle nada, sin dar explicaciones, allí estaba, con una sonrisa que parecía incapaz de desaparecer de su rostro y acompañándome en cada paso del camino que era volver a aquel lugar.

-Sip. A la señora Manigan le gusta rememorar todos los que hemos vivido en el pueblo y de alguna manera consiguió que esa foto llegase hasta ahí, hace unos cuantos años. Sospecho que fue tu padre quien lo hizo, seguramente esperando poder enseñártela algún día.

La miré. Sí pudiera ser, pero el hecho de oír hablar de mi padre, una vez y otra, era precisamente lo que menos necesitaba.

Por ese motivo, cuando me señaló otra foto sacada un par de años antes, en la que estábamos mi padre y yo juntos, sonriendo felices, me irrité y perdí el control.

Sé que lo que dije a continuación no estuvo bien, pero no pude evitarlo. Desde que había llegado, era como si todos se confabularan para intentar que olvidase lo que mi padre había hecho conmigo. Sí, era un gran tipo, un excelente marido y un buen padre, hasta que descubrió demasiado tarde que su mujer odiaba aquella pequeña mota abandonada en el mapa que era Ridge Oak y que su hija era lesbiana. Nadie sabía nada sobre esto último y así deseaba que

siguiera siendo, pero no iba a permitir que me empujaran continuamente para que me sintiera como no deseaba.

-Escucha, Anne. Sé que lo haces con buena intención y todo eso, pero ya soy mayorcita para saber lo que quiero y lo que no. Para todos vosotros mi padre sería un tipo estupendo, pero no para mí. Tú no sabes lo que ocurrió entre los dos y lo que sufrí por su culpa, así que no te atrevas a juzgarme.

-Pero…

-Ya está bien de decirme una y otra vez lo buen hombre que era y cuanto le queríais todo. Yo también le quería… pero él a mí no, y créeme… ¡Lo dejó muy claro! ¡Así que déjame en paz!

Y me marché, conteniendo las lágrimas a duras penas.

Volví al coche y me marché, dejándola en el pueblo, sola. No me importaba en lo más mínimo cómo iba a regresar a buscar a Wendy, aunque sabía perfectamente que lo haría, que alguien la llevaría, pero solo quería alejarme de ella y de todos. Había sido un error volver a ese pueblo. El recuerdo de un padre que me había echado de casa todavía perduraba y yo me sentía como la mala de la película.

Por supuesto, a los cinco minutos supe que me había equivocado, pero ya era demasiado tarde para regresar y reconocer mi error, así que continué mi camino y cuando llegué, esperé con impaciencia a que Anne apareciese con gesto enfadado.

Pero no lo hizo. Anne no regresó por Wendy y yo sabía que me esperaba por delante una dura noche llena de lágrimas.

Antes de caer derrotada por la memoria y la culpa, metí a Wendy en las caballerizas. El lugar tenía más agujeros que un edificio de la segunda guerra mundial en Berlín, pero al menos, detendría un poco el aire frío de la noche y la yegua podría descansar tranquila sin que nada le molestase. No había heno, pero si una buena cantidad de hierba, así que Wendy tuvo también su cena. Por último, saqué agua del pozo y le coloqué un cubo lleno para que saciara su sed.

Sabía que si Anne no aparecía por la mañana tendría que ir a devolvérsela yo en persona, pero aquella noche solo podía pensar en mí, en mi padre… y en Helen, que continuaba muriendo ante mis ojos continuamente.

Cené en silencio, alumbrada únicamente por una vela que había encontrado en el cajón de un viejo mueble del salón, sentada en el suelo y conteniendo el dolor que me destrozaba para intentar no perder lo poco de ser humano que me quedaba.

No era mucho, pero al menos, iba a luchar por ello.

Cuando desperté a la mañana siguiente, era como si todo lo que había sucedido en realidad hubiera sido un sueño. Un mal sueño, en parte, pero también bueno, porque no podía evitar recordar la bienvenida que me había dado Anne, su sonrisa y también, su renovado deseo de amistad. Eso hizo que me sintiese fatal al pensar en todo lo que le había dicho. Había actuado como una persona horrible y tendría que disculparme con ella, aunque no quisiera volver a verme más. Con esa idea hice por levantarme del suelo y miré con odio la manta sobre la cual había dormido.

Tengo que conseguir un colchón, me dije. *Como vuelva a dormir ahí me voy a quedar sin espalda.*

Como todas las mañanas, mi pierna izquierda se negó a moverse. Tuve que darle friegas durante casi diez minutos antes de activarla y poder ponerme en pie. La larga cicatriz que me atravesaba el muslo y ascendía hasta mi cadera era un cruel recordatorio de lo sucedido. El resto de mis heridas no me causaban grandes problemas pero aquella me resultaba especialmente molesta. Cojeando ligeramente, una vez me hube vestido, me acerqué a la puerta, la abrí… y allí

estaba, como el día anterior, Anne, esperando, solo que esta vez no se encontraba a lomos de Wendy, sino apoyada de espaldas en un madero del porche, mirándome.

-Eres de las que se levantan tarde, por lo que veo –me dijo, en un tono neutro.

-Solo cuando duermo mal, lo que suele suceder a menudo. ¿Qué haces aquí?

-No me gusta que me acusen injustamente, me insulten o me tomen por tonta.

Anne empezó a avanzar hacia mí con tanta seguridad, que yo retrocedí un par de pasos casi sin darme cuenta.

-Lo sé. Y… lo siento. No tenía que haberte dicho nada de lo que te dije, porque en realidad, no iba contigo. Era...

No sabía cómo expresar lo que sentía, pero debía intentarlo. No me gustaba hacer daño a los demás y mucho menos, a Anne.

Resoplé. Debía ser lo más sincera posible con Anne. Ella se lo había ganado.

-Para mí regresar aquí está siendo muy duro. Hay muchas cosas que no te he contado sobre mi padre y yo, y… otras muchas que ni siquiera tiene que ver con este lugar. Por eso me siento… mal y lo ayer lo pagué contigo. Discúlpame.

-¿Si te sientes mal aquí por qué has vuelto? –me preguntó Anne, con mucha razón y sin variar el gesto.

-Porque necesito escapar de la vida que llevaba y este es el mejor lugar para hacerlo. Ayer, durante un instante, me olvidé de todas las cosas que me preocupan. Solo tengo que conseguir… alargar ese sentimiento un poco más.

Entonces me acerqué a ella, consciente de la importancia del momento en el que nos encontrábamos.

-Vine aquí para estar sola. No contaba con encontrarme con una vieja amiga –le dije, cogiendo sus manos y esbozando una pequeña sonrisa de conciliación.

El tacto de su piel me desconcertó porque hacía mucho tiempo desde la última vez que había tocado a una mujer. Aunque pudiera parecer que se trataba de algo sin importancia, coger una mano era algo muy personal que solo haces con alguien por quien sientes algo. En este caso, era amistad, pero me sorprendí a mí misma pensando en si no podría haber algo más.

Quizás por eso, tan rápidamente como las había cogido… las solté. Ella se dio cuenta, desde luego, y sus ojos me observaron fijamente durante unos segundos, antes de que su voz rompiese aquel silencio incómodo.

-Está bien, no te preocupes. Wendy no está fuera. ¿Te encargaste de ella?

-En cuanto llegué –le dije, empezando a caminar hasta las caballerizas -. Nada de lo que hay aquí se encuentra en muy buen estado, pero no creo que haya pasado frío.

Cuando entramos, Wendy salió a recibirnos como el niño que regresa del colegio a casa. Anne la acarició, sacó un trozo de zanahoria que llevaba en el bolsillo y se lo dio.

-¿Me has echado de menos? Yo a ti también.

Observé con envidia la facilidad con la cual Anne empatizaba con la yegua. No es que yo hubiera tenido problemas, pero se notaba que ella había vivido allí, mientras que yo era una recién llegada.

Wendy acercó entonces la cabeza hacia donde yo me encontraba, por lo que tuve que acariciarla también.

-Yo diría que le gustas y no vayas a creer que es algo que hace con cualquiera.

-Pues no lo entiendo mucho, la verdad. Acaba de conocerme, tengo mal genio y soy de ciudad. Reúno todos los requisitos para no tolerarme.

Anne me miró fijamente.

-Naciste y te criaste aquí, y eso es algo que no todos pueden decir.

En ese momento, nuestras miradas se encontraron… y entendí que entre las dos parecía existir un lazo invisible que nos unía, algo que no había advertido hasta ese momento. Anne era una amiga… pero me pareció… que tenía interés en mí. Pero no, no podía ser. Eso era algo que yo misma estaba creando en mi cabeza. Quizás alguien tenía que abrirme la cabeza y ayudarme a comprender que estaba pasando en ella.

Tras unos segundos de desconcierto, recuperé la compostura. Dos veces en unos pocos minutos era algo poco habitual, pero no creía que tuviera que dejarme llevar, ni por el pánico ni por ideas extrañas.

-Bueno, no sé a qué hora llegarán todos los materiales que encargué, pero espero que no tarden mucho. Cuando antes los tenga, antes podrá todo esto empezar a parecer lo que era.

-Te propongo algo. ¿Por qué no te vienes a mi casa, tomas una buena comida y después volvemos aquí y te ayudo?

¡Enfrentarme con su familia! No sabía si iba a ser capaz de eso.

Anne pareció darse cuenta del miedo escénico que me había invadido de pronto y siguió hablando.

-En este lugar, vivir aislados no es una opción. Lo quieras o no, formamos parte de una comunidad que o te defiende o te odia a muerte, sin términos medios. Pero no estás sola, recuérdalo.

Asentí.

-Supongo que tienes razón. Está bien, vámonos entonces.

Anne tiró de Wendy y la sacamos fuera de la valla. Una vez allí, se subió con agilidad en ella.

-Por cierto, ¿cómo has llegado hasta aquí?

-Me han traído en coche –dijo, sin dar más detalles.

Parecía evidente que no iba a decirme quién lo había hecho, así que no se me ocurrió insistir.

Entonces me alargó el brazo para que subiera con ella.

-Esto… hace una eternidad que no monto a caballo –le dije.

-Por eso no vas a hacerlo sola.

Tragué saliva. Montar tampoco había entrado en mis planes, pero agarré su brazo y con su ayuda, conseguí colocarme detrás de ella, sobre la silla.

-Agárrate fuerte o no durarás mucho.

Tampoco estaba acostumbrada a eso, pero pasé los brazos por su cintura y me apoyé sobre su espalda. A mi olfato llegó el dulce aroma de su cabello recién lavado, que me envolvió como si no hubiese ningún otro olor. Me sentí… incómoda, porque de repente, me di cuenta de que me atraía Anne. Si lo pensaba bien, habían pasado muchísimos meses desde la muerte de Helen y nunca me había acercado de nuevo tanto a una mujer, ni había hablado con nadie como lo había hecho con ella. Era… difícil.

Anne espoleó ligeramente a Wendy, que se lanzó al trote. El viento azotó ligeramente nuestro cabello y no pude evitar sentirme bien por ello.

-¿Cómo te sientes? ¿Es como recordabas? –me preguntó, girando ligeramente la cabeza.

No, es mejor, pensé.

-Sí. Ya casi me había olvidado –le respondí, agarrándome más fuerte a la cintura de Anne y pensando que estaba empezando a perder lo que había venido a buscar allí, paz y soledad, y que quizás no me importara.

CAPÍTULO 4

Tras un rato cabalgando, me dolían las costillas, las caderas, las piernas y el culo. Sin duda, después de un tiempo, acabaría por acostumbrarme pero en aquellos momentos no pensaba que eso fuera a ser posible.

El camino era bastante largo y me pareció que no iba a acabar nunca, pero estar a espaldas de Anne me estaba resultando muy agradable. *Demasiado*. En aquellos momentos no lo pensé mucho en aquella sensación, o más bien, no quise pensar, porque solo me hubiese faltado tener un quebradero más de cabeza.

Con sus miradas y sonrisas, el agradable olor a lluvia recién caída que parecía acompañarla allá donde fuese, y sobre todo, su paciencia hacia mis rabietas, no hacía sino crearme un problema con el que no contaba.

Desde que había perdido a Helen, me había negado en redondo a estar con nadie. Las necesidades de mi cuerpo las había satisfecho por mí misma, como tantas otras veces antes, desarrollando una seguridad casi absoluta en que así iba a ser durante el resto de mi vida. No podía darme el lujo de estar con nadie más, en primer lugar porque me iba a resultar casi imposible llenar mi corazón con el de otra mujer que no fuese Helen, y en segundo lugar, porque el dolor que sentía era tan grande, que no estaba segura de que fuese a ser capaz de entregarme como lo había hecho con ella.

El amor verdadero solo ocurría una vez en la vida y en mi caso, aquel tren había abandonado la estación, dejándome completamente sola… para siempre.

Así que estando en compañía de Anne me recordé a mí misma que no podía dejarme arrastrar por espejismos, aunque eso no significaba que no pudiese disfrutar de aquel momento. Cerré los ojos y me dejé llevar, mientras apoyaba mi mejilla en su espalda y me dejaba mecer por el movimiento de Wendy. A pesar de los dolores que sentía, a causa de la falta de hábito, disfruté de la calidez de la cercanía de Anne casi tanto como de la naturaleza que nos rodeaba, y que era tan diferente del mundo que había conocido durante los últimos años.

Media hora más tarde, llegamos al rancho, aunque como me dijo Anne, eso no significaba que hubiéramos alcanzado nuestro destino.

-Nuestro rancho es mayor que el tuyo, así que todavía tendremos que cabalgar un buen rato.

-No me digas eso, que ya me duele todo el cuerpo.

Anne se echó a reír.

-Eso es lo que te has perdido por no quedarte por aquí.

No me quedé porque mi padre me echó, pensé, intentando no recordar demasiado para no echar a perder aquel momento dulce en el que me encontraba.

-Supongo que cuando tenga todo arreglado, una de las primeras cosas que haré será comprarme un buen caballo para acostumbrarme a cabalgar.

-Hay algunos muy buenos en esta región. Precisamente dentro de una semana esperamos que haya una venta. Puedes venir y así te ayudo a elegir uno.

-Chica, voy a tener que pagarte. Me vas a ayudar a arreglar la casa, a escoger un caballo… y hasta me has comprado este sombrero.

-Ya me lo cobraré, tranquila. No me gusta tener deudas, así que siempre pienso que el resto de la gente es igual.

-Sí, a mí tampoco me gusta deber nada a nadie, pero no siento que lo haga contigo. Te estoy

muy agradecida por todo. La verdad es que no sé cómo me habría organizado de no estar tú.

-¿No es una suerte?

Miré a Anne de nuevo con interés. No podía olvidarme de que me había ido a buscar cada día hasta que por fin había llegado. Eso… ¿sería normal?

-Anne, dime la verdad. ¿Por qué viniste a buscarme? –me atreví finalmente a preguntarle.

Anne bajó el ritmo de Wendy a un trote ligero.

-¿De verdad quieres saberlo? –me preguntó de repente, muy seria.

-Ajá –le confirmé, expectante -. Creo que ha llegado el momento de que lo sepa.

Anne detuvo el caballo con un pequeño tirón y se volvió hacia mí todo lo que pudo.

-Te fuiste sin despedirte. Eras mi mejor amiga y ni siquiera me dijiste adiós. Eso me enfureció como no puedes imaginarte, hasta el punto de llegar a odiarte. Pero fue transcurriendo el tiempo y descubrí que no lo habías hecho porque tú quisieras, sino porque no pudiste escoger. Por supuesto, al enterarme, me sentí culpable, en este caso, por haber pensado mal de ti durante todos estos años y… bueno, quería… recuperar a mi amiga.

Durante todo el tiempo que había vivido alejada, muchas veces había pensado en llamar a Anne, enviarle una carta o hablar con ella de cualquier manera posible. Yo también la eché de menos durante mucho tiempo, solo que en mi caso, tenía otras preocupaciones encima más acuciantes. Así que si alguien tenía derecho a sentirse culpable, esa era yo. No podía, bajo ninguna circunstancia, dejar que ella asumiera lo que no le correspondía. Ella no se merecía aquello.

Sin dudarlo, cogí sus manos entre sus mías.

-¡Oh, lo siento muchísimo, Anne, de verdad! No me fui porque quise. Mi padre me echó de casa y yo no fui capaz de hacer otra cosa que llorar durante un día tras otro. Odiaba estar con mi madre, pero al menos, de vez en cuando podía regresar con mi padre y sentirme yo misma alguna vez que otra… hasta que me dijo que me fuese. Eso acabó conmigo.

-¿Y por qué lo hizo? –me preguntó entonces. Esa era la pregunta que más había temido. No estaba demasiado convencida aún de hablar de ello.

-Algún día te lo contaré, pero hoy no. Basta con decir que si hubiera podido quedarme, lo habría hecho, pero lamento de veras no haber intentado contactado contigo. De verdad, de haber sabido que tú….

Anne no me dejó terminar. En lugar de eso, llevó su dedo índice a mis labios y me pidió que me callara con *ssshhh* suave y delicado.

-No te preocupes. Ahora estás aquí, ¿no? Pues con eso es suficiente.

Era imposible no sucumbir ante el encanto de Anne, que cada vez que me tenía más cautivada. No era solo que fuese hermosa, de rostro dulce y confiado, sino que además se mostraba paciente y comprensiva. Era… un encanto.

¡Olvídalo ya! ¡Vas a sufrir!, me dijo una voz interior.

No me permití a mí misma ir más allá, porque sabía que tenía razón. Pensar en Anne de otra forma que no fuese como una vieja amiga era el preludio de un montón de problemas, los cuales quizás me obligasen a marcharme para no regresar jamás a aquel lugar. ¡Y ya no tenía ningún otro lugar al que ir! Así que me reprimí; contuve mis sentimientos para no saber que existían e imaginarme que en realidad, no era más que un producto de mi necesidad, que sin duda, era grande, tanto emocional como física, y me limité a asentir y dejarme llevar por esas pequeñas ondas que viajaban por la superficie, aunque en el fondo supiera que toda onda se expande y crea otras, y que aquello no había que empezado.

Así pues, le sonreí y Anne reanudó nuestro pequeño viaje sin más interrupciones ni

contratiempos.

Tardamos un buen rato en ver a alguien. Un par de vaqueros estaban arreglando una cerca y al vernos, o más bien, al ver a Anne, saludaron efusivamente. Yo los miré, detectando una pizca de envidia por el tipo de vida que llevaba y que podía haber sido también la mía. Odiaba profundamente en lo que me había convertido.

Mi marcha a la ciudad había traído consigo abandonar la vida que mi padre había escogido para él y que era, en aquellos tiempos, también la mía, y por supuesto a mi mejor amiga, la única que había tenido jamás, por no decir que me despreciaba a mí misma por apartar a Helen de mi lado y ser además la causante de su muerte. Mi padre, involuntariamente, había destruido mi vida.

Finalmente, llegamos a la casa, que estaba cercada y separada del resto de zonas de pasto, sin que por ello perdiese ni un ápice de su encanto y grandiosidad. Recordé aquella clásica película en la que todo el mundo le decía a Gregory Peck que aquel era un "gran país" y entendí en ese momento el doble significado. No era solo que fuese grande, o muy grande, inabarcable con la vista e imposible de recorrer en una sola jornada a pie; era un modo de vida diferente, completamente independiente del resto del mundo, o del Universo, ya que estábamos. Aquella región era, a su manera, su propio país.

Anne detuvo a Wendy cerca de la casa y una mujer con unos bien llevados cincuenta y tantos años, con el cutis quemado por el sol y tan sonriente como ella, salió a recibirnos. Su rostro me resultaba familiar, pero no conseguía ubicarlo. Sin duda alguna, en otros tiempos, cuando yo vivía allí, la había debido conocer, por lo que ella también a mí.

-Te fuiste muy temprano esta mañana, Anne. Más que otros días –la mujer me miró, pero no dijo nada y continuó centrando su atención en ella -. Además tenías mala cara.

-Es que… tenía algo que resolver, pero ya está arreglado –respondió Anne, sin dar más detalles pero mirándome de reojo.

-Tú debes ser Gillian, ¿verdad? Yo soy Sue, la capataz del Rancho Cantrel –se presentó.

-Encantada. Creo… que me acuerdo de usted –le respondí, estrechándole la mano algo incómoda, al estar aún sobre el caballo.

Anne se bajó primero de Wendy, pasando su pierna izquierda por delante de ella y por encima de la cabeza de la yegua y saltando después a tierra. Yo fui bastante más cauta y descendí de la manera habitual. No me sentía todavía capaz de hacer piruetas.

Sue sonrió al verme en tierra y yo sabía perfectamente que sería porque parecía una maldita recién llegada. Era como si me hubiese olvidado de todo lo que sabía durante los años que permanecí en la ciudad.

-Tranquila, dentro de unos días serás una más. Lo que la cabeza olvida, el cuerpo lo recuerda –me dijo, intentando que no me sintiese mal.

-Creo que necesitaré algo más que unos pocos días, pero gracias de todas formas.

Entonces miré la casa de Anne por primera vez. No era como la mía, sino más grande, y por supuesto, tan bien conservada que hacía que todo lo que yo había pensado hacer pareciese una tontería.

-Es una casa preciosa –dije en voz alta, mientras me acercaba a ella.

-Sí, lo es –comentó Sue -. Recuerdo que cuando eras todavía una niña venías por aquí con Anne y decías exactamente lo mismo. Qué era la casa más bonita del mundo. Mucho más que la vuestra. Aunque he de reconocer que tu padre mantenía en muy buen estado la suya. Como puedes ver, yo también me acuerdo de ti.

No me apetecía para nada hablar de mi padre, pero estaba bastante segura de que eso iba a ser

inevitable estando allí, así curvé los labios en una pequeñísima sonrisa de compromiso y no dije nada.

-Gillian se quedará a comer. Tiene que coger fuerzas para conseguir que su casa parezca habitable –explicó entonces Anne.

-Muy bien. Aquí siempre hay sitio para uno más y especialmente para la hija de Robert Murphy.

Sin comentarios, pensé, dándome cuenta de que la sombra de mi padre era en verdad, alargada.

Cuando entramos en la casa, descubrí que estaba más o menos igual de organizada que la mía, solo que por supuesto, bien limpia, pintada y con unos muebles exquisitos que conseguían que cualquiera que estuviese allí se sintiese a gusto, como si nada más hubiese aparte de aquella habitación. A la izquierda había un salón que sin duda habría servido para más de una reunión social o baile; a mi izquierda, parecía haber un saloncito y quizás, la cocina; y al fondo, unas escaleras hermosamente talladas ascendían hasta el piso superior, en donde estarían los dormitorios.

Unos pies grandes y pesados descendieron por las escaleras, mientras Anne se quitaba el sombrero y yo seguía examinando cada rincón de la casa. Cuando llegaron abajo, el rostro familiar de un hombre que debía tener unos setenta años, apareció ante mí. Era el padre de Anne, sin duda alguna.

-Hola, papá. ¡Mira a quién he invitado a comer!

-Mucho gusto, señor Cantrel. Soy Gillian Murphy,

El padre de Anne me miró con gesto serio, duro, pero no antipático. Era la típica mirada de un hombre que se había hecho a sí mismo, como la mayoría de los hombres y mujeres de aquel lugar.

-No hace falta que te presentes, Gil. Sé muy bien quien eres. Percibo los rasgos de tu madre en tu rostro y las formas de tu padre en tus gestos.

Durante unos segundos, pareció que me examinaba de arriba abajo, aunque sus ojos no se apartaron de mi cara durante todo el rato. Finalmente, me pareció que sonreía por primera vez, aunque no hubiera podido jurarlo, la verdad, porque tan rápidamente como apareció, se desvaneció, y su rostro volvió a adoptar aquel gesto endurecido.

-Será un placer que comas con nosotros.

La mesa era una amalgama de trabajadores, familiares y amigos. Por un lado, estaban Anne y su padre; su hermano Don, que era menor que ella pero que llevaba ya el peso del negocio a sus espaldas, y su primo Jerry, más joven todavía, que ayudaba en todo lo que podía. Jerry no me llamó la atención pero Don… Tenía el aspecto de querer demostrar que valía mucho más de lo que le dejaban. Siempre había sido buena juzgando a la gente y sabía que no me equivocaba al decir que acabaría causando algún tipo de problema.

La madre de Anne falleció antes de que yo me fuese a causa de unas fiebres. Aquello había sido muy duro para ella, pero lo había superado. Era tan dura como su padre y se notaba. No era capaz de imaginármela viviendo en otro lugar que no fuese aquella tierra.

Yo en cambio….

Además de ellos, estaban a la mesa Sue y Fernando. Sue se encargaba de todo lo que era la organización del rancho, pero Fernando era el especialista en caballos. Él seleccionaba y juzgaba, y llegado el caso, era el único a quién, según parecía, el señor Cantrel dejaba llevarle la contraria.

Y después estaba yo, una intrusa en medio de todo aquello, y a la espera de recibir una

pregunta tras otra.

-¿Dime, Gillian? ¿Te has encontrado la casa en muy mal estado? –me preguntó Sue, rompiendo un poco el hielo.

-Mal es un eufemismo –le respondí -. Espero no tener que tirarla abajo, más que nada porque no creo que pueda permitírmelo.

-Yo la he visto y no está tan mal en verdad –comentó Anne, que estaba sentada a mi lado. Seguía siendo un encanto -. Gil es una exagerada. Y la vida en el este la ha ablandado un poco, pero creo que al final conseguiré que recupere algo de lo que tenía cuando vivía aquí.

Miré a Anne, desafiando su forma de ver las cosas. Había transcurrido demasiado tiempo desde la última vez que había hecho bricolaje y dudaba que fuese a cambiar la realidad de que era un desastre con ello, pero no quise contradecirla.

-Estoy segura de que con un poco de trabajo conseguirás que esté perfectamente –dijo Sue, insistiendo en su optimismo.

-No me asusta el trabajo. Solo espero que merezca la pena. No sería la primera vez que después de mucho esfuerzo, descubro que hubiera sido mejor no hacer nada.

-Estas casas forman parte de la tierra tanto como cualquiera de los árboles que tenemos aquí –irrumpió de repente el padre de Anne -. Las construimos con nuestras manos, con días de duro trabajo, bajo un sol abrasador y una lluvia capaz de crear lagos. La casa de tu padre aguantará. Estará en pie después de que cualquiera de nosotros ya no esté andando sobre la tierra, incluida tú.

El señor Cantrel me miró como esperando de mí el mayor de los esfuerzos por conservar y levantar aquella casa. Obviamente, haría lo que pudiese, pero empecé a percibir una cierta sensación de obligación.

-A lo mejor podríamos cederle unos cuantos hombres para ayudarla –sugirió entonces Anne. Yo no necesité ni tan siquiera de un segundo para responderle.

-No. Eso no será necesario. Puede que tarde más tiempo, pero prefiero hacerlo yo. Gracias.

Aquello pareció complacer a su padre, lo noté en su gesto, que al igual que antes, había sido casi invisible, pero lo suficientemente claro para mí. Como no podía ser de otra manera, apreciaba el esfuerzo individual. Ya lo había dejado ver al hablar de cómo habían hecho sus casas.

La comida no tuvo mucha conversación más. En conjunto, me estuve algo incómoda, porque era la primera vez en mucho tiempo que había formado parte de algo parecido a una familia, pero nadie de los que estaban me preguntó nada sobre mi pasado o me habló sobre mi padre… más allá de lo que había dicho el padre de Anne. Eso me permitió sentirme un poco mejor.

Cuando terminamos de comer, Sue se llevó todas las cosas, evitando así que tuviese que ayudar a lavarlas, y Anne y yo salimos. Seguía sintiéndome sorprendida por aquel paisaje que parecía no tener fin y del cual yo todavía no me sentía parte, pero no quería que Anne sospechase nada. Se merecía pensar que me encontraba bien.

Ella disfrutaba de aquello y lo transmitía con cada gesto y cada palabra. Era parte de aquella tierra, igual que su padre.

Igual que el mío.

-Mi padre… ¿era como el tuyo? –me atreví a preguntarle, mientras paseábamos por el rancho.

-Como dos gotas de agua. En esta región, todos los hombres se parecen en cuanto al carácter. Les gusta hacer las cosas solos y con sus propias manos, para alardear después durante el resto de sus días; todo muy en plan “macho” –me dijo, agravando la voz.

Ambas nos echamos a reír.

-La vida en la ciudad es completamente diferente. Me siento muy desplazada.

-Sí, te entiendo, Supongo que no me creerás, pero cuando terminé la universidad, me quedé durante un año en la ciudad, viviendo sola, en lugar de regresar aquí.

-¡Vaya! –exclamé sorprendida -. ¿Y eso por qué?

-Llámalo… rebeldía adolescente tardía, no sé. El caso es que no quería volver. Preferí quedarme allí, con la gente que había conocido y buscarme una vida alejada de todo esto. Pero al final no pude resistirlo y acabé regresando. Nunca he podido mantenerme demasiado tiempo alejada de este lugar.

Percibí que había algo que no me estaba contando, pero no nos conocíamos todavía lo suficiente como para hablar de nuestras vidas más allá de lo que veíamos en esos momentos o recordábamos de nuestra niñez y adolescencia.

-¿Supongo que la tierra llama a la tierra, eh? ¿Por eso estamos aquí las dos?

-Sí, supongo que es eso.

No sabía por qué razón, ambas parecíamos estar muy conectadas. Nos entendíamos bien, Era… totalmente inesperado, no me cansaba de pensar eso.

Lo cual empezaba a preocuparme.

Me invadía un sentimiento extraño, que cambiaba continuamente. Su confianza en que la vida que llevaba era la que deseaba, me hacía sentirme insegura, pero también que con el tiempo, quizás pudiera volver a acostumbrarme a ella.

Cuando visitaba a mi padre, siempre pensé que acabaría viviendo allí y que no deseaba abandonar aquel lugar, nunca. Mi marcha no solo rompió mi corazón a causa del enfrentamiento con mi padre, sino porque tuve que adaptarme a vivir en otro lugar y de otra manera, y debía reconocer que yo me parecía demasiado a él.

Todo lo contrario a mi madre, que no había sido capaz de soportar aquella clase de vida.

Mi padre y ella eran como dos gotas de agua y ahora, yo no sabía a quién me parecía más o si alguna vez habría sido más como uno que como otro.

Sentía rabia por no tener claro lo que quería, mientras que todos a mi alrededor simplemente, no se planteaban otra cosa que no fuese vivir allí, ver salir el sol cada mañana una vez hubieran desayunado, y ponerse mucho antes de dar por finalizado el día.

Ellos sí que pertenecían a aquel lugar.

Yo… no era de ninguna parte.

CAPÍTULO 5

-Tengo que irme. Hay mucho que hacer y cuanto más lo posponga, peor.

Sentía que era ya tarde y aunque no fuese así, ya había tenido suficientes emociones por un día. Además, añoraba disponer de algo de aquella tranquilidad que en teoría, iba a tener en aquel lugar, y que desde mi llegada, parecía haberme esquivado.

Anne me miró con cierta brusquedad. Parecía molesta. ¿Lo estaría?

-Yo no veo que eso sea mucho problema. Después de todo, ¿qué prisa tienes? ¿Por qué no te quedas a dormir aquí ésta noche? Tenemos habitaciones de sobra.

Mejor que no, pensé. Mis sentimientos eran cada vez más claros y fuertes y no deseaba entrar en una situación que de ninguna manera me convenía. Habíamos pasado los dos últimos días juntas y notaba como si me faltase el oxígeno, aunque yo sabía muy bien que era otra cosa.

Cuando éramos niñas, no se me ocurrió pensar de aquella manera con ella, pero yo todavía estaba descubriendo quién era y lo que quería. Ahora tenía las emociones a flor de piel y una necesidad enorme por ser comprendida, abrazada y acompañada. Mi mente y mi cuerpo pedían a gritos un lugar en el que acurrucarse, que les diera la seguridad y paz de espíritu que necesitaban, pero no estaba dispuesta a ceder a sus exigencias después de lo que me había sucedido.

Era demasiado doloroso.

-En otro momento. Para mí ha sido suficiente por hoy.

Anne pareció ir a decir algo pero finalmente, permaneció en silencio. Esperaba de verdad que entendiese cómo podía sentirme, a pesar de no conocer todos los hechos. No era el tipo de persona que reaccionaba bien ante la presión y no deseaba volver a tomarla con ella. Así que finalmente, asintió y regresamos a la casa.

En lugar de llevarme, decidió dejarme un caballo para que regresara a casa. Me dijo que Rogo era un caballo muy tranquilo y que ya se lo devolvería.

“Así te irás acostumbrando”, añadió.

Yo no estaba demasiado convencida, pero tenía que darle la razón en que debía cogerle el tranquillo a montar. Después de todo, si mi idea era criar caballos, no podía no saber qué hacer con ellos.

En conjunto, podía asegurar que había sido un buen día, pero necesitaba volver a ocultar mis sentimientos, porque en aquellos momentos, estaban demasiado expuestos.

Me acerqué a Rogo con cuidado, acariciándole el lomo y finalmente, el cuello. Aquel caballo parecía ser, en efecto, bastante tranquilo, por lo que cogí las riendas y me encaramé, no sin dificultad, a la grupa.

-Si no sabes de mí en un par de días, es que me caí por el camino, así que mandad a alguien a recoger mi cadáver –le dije, intentando aliviar la tensión que yo misma había creado.

-No te caerás, pero si veo a Rogo llegar sin ti, saldré a buscarte antes de que puedas darte cuenta de que se ha ido.

Las palabras de Anne me sonaron, más que a algo que había dicho por decir, a una certeza completa. No supe cómo reaccionar a ello, así que solo sonreí y tiré de las riendas para iniciar el camino de regreso, dejándola a mi espalda y dirigiéndome a mi nueva y cochambrosa, pero silenciosa y solitaria casa.

Necesitaba poner mis ideas en orden y nada mejor que el lugar que me había visto nacer.

El viaje no me resultó nada pesado. De hecho, lo disfruté enormemente. En la soledad de la

pradera, a lomos de Rogo, descubrí que en verdad aquello era lo que necesitaba para calmar mi ansiedad, a punto de dispararse con tantos recuerdos y sentimientos. Quizás a cualquier otra persona le hubiese parecido una pérdida de tiempo y algo intrascendente, pero el hecho de cabalgar con la luna ascendiendo y la brisa de la noche removiendo mi cabello, me transmitió la sensación de tranquilidad que buscaba.

Cuando llegamos, aunque no me había olvidado de Anne, sí que me encontraba completamente calmada y en completo control de todas mis emociones. Me bajé tranquilamente de Rogo, le acaricié el cuello y lo dejé libre dentro del corral. Eso sería lo primero que arreglaría porque ya fuese él o cualquier otro, debía estar bien protegido.

Al mirar hacia la casa, vi que las cosas estaban esperándome. Un buen montón de tablones, pintura y algunas herramientas. Todo lo que una mala carpintera como yo necesitaba.

-Tranquilo, Rogo. Primero tú y después… todo lo demás –le aseguré, mientras cerraba la puerta del corral, y me dirigía hacia la casa, sonriendo al comprobar que el único sonido que había a mi alrededor era el del caballo todavía trotando unos momentos, y el de los animales nocturnos.

Esa sensación de soledad era justo la que necesitaba en aquellos momentos, sobre todo para dar a mi cuerpo la satisfacción que necesitaba.

Así que una vez estuve sola, me desvestí y me tumbé sobre la manta que hacía las veces de colchón. Necesitaba imperiosamente liberar aquella necesidad que me estaba engullendo y dirigía mis pensamientos hacia Anne.

Humedecí mis dedos y después los llevé directamente a mi clítoris, empezando a presionar y frotar rítmicamente. Mi boca se entreabrió gimiendo ligeramente al mismo tiempo que aumentaba la velocidad, mientras movía mis piernas cada vez con menos control hasta que finalmente, y sin apenas esfuerzo, llegó el orgasmo en un solo espasmo.

Aquello no me servía más que para aliviar temporalmente la tensión que sentía pero esperaba que me permitiera no pensar tanto en Anne y seguir adelante como si ella no estuviera.

Anne no apareció por casa durante los dos días siguientes, lo cual me permitió avanzar en mis reparaciones. Tuve que ir al pueblo a comprarme una pequeña nevera, un microondas y algunas provisiones, y gracias a eso logré sobrevivir a base de comida precocinada y algunas ensaladas. No era lo ideal, pero sí me permitió continuar trabajando sin preocuparme demasiado por mi bienestar. Además, lo último que me apetecía era ponerme a cocinar. No disponía de la paciencia ni la habilidad necesaria, y no iba a ponerme en este momento a adquirirlas.

Habitualmente, en mi trabajo como agente del FBI, pasaba la mayor parte del tiempo fuera de casa, por lo que apenas tenía vida privada. Esa fue una de las razones por las que tanto Helen como yo, terminamos por acercarnos la una a la otra, además de, por supuesto, porque nos gustábamos.

Compartíamos los mismos momentos libres y también los mismos problemas, y al final, también morimos juntas aquel desgraciado día, porque aunque yo había logrado sobrevivir, mi alma estaba rota, hecha pedazos.

Ahora me enfrentaba a una forma de vida diferente, intentando sobreponerme al desánimo que a menudo me invadía, además de a la falta de habilidad. Después de tantos años habituada a no pensar en mi bienestar, se me hacía extraño cambiar.

En cualquier caso, cocinar fácil y comer deprisa, eran dos bendiciones para mí.

Pero la ausencia de Anne era inesperada. A pesar de mis esfuerzos por intentar no pensar en ella, no lo había conseguido, ni por asomo, y mi mente analizaba las posibles causas para ello.

No sabía si le habría molestado mi negativa tanto que en lugar de seguir insistiendo (y no es que quisiera que lo hiciese) había decidido dejarme un tiempo a solas. Si en verdad era así, lamentaba que se sintiese mal por mi culpa, aunque durante esos días pude por fin encontrar lo que estaba buscando cuando decidí venir allí.

Estaba sola, como si no hubiese nadie más en el mundo y nada me preocupaba más allá de toda la pintura que me estaba salpicando en la cara.

El corral de Rogo estaba reparado y pintado y el porche parecía casi nuevo, aunque en cuanto alguien atravesara la puerta se daría cuenta de que aquello era un poco como las fachadas falsas de los pueblos de las películas del oeste, pero ver que avanzaba me llenaba de orgullo.

Claro que todavía tenía que comprar muebles, pero esa era la última de mis preocupaciones.

El sol todavía no se había ocultado en aquel tercer día desde mi regreso del rancho de Anne, pero al mirarme y ver que necesitaba una buena ducha que me hiciera parecer de nuevo humana, decidí dar el día por terminado. Me quité la ropa, la tiré al suelo, en cualquier sitio y de cualquier manera, y me dirigí directamente hacia el baño.

Disponía de agua porque me había asegurado de ello, pero no calentador, por lo que el chorro de agua fría, aunque me despejó completamente, también me hizo estremecerme y gritar como si me hubiese caído un caballo encima.

Solté un montón de palabrotas en cada uno de los idiomas que conocía, y alguno más que ignoraba, pero sobreviví. Claro que no estaba preparada para lo que iba a encontrarme fuera. Nada más salir de la ducha, me sequé la cabeza con una toalla pequeña y me dirigí, desnuda, hacia la principal habitación de la casa, el salón, en donde tenía mi ropa tirada, encontrándome frente a frente… con Anne, que había entrado sin llamar.

Ambas nos quedamos con la boca abierta, aunque ella parecía estar mucho más sorprendida que yo, e incluso me parecía que se sonrojaba ligeramente, algo que seguramente, yo también habría hecho en una situación parecida, ya fuese un hombre o una mujer.

Lo que no me pareció normal es que durante un par de segundos, me dio la sensación de que sus ojos me recorrían de arriba abajo, deteniéndose para examinar mis pechos y… todo lo demás, antes de girar la cabeza.

De haber sido un hombre, no habría dudado que sus ojos me habían analizado como si tuviesen la capacidad de atravesarme, pero en su caso, no estaba segura, o más bien, no deseaba estarlo, por lo que significaría.

-¡Guau! Esto… lo siento. No se me ocurrió que…. –empezó a decirme Anne, para a continuación, volverse de espaldas.

-No…. te preocupes –le respondí, dejando mi cabello tranquilo y colocándome la toalla alrededor del cuerpo para taparme -. No esperaba que viniera nadie.

De haberlo sabido no te habría recibido así… ¿o sí?, pensé, agitando la cabeza para quitarme aquella idea.

La toalla era tan pequeña que apenas alcanzaba para taparme, así que más me valía no moverme con demasiada confianza o terminaría mostrando de nuevo toda mi anatomía.

-¿Cómo es que vienes a estas horas? Después de dos días sin verte no contaba con que aparecieses hoy, y mucho menos tan tarde.

No quería que sonara a acusación, pero es que era en verdad algo extraño.

-Pues… para serte completamente sincera, y ya sabes que a mí me gusta serlo, la última vez que nos vimos me dio la sensación que necesitabas estar un tiempo a solas. Estoy bastante segura de que tras conocer a mi padre, lo último que querrías es volver a hablar conmigo. En dos días tu padre ha estado más presente en tu vida que seguramente en muchos años. Así que creí que lo

más justo sería darte algo de descanso.

-Gracias –le dije, sonriéndole ligeramente -. La verdad es que… tienes razón. Estaba un poco agobiada. Pero ya me siento mejor.

-Entonces me alegro de haberlo hecho. Ha sido duro para mí, ¿sabes?

Esa confesión hizo que en mi interior, mi mente entrara en un pequeño estado de euforia que me costó retener. No necesitaba aquello. No podía permitírmelo.

-Entonces…

-¿Por qué estoy aquí? Porque creo… que podría necesitar tu ayuda.

Extrañada, me senté en una vieja silla que había junto a la pared, envuelta en la toalla. Intenté no pensar en lo sexy que podría parecerle a Anne y sustituí aquella idea por una muestra de interés sobre lo que me estaba hablando. Había venido por un tema serio, y eso encendió otra clase de alarmas en mi interior.

-¿De qué manera?

-Pues verás. En este pueblo hay muchos tipos de negocios, pero la principal actividad no es muy difícil de adivinar; el juego. Hay un casino a las afueras que es para algunos de nosotros una auténtica vergüenza, mientras que para otros, constituye el lugar ideal en donde gastar todo el dinero que ganan en sus trabajos, además de ser origen de una buena cantidad de puestos de trabajo para crupieres, prostitutas y cosas así.

-No me sorprende. Ningún lugar queda libre de ese tipo de cosas. Allí donde no hay nada de esto, es pasto verde esperando a que alguien disponga del dinero suficiente para hacerlo.

-Supongo que sí. La cuestión es que uno de los que gracias al casino tienen problemas es mi hermano menor, Don. Debe un montón de dinero y cada vez que consigue algo, vuelve a ir allí para gastarlo. Mi padre dice que se niega a intervenir, qué ya es un hombre y que tendrá que afrontar las consecuencias y todas esas cosas de hombres, pero a mí eso no me vale. Alguien tiene que alejarlo de allí aunque sea a las malas.

-¿Y quieres que lo haga yo? –le pregunté sorprendida.

-Para nada. Lo voy a hacer yo. Pero me gustaría que vinieras conmigo… por si hay problemas. De apoyo.

No acababa de comprenderlo. ¿No habría sido mejor llevarse a un par de hombres del rancho? Seguramente, Anne me leería el pensamiento, así que siguió hablando, sin darme tiempo a preguntarlo.

-Tú estuviste en el FBI, por lo que quizás a ti te hagan más caso, o si por ejemplo hay alguna pelea, seguro que puedes… defenderme.

-Entiendo.

Reconozco que aquello me desilusionó. Me quería a su lado como un escudo. Era… como haber descendido de nivel. Quizás Anne se dio cuenta de lo que estaba pasando por mi cabeza, porque se adelantó y se agacho delante de mí.

-No te pediría esto si no… confiara en ti. Podría pedírselo a alguien del rancho pero la verdad es que… prefiero que vengas tú.

Dicho así, sonaba diferente. De aquella manera, parecía que yo era un poquito especial y no solo porque supiera luchar, sino también… porque me apreciaba.

Sabía que no tenía que molestarme todo aquello, pero… lo hacía, maldita sea.

De todas maneras, en el fondo tenía razón, y yo sabía que para ella no sería lo mismo tenerme a mí que a otra persona. Obviamente, no podía responder más que de una sola manera.

-Claro. Iré encantada.

Anne suspiró, aliviada.

-Muchas gracias. No hubiera sabido qué hacer si te negabas.

-No iba a negarme, tontita –le dije, bromeando, mientras me masajeaba un poco la pierna herida.

-¡Oye! ¡No seas descarada! –replicó ella, siguiendo mi broma. Entonces, se quedó muy seria de repente y me di cuenta de que su vista se había desviado hacia abajo.

-¿Te duele la herida?

La pregunta de Anne me pilló con la guardia baja y en ese momento, comprendí a qué se debía. Al estar desnuda, y frente a frente, había podido ver casi todas mis heridas, las tres que tenía en pecho y vientre, y la cicatriz de la pierna.

-No –respondí de manera tajante, bajándome un poco más la toalla para dificultar la visión de la cicatriz, aunque eso era imposible. Recorría todo el muslo y era difícil no fijarse en ella.

-Nunca había visto a nadie con tantas…

-Son gajes del oficio –comenté de manera seca.

Ambas nos miramos directamente a los ojos, ella pidiéndome explicaciones en silencio y sufriendo por mí, y yo suplicando que no me preguntase más. Puede que mi cuerpo estuviese herido, pero mi corazón se había llevado la peor parte y no había forma humana de hacerlo sanar.

Rememorar el pasado solo iba a ocasionarme un daño que ni siquiera ella podía imaginar.

Finalmente, tras mantenerle la mirada durante unos pocos pero interminables segundos y sin pronunciar palabra alguna, me puse en pie.

-Voy a cambiarme. Espera aquí.

Fui directamente hacia una de las de las maletas, la cogí y me la llevé a lo que debía ser el dormitorio, aunque no lo pareciese todavía. Cerré la puerta, quizás con más fuerza de lo que debía, y dejé la maleta en el suelo.

No iba a explicarle nada sobre cómo me las habían hecho, porque eso significaría que tendría que hablar de muchas otras cosas, como por ejemplo, de lo culpable que me sentía por haber permitido que muriese la mujer a la que amaba. Eso no estaba en el menú de aquel día y si podía evitarlo, de ningún día, en realidad. Así que me comporté con brusquedad, porque era la única manera en la cual podía zanjar aquella cuestión.

Decidida a dejar las cosas así, saqué el bote de analgésicos que tenía dentro, me tomé dos pastillas y busqué algo que ponerme.

Rogo y Wendy se quedaron juntos en el corral, mientras nosotras íbamos en el coche. Ninguna de las dos pronunció palabra alguna durante el trayecto, pero sabía muy bien que seguramente, le estaría dando vueltas y más vueltas al origen de aquellas heridas. ¿Cómo se las habría hecho? ¿Serían todas del mismo día o por el contrario, corresponderían a momentos distintos? ¿Por eso dejó el FBI?

Yo prefería que continuase teniendo preguntas que certezas y mantener mi propia tranquilidad interior, aunque ya me había provocado irritación al descuidarme y permitir que las viese, e incomodidad.

-Oye, perdóname por lo de antes. No quería ser curiosa pero… bueno, lo siento.

Sí, claro que sí, pensé. Pero también lo era protegerme a mí misma contra lo que implicaban las respuestas.

-Tranquila, no pasa nada. Es solo que todavía no estoy preparada para hablar de ello. Mientras tanto, solo necesito tener unos cuantos analgésicos a mano, por si las moscas.

Anne no volvió a decir nada más.

Por mi respuesta, debió tener claro que aún no había llegado el momento de hablarle de mi pasado, aunque si era lista, no era muy complicado sumar dos y dos. De haber sido solo una

misión, cualquier misión, me habría sentido mal, pero no tanto como para no poder o querer hablar de ello.

Todos los agentes tenían historias de fracasos y muertes de compañeros a sus espaldas y yo no era la excepción, solo que en mi caso, no se trataba únicamente de mis compañeros, sino de mi vida entera.

Decidida a no darle más vueltas, me dediqué a contemplar el paisaje y dejarme llevar para ir al casino.

Llegar a él fue pan comido, porque no solo su iluminación podía verse desde el otro extremo del pueblo, sino que además, había un reguero de gente yendo y viniendo, marcando perfectamente por dónde ir como si fuese un camino.

Era como el maldito camino de baldosas amarillas, pero hecho de sueños rotos y bolsillos vacíos. Lo había visto cientos de veces y era más que evidente que de allí nada bueno podía salir.

-¿Cómo es posible que permitieran algo así? –pregunté, asqueada de lo que estaba viendo -. Es… grotesco.

-Lo es. Pero hay mucho dinero circulando y quién podía decirle que no. Los mandamases de entonces desde luego no hicieron tal cosa. No me gusta la civilización.

Miré entonces a Anne con una sensación diferente. Aquel año que había estado fuera, seguramente, le había demostrado que no merecía la pena vivir en un mundo en el cual abundaba lo peor de nosotros. La entendía a la perfección, porque yo había sido testigo de bajezas innombrables mientras trabajaba para la agencia.

No dije nada más al respecto. Aparqué en el primer sitio que encontré y ambas nos bajamos.

-Desde luego, entiendo que no te guste este sitio. A mí tampoco –le aseguré a Anne.

-Me alegro que ambas pensemos igual. Vamos.

Ambas avanzamos hacia la orgía de luces, gritos y risas que aparecía delante de nosotras, ella caminando insegura y yo pensando que de buena gana le habría cogido la mano, no solo para tranquilizarla, sino para sentir el tacto de su piel y compartir algo más que un camino.

¿Qué me estaba sucediendo?

Los días que había estado sola, aquella clase de pensamientos no solo no habían aparecido sino que incluso parecían ser como un sueño lejano.

Descargar mi necesidad por mí misma no me había ayudado porque ahora sentía que era imposible conseguir la liberación que buscaba. Al estar de nuevo juntas, otra vez me habían invadido por todas partes aquellas ansias que a menudo me obligaban a abrazar a Helen, a besarla, a suplicarle con gestos y con miradas que no me dejase sola.

Al pensar en ello, me di cuenta de que a lo mejor me estaba enamorando de Anne.

CAPÍTULO 6

El interior del Casino no era diferente al de cualquier otro que yo hubiese visto. Había mesas con ruleta, póker, black jack, dados, máquinas tragaperras y cualquier cosa que pudiera uno imaginarse para perder el dinero rápidamente y manteniendo una sonrisa de estúpido en el rostro, además de mujeres por todas partes que se encargaban de estimular adecuadamente a los jugadores. También había un escenario al fondo, junto a la barra del bar, prometiendo seguramente música y diversión a todos aquellos que esperaban, estaban borrachos o que simplemente, habían perdido su dinero.

-¿Lo ves? –le pregunté a Anne, refiriéndome a su hermano, y deseando salir de allí lo antes posible.

-No. Tendremos que buscar mejor.

-Está bien. Separémonos. Así tendremos más posibilidades –le dije.

Las dos nos adentramos entre la gente, que o bien estaban estáticos delante de alguna mesa o se movían sin control por todos lados, con lo que aquello era una auténtica jungla. La mayoría cogía fichas y las soltaba, se sentaba y se levantaba, apostaba y esperaba con la mirada perdida y la mente completamente atrapada por aquel desesperante deseo de conseguir una victoria que sin duda, jamás llegaría, hasta que finalmente, noté la mano de Anne en mi antebrazo.

-Por aquí –me dijo Anne, señalándome un poco más allá, en donde distinguí sin dificultad a Don. Estaba delante de la mesa de dados, al lado de una rubia despampanante que no debía tener más de dos neuronas en todo su cerebro, pero sí un par de buenos implantes mamarios.

-¡Don! ¡Don! –le llamó Anne, que logró llegar hasta él y agarrar su brazo.

-Ah, hola hermanita. ¡Mira cómo voy hoy! ¡Esta es mi noche! –le dijo él, enseñándole un fajo de billetes que tenía en la mano. En la otra, movía un par de dados en su interior.

-Vámonos, Don. Lo perderás todo. Y ya debes mucho dinero.

-De eso nada. Voy a ganar todo lo que debo y más. Observa.

Sin poder evitarlo, Don se soltó del brazo de Anne y lanzó los dados.

Un tres.

Claramente, acababa de perder lo que había puesto en la mesa. Pero Don no se amilanó. Soltó un par de billetes más y recogió los dados, ante los gritos histéricos de la rubia y la emoción de todos los que estaban alrededor de la mesa.

-Aparta, guapa –le dije a la rubia, mientras la quitaba de al lado y me colocaba junto a Don.

-Ah, eres tú –me dijo al verme -. ¿Has venido para ayudar a mi hermanita a sacarme de aquí?

-Puedo hacerlo sola, pero eres tú quien debería irse por propia voluntad, antes de perder todo el dinero que tienes en la mano –le respondió Anne rápidamente.

-¿Y si no quiero? Después de todo, ¿es mi dinero, no?

Anne estaba verdaderamente preocupada y nos miraba a los dos, pero sobre todo a mí, expectante ante lo que pudiera ocurrir.

-Podría sacarte a rastras si quisiera, pero sería mejor para ti si lo hicieras solo –le amenacé.

-No creas que vas a asustarme con tu pasado de agente de…

No dejé que terminase. En lugar de eso, le propiné un rápido puñetazo en la nariz que hizo que todo el mundo en la mesa se callase de repente, mientras Don se llevaba la mano a la nariz que, un segundo más tarde, empezaba a sangrar.

No le había hecho gran cosa. Sabía perfectamente cómo golpear y dónde para no hacer

demasiado daño y aquello no era más que una caricia.

Pero impresionaba, claro, y ese era el punto.

-Puedo seguir, si quieres, pero te sugiero que lo hagas por las buenas. Vuelve si quieres otra noche, cuando tu hermana no pueda venir a buscarte, pero por hoy es suficiente. Es mejor que te vayas con algo en el bolsillo además de aire.

Don me miró visiblemente enfadado, pero también sabedor de que estaba en desventaja conmigo. Lentamente y sin retirar sus manos de su nariz sangrante, se dio la vuelta y empezamos a caminar hacia la salida. Anne me miró con los ojos muy abiertos por la sorpresa y yo solo me encogí de hombros. ¿No era para eso que había venido con ella? Las buenas palabras no servían de mucho con los jugadores y eso era algo que sabía por experiencia propia. Lo había visto muchas veces y siempre con idéntico resultado. Así que en mi opinión, aquella era la única manera de actuar y por el momento, estaba todo saliendo bastante bien.

Con lo que no contamos fue con la aparición de la guardia pretoriana del Casino.

-¿Hay algún problema? –nos preguntó el que debía ser el jefe de seguridad. Era un hombre fornido, pero no demasiado, con un bulto en su chaqueta debido inequívocamente a la pistolera que llevaba y una mirada que seguramente, prometía problemas. Pero yo también significaba lo mismo para cualquiera que se enfrentase a mí.

-Ninguno en cuanto él se venga con nosotros. Es su hermano –le dije, señalando a Anne – así que nos vamos de aquí… juntos.

El jefe pareció estudiar la situación. Evidentemente, él y los otros tres guardias de seguridad, estaban más que preparados para hacer frente a una amenaza como la que yo les estaba presentando, pero montar una batalla campal en mitad del salón de juego no estaba entre sus preferencias. Significaba la pérdida de una buena cantidad de dinero, al menos por esa noche.

Así que finalmente, asintió, pero antes de dejarnos ir, me agarró del brazo; con suavidad, pero también seguridad.

-Asegúrese de que él no vuelva por aquí… o no lo haga usted, señorita, porque la próxima vez, con gente o sin ella, no permitiré que se vaya con tanta facilidad.

-Cuento con ello –le respondí yo -, al igual que tú deberías contar con que no seré yo quien caiga al suelo en primer lugar si no retiras esa mano de mi brazo.

El hombre sonrió… y retiró su mano. Ambos sabíamos que aquello eran solo los preliminares y que seguramente, volveríamos a cruzarnos y a disponer de una oportunidad real para medirnos. Pero aquella noche, tocaban tablas. Era el momento de estudiarnos y sopesar nuestras posibilidades de éxito para el futuro, no de luchar.

Yo no esperé más. Tiré de Don y me dirigí hacia la salida, seguida de Anne.

Cuando llegamos fuera, Don habló por fin.

-¡Me has roto la nariz!

-No te la he roto, pero lo haré la próxima vez que tu hermana me pida ayuda para venir a por ti. La casa siempre gana, Don. ¿No lo has oído nunca?

-Eso no es verdad. Gana a veces… con los idiotas, no con los que tienen suerte.

-¿Y a qué esperas a tener suerte? ¿A deber otros diez mil dólares? –le preguntó Anne, afilada como una cuchilla de afeitar.

-Eso no es asunto tuyo, hermanita.

-Lo es si papá termina perdiéndolo todo por tu culpa, imbécil –le dijo, golpeándole en el brazo y empezando a caminar visiblemente enfadada en dirección hacia el coche.

-Tiene mucho carácter –me dijo Don, buscando un pañuelo para limpiarse la sangre.

-Sí. Y también te quiere más de lo que mereces –le dije -. Procura acordarte la próxima vez

que sientas la tentación de venir por aquí.

Anne y Don me dejaron en mi casa y ellos se fueron a continuación a la suya. Anne no dijo nada durante todo el trayecto, y cuando nos despedimos, solo levantó una mano.

Supuse que tenía mucho en que pensar, así que no le di más vueltas. Lo importante era que había contado conmigo para que le ayudase, aunque fuese a mi estilo, y eso también le hacía subir bastantes enteros en lo que se refería a nuestra amistad al confiar en mí lo suficiente como para tratar con algo así.

Por mi parte, yo hacía tiempo que no golpeaba a nadie, pero me di cuenta de que no me había costado absolutamente nada hacerlo. Quizás fuese porque se trataba de una causa justa… o a lo mejor era que en realidad, en el fondo, era todo para lo que servía. A lo mejor debía instalar un saco para practicar un poco o desahogarme cuando lo necesitara.

No era una mala idea, desde luego.

Cuando me tapé con la manta y me eché a dormir, por primera vez desde que estaba allí no me preocupó que lo hiciese sobre aquel durísimo suelo. Seguía debatiéndome entre qué tipo de adjetivo me definiría mejor: ¿Mala persona? ¿Pendenciera? ¿Asesina?

Yo era la responsable de la muerte de mis compañeros y por lo visto, debía ser así como me veían todos. Era… deprimente.

Lo último que recuerdo haber pensado mientras dormía, fue en el rostro de Anne extrañamente mezclado con el de Helen. No entendía muy bien por qué, pero de repente, ambos parecían haberse fusionado en uno solo, aunque por algún todavía más misterioso motivo, era a Anne a quien mejor distinguía. Al pensar un poco más sobre ello, deduje que en realidad, mis emociones empezaban a ser bastante claras. Anne me gustaba y no solo como amiga. Sentí una atracción por ella que hasta entonces, no había experimentado con nadie más, salvo con Helen.

Eso no podía suceder, me dije. Anne era mi amiga y ahora que la había recuperado, dejarme arrastrar por lo que sentía sería una nueva traición. Debía resistirme a ello, alejándome un poco de ella si hacía falta, dándole espacio y sobre todo, ocupándome de mis cosas.

Y eso fue precisamente lo que me propuse.

A la mañana siguiente, desayuné con avidez, decidida a ponerme a trabajar, pero la verdad es que al ver a Rogo correteando por el corral, nervioso, pensé… qué demonios, y me fui a ensillarlo. De repente sentía la necesidad de estar libre de paredes y sobre todo, y aunque no lo reconociese abiertamente, de ver a Anne, aunque fuese únicamente de lejos.

Rogo estaba casi tan contento como yo de cabalgar libre por los campos. Estaba segura de que ambos sonreíamos y disfrutábamos por igual de aquella sensación de libertad que estábamos experimentando. No me importaba el tiempo ni tampoco las obligaciones, porque si no arreglaba la casa, solo me importaba a mí y nadie más. Yo era quien iba a dormir en aquel suelo sin colchón y entrar saltando aquellos escalones rotos.

Así que me dejé llevar.

Además, descubrí que mientras cabalgaba, las cosas cambiaban su importancia. Aquel paisaje parecía despertar en mí la necesidad de fundirme con él y todo lo demás, sonaba lejano. La casa, el trabajo, mis sentimientos hacia Anne… todo parecía difuminarse, como un dibujo sobre el cual derramase agua.

Gracias a Rogo, me sentía tan libre como él mismo lo hacía.

Finalmente, tras no sabía cuánto tiempo, me detuve en algún lugar y bajé a tierra. Había un hermoso árbol muy cerca y me pareció que era el sitio ideal para descansar un rato, así que até al caballo y le dejé que pastara un poco, mientras yo me relajaba con la paz de aquel momento.

Ahora era cuando me daba cuenta de lo hermoso de aquel sitio y de por qué había decidido ir allí.

Desconozco cuánto tiempo estuvé, pero caí en la cuenta, quizás por primera vez en todos los días que llevaba allí, de que no solo no tenía mi móvil conmigo, sino que ni tan siquiera lo había encendido.

Increíble.

Antaño, el móvil era no solo una herramienta de trabajo, sino también algo sin lo que no podía vivir. Como agente, siempre debía estar pendiente de una llamada a cualquier hora del día o de la noche; pero también intercambiaba llamadas y mensajes con Helen, lo que lo convertía en la mejor manera que teníamos para seguir juntas, aun cuando no lo estábamos.

Al perderla, el teléfono dejó de importar para mí. Tenía uno, desde luego, ¿pero quién iba a llamarme? Yo, desde luego, no deseaba hablar con nadie que me recordara a Helen.

En ese momento, miré al caballo, que estaba comiendo algo de pasto, como si siempre hubiese vivido allí.

-Supongo que tendremos que regresar, ¿verdad, Rogo?

Por supuesto, Rogo no me contestó, pero supuse que no le gustaría demasiado. Claro que no podía elegir… ni yo tampoco. No sabía qué me iba a resultar tan sencillo holgazanear y tenía mucho trabajo por delante.

Así que me puse en pie, con todo el dolor del mundo; desaté a Rogo, monté e iniciamos la vuelta a un paso más deprisa de lo normal.

Cuando llegamos a casa, lo primero en que me fijé era que había un coche de más. Era un vehículo todoterreno, bastante grande, y por lo que acerté a distinguir, lujoso. Aunque no había explorado la ciudad tanto como para entender en qué ambiente me movía con exactitud, si tenía claro que no era alguien de allí, como la familia de Anne o mi padre, sino un “outsider”, tal y como se le llamaría. Aquella ostentosidad solo podía venir de alguien que deseaba llamar la atención y que todos supieran quién era y lo que tenía.

Tras detenerme un momento para mirarlo desde lo alto de la colina, Rogo y yo descendimos hasta la casa. Al acercarnos, distinguí que había, de pie, junto al vehículo, un hombre con cara de malas pulgas, pero no era él quien me preocupó, sino el que estaba sentado en las escaleras del porche.

Estaba perfectamente afeitado y llevaba un traje que seguramente alguien había tardado en planchar no menos de dos horas. Vendría a tener unos cuarenta años, aunque podía pasar por tener algunos menos.

Se puso en pie inmediatamente nada más verme y dejó claro con unas maneras suaves y elegantes, pero una mirada profundamente turbadora, que no era una persona cualquiera.

El hombre junto al vehículo era, sin duda alguna su guardaespaldas. El otro, debía ser alguien importante.

-Buenas tardes, señorita Murphy –se presentó, mientras yo descendía de Rogo -. Soy Carson Dalen, el dueño del Casino.

Algo no andaba bien. ¿El dueño del Casino en persona había venido a hablar conmigo? ¿Por qué razón? El problema con Don no había sido tan importante como para eso.

Lo miré, intrigada.

-Encantada. ¿Qué es lo que lo desea? –le pregunté, antes de descender de Rogo.

-Dicho así… muchas cosas, pero supongo que se refiere a lo que me ha traído aquí.

-En efecto. Es usted muy inteligente, señor Dalen.

-Gracias. Y usted es, si me permite la expresión, toda una amazona. La he visto cómo

cabalgaba de regreso aquí y me ha parecido que tiene usted una técnica exquisita.

-Hacía tiempo que no montaba a caballo, pero mi padre me enseñó bien. Le agradezco el cumplido.

-Ah, sí, su padre. El señor… Murphy. Lo conocí hace mucho tiempo, ¿sabe?

-No, no lo sabía.

-Sí. Hace algunos años, mi padre intentó comprarle el rancho, algo a lo que por supuesto, se negó una y otra vez. Era un hombre de… fuertes convicciones, por así decirlo. Tenía la idea de que esta tierra no debía pasar a otras manos o perdería todo su significado.

Sí, aquello sonaba muy de "mi padre".

-Así era él. Amaba esta tierra, incluso más que a mí –le dije, soltando algo que quizás, no debía decir, pero que en aquellos momentos, representaba lo que me había hecho y todavía no le había perdonado.

-Permítame que dude eso, señorita Murphy. Su padre podría ser muchas cosas, pero no me lo imagino despreocupándose de su familia.

No dije nada a eso. ¿Tenía que hablarle de mi historia personal para que se diese cuenta de lo equivocado que estaba? No era el momento ni él se merecía más confidencias.

-Aún no me ha dicho para que ha venido, señor Dalen.

-Es cierto. Verá, es que he pensado… que quizás yo tuviera más suerte con su hija; bueno, que los dos, tuviéramos más suerte.

-¿Quiere comprarme el rancho? –pregunté, retóricamente, sorprendida hasta las uñas de los pies -. ¿Por qué?

-Pues… este terreno es ideal por su localización para abrir bastantes negocios que tengo en mente y ya que estamos, me gustaría triunfar allí donde mi padre solo obtuvo fracasos. Es una… llamémosla, cuestión personal.

-Estoy viendo que ambos tenemos una deuda con nuestros respectivos padres, señor Dalen, aunque la mía no se parece en nada a la suya. En cualquier caso, lo lamento pero el rancho no está en venta. He venido para quedarme en él, no para sacar dinero.

-Sospechaba algo así –comentó Dalen, ciertamente apesadumbrado por mi respuesta, pero no sorprendido.

-Creo que podría haberse ahorrado el viaje si hubiese pensado que para una hija, vender algo que ha pertenecido a su padre no es demasiado habitual –le comenté, mientras metía a Rogo en el corral. Dalen me acompañó y siguió hablándome.

-Supongo que sí. De todas maneras, tenía interés en conocerla en persona. No todos los días se encuentra uno con una ex agente del FBI.

Al oír aquello, me giré con rapidez, haciendo que el hombretón avanzara dos pasos para interceptarme. Dalen, en cambio, continuó inalterable. Levantó una mano para decirle a su hombre que no se preocupara y todo se quedó en una mirada de furia por parte mía.

¿Cómo coño sabía él lo que yo era… y cuánto sabía?

Aquel hombre era peligroso; no se trataba únicamente de un acaparador, o un hombre rico que deseaba enriquecerse todavía más. No. Era un hombre decidido a conquistar por la fuerza lo que de alguna manera, le había sido negado con anterioridad.

-Veo que es especialista en excavar en la vida de la gente, señor Dalen –le dije, irritada.

-No crea, no. Aún desconozco por qué abandonó la agencia. Sus camaradas son bastante reacios a mostrar los informes del personal.

-¡Cuánto lo siento! ¿Quiere irse ahora de aquí, por favor?

Estaba enfadada e indignada, una mala combinación para permanecer delante de mí.

-Desde luego. Siento que le hayan molestado mis… pesquisas. Me gusta conocer a mis adversarios. Es solo una cuestión de supervivencia, nada personal.

-Al contrario, señor Dalen. Es muy personal. Cuando alguien me investiga, me pregunto qué derecho tiene y por qué lo hace. Para mí no hay nada más personal que inmiscuirse en mi vida.

Dalen sonrió… y no dijo nada más. Solo empezó a darse la vuelta para marcharse, aunque antes de completar el giro, pareció recordar algo.

-Por cierto, una advertencia tan solo. Mis hombres son bastante buenos en su trabajo. No deje que su entrenamiento especial le confunda. Si lucha contra ellos, es posible que se encuentre en una pelea más difícil de ganar de lo que sospecha.

-La próxima vez, señor Dalen, golpearé primero, así que dudo que tenga tantos problemas como vaticina.

-Pudiera ser.

Dalen era un hombre poderoso y seguro de sí mismo, la clase de hombre que labraba su futuro a costa de otros y sin duda alguna, el mayor peligro de aquella región. Esperaba no volver a cruzarme con él de nuevo, aunque estaba bastante segura de que sí que lo haría. Algo me decía que aquella visita, más que para hacerme una oferta, había sido hecha para medirme y comprobar si yo podía ser un problema para él.

Ignoraba con que idea se había ido, pero por el momento, y mientras no se entrometiera más, no tenía ningún interés en él. Claro que estaba por ver si él podía abandonar el que por lo visto, tenía en mis tierras.

CAPÍTULO 7

Mientras se alejaba, otro coche llegaba; era Anne. Me estaba extrañando que no hubiese venido antes. Entonces recordé el móvil, así que fui dentro a buscarlo y lo encendí. No tenía ninguna costumbre de usarlo y se notaba. No lo había echado de menos en todo el tiempo que llevaba allí y el hecho de haber pensado en él después de tanto tiempo, lo demostraba.

Con él en la mano, salí de la casa y me dirigí al encuentro de Anne, que salía del coche en ese momento.

-¿Ese era Carson Dalen? –me preguntó, una vez cerró la puerta.

-En efecto. Ha venido a intentar comprarme el rancho.

-¡Qué hijo de puta!

No pude decir mucho más, porque en ese momento, el móvil empezó a sonar a medida que recibía todos los mensajes acumulados.

-No me había acordado del móvil desde que llegué –le expliqué.

-¿Y por qué lo has hecho ahora?

Me encogí de hombros.

-Creo que porque estaba sola y al pensar en que no había visto ni hablado con nadie, pensé en él.

Pero también cruzó por mi mente el poder hablar cuando Anne no estuviese conmigo. Habíamos pasado tanto tiempo juntas, que me resultaba muy solitario no tenerla a mi lado, por duro que sonase.

-Además, así podremos hablar cuando estemos lejos y quedar. Aquí el tema de las distancias es un problema. No es como si pudiera decir… voy a visitar a un amigo que vive a cinco minutos.

-¡Eso me gusta! –dijo Anne, visiblemente complacida -. ¡Pero no tengo móvil! Es una de esas cosas modernas de las cuales prescindo.

Sonreí. No es que fuese una sorpresa. Mientras tanto, revisé lo que tenía pendiente. Los mensajes no tenían ninguna importancia. La mayoría eran de mi madre preguntándome que era de mi vida y por qué no respondía y unos pocos de algunas cuentas que había seguido en las redes sociales y con las cuales ya nada tenía que ver.

Una vez los comprobé todos y anoté mentalmente que debía hablar con mi madre para que se quedase tranquila, volví a centrar mi atención en Anne.

-¿Por qué Dalen me ha ofrecido dinero por el rancho? Cuando lo miro, no veo nada de especial en él.

-Y no lo tiene. Quiero decir, que no hay nada en él que valga dinero, salvo la casa, y en estos momentos, tampoco estaría muy segura de eso. Pero sus terrenos están en una zona muy interesante. Es el rancho con mayor volumen de agua subterránea en el subsuelo. ¿Sabes que también intentó comprárselo a tu padre?

-Me lo ha dicho. Ese hombre será muchas cosas, pero no es un mentiroso.

Daba asco tener que decir algo bueno de él, pero al menos, sentía que no necesitaba jugar con la mentira. Era evidente que no me había hablado de todo lo que perseguía, pero tampoco me había interesado tanto como para continuar insistiendo.

-Bueno, y ¿tú que le has respondido? –me preguntó Anne a continuación.

Yo guardé el móvil y me giré hacia ella.

-Qué no, por supuesto. Que había venido a vivir aquí y no a venderlo. Y que no estaría bien que vendiese algo que mi padre no quiso hacer cuando tuvo la oportunidad.

-¡Genial! –exclamó Anne.

-Parece un hombre peligroso y dudo que sea la última vez que deba tratar con él, pero bueno. Cambiando de tema, ¿a qué debo tu visita?

-Pues… he venido a invitarte a salir.

Glup.

Aquello sonó… como no esperaba que lo hiciese y me pregunté bajo qué expectativas lo habría dicho ella. Pero me puso tan nerviosa, que no reaccioné demasiado bien.

-E-esto… ¿de qué hablas?

-Sí, a dar una vuelta por el pueblo, bailar un poco, hacer unas pocas locuras… ya sabes, divertirnos.

Aliviada, sonreí. Me sentía más tranquila pensando que había interpretado mal aquella pregunta y que me había dejado llevar por todo lo que tenía en la cabeza, y que me estaba esforzando por eliminar.

La verdad es que hacía tiempo no me divertía, más de lo que podía recordar. Con Helen no podíamos ir a muchos sitios y los lugares de "ambiente" eran una opción en la cual no terminaba de sentirme cómoda, para empezar, porque no deseaba que alguien pudiese reconocerme.

-No sé si me acordaré de cómo se hace eso –le dije, dejando a un lado de nuevo todos aquellos recuerdos agridulces.

-No te preocupes, yo te enseño. Anda, ve a vestirte. Aquí no nos andamos con muchos remilgos, así que unos vaqueros ajustados y una camiseta que resalte nuestros pechos es lo único que se pide.

-Hummm intentaré cumplir con esas expectativas –le dije, sonriendo con picardía.

-He visto lo que tienes para ofrecer, así que no te costará demasiado.

Aquel comentario me dejó paralizada. Me acababa de lanzar un piropo. En cualquier otra situación, y de una mujer a la que conociera más, solo habría sido un comentario sin importancia. Mis pechos no estaban mal, desde luego, y habían soportado bastante bien los años que llevaba encima, pero tampoco hubiese dicho algo especial de ellos.

El problema era que los sentimientos que afloraban en mí, invadían con relativa facilidad mi mente de imágenes que prefería no conocer e interpretaciones de cada cosa que ocurría entre las dos, o todo lo que decía, que me empujaban a un terreno que prefería evitar.

-Será porque los hombres se conforman con poco –dije entonces, intentando crear una especie de barrera entre las dos, antes de que no hubiera ninguna que pudiera resistirlo.

En aquella época anochecía pronto, así que cuando llegamos al pueblo, las luces de los locales ya destacaban sobre todo lo demás. Me di cuenta entonces de que era viernes y de ahí la insistencia de Anne por salir. Para mí, los días de la semana habían dejado de tener sentido, pero estaba claro que para el resto de la humanidad no era así y ella debía estar habituada esta clase de vida, a salir los viernes de fiesta y reencontrarse con una parte de la humanidad que yo había abandonado hacía ya una eternidad.

-Allí hay un sitio –le dije a Anne, que rápidamente giró el volante y detuvo el coche perfectamente entre otros dos.

-Listo. Vamos.

Nada más bajar del coche, dos chicos que eran más jóvenes que nosotros, nos miraron de arriba a abajo y nos saludaron inclinando ligeramente el sombrero.

Me molestó.

No era solo porque no me interesaran los hombres, sino porque no estaba acostumbrada a esa familiaridad. Sé que lo hacían como un cumplido, pero a mí no me iba ese tipo de cosas.

Anne en cambio, sonrió.

-Creo que esta noche va a ser todo un éxito.

-Anne, yo no estoy buscando…

-Tranquila, yo tampoco. Pero es divertido ver como babean los demás a nuestro alrededor, ¿no te parece?

No dije nada, pero mi cara lo dijo todo.

Para nada.

El concepto que tenía Anne difería del mío. Su sonrisa y gran ánimo la ayudaban a salir adelante. Yo seguía dentro de una burbuja y no sabía si deseaba salir de ella. Hacía demasiado frío afuera.

Seguimos andando y Anne me condujo a un local en donde nada más entrar, se notaba que estaba en pleno viernes noche. Lleno hasta los topes, con hombres y mujeres en la barra, música country muy alta y gente bailando en la pista.

-De ninguna manera voy a entrar ahí –le dije, sonriendo horrorizada.

-¡Oh, claro que sí! –me dijo, tirando de mí hacia el interior.

De nuevo tenía a Anne siendo completamente opuesta a mí. En cuanto entró, empezó a saltar y a aplaudir, y a contonearse de modo que docenas de miradas se volvieron hacia ella.

-Se nota que esto es lo tuyo –le grité.

-¿QUÉ DICES? –me gritó, sin dejar de moverse.

-DIGO QUÉ ESTO ES LO TUYO –le repetí, intentando elevar mi voz por encima de la música.

-Claro que sí. ¿A ti no te gusta?

Fui a responder, pero Anne se giró y comenzó a moverse sinuosamente delante de mí, con los brazos en alto, como si estuviese seduciéndome.

El problema era que a mí me parecía que lo estaba haciendo de verdad y lo que era peor: me gustaba.

Yo solo podía sonreír, pero aún no me sentía capaz de seguirla, ni sabía si podría hacerlo. Claro que ella parecía bastarse sola. La seguí, pero no durante mucho tiempo. Dos chicos se le acercaron e intentaron seguir su ritmo, aunque ella parecía estar poco dispuesta a conformarse con eso.

Finalmente, después de un par de canciones, se dio cuenta de que yo aún no estaba al cien por cien y me arrastró fuera de la pista, al menos momentáneamente.

-Ven, vamos a tomar algo, a ver si te animas –me dijo, cogiendo mi mano y tirando de mí hacia un hueco que había en la barra.

-¡Hola, Jack! –saludó Anne al hombre de la barra, cuyos bigotes casi le daban la vuelta a la cabeza.

-Hola, Anne. ¿Quién es tu amiga?

-Esta es Gillian, una vieja amiga. Gil, este es Jack, el mejor barman del mundo.

-Encantada –le saludé, sintiéndome completamente fuera de lugar.

-¿Por qué no nos preparas uno de tus especiales? Nada demasiado fuerte, pero lo suficiente como para ponernos en movimiento.

-Marchando.

Cuando Jack se hubo marchado a prepararnos las bebidas, me acerqué un poco más a Anne.

-¿Seguro que quieres que esté aquí? Me parece que no te voy a hacer ningún favor

quedándome a tu lado.

-Tonterías. No he venido a ligar sino a divertirme contigo, así que deja de refunfuñar.

Jack regresó con dos chupitos y sendos vasos llenos hasta arriba de una bebida de color marrón.

-Listo, chicas. Qué lo disfrutéis.

-Gracias, Jack –le dijo Anne, dejándole el dinero exacto y cogiendo el chupito.

Yo la emulé.

-¿Esto es algo así como un ritual? –le pregunté.

-Algo así. Cuando salgo, muchas veces pido esto. El chupito para empezar, el largo para tener algo por qué volver a la barra.

Anne alargó el brazo para brindar y después, se lo bebió de un trago. Yo hice lo mismo… y descubrí que sabía a demonios y quemaba como un horno de leña.

-¡Guau! ¡Es fuerte!

-¡Yeah!

Anne agarró entonces el otro vaso y le dio un sorbo. Yo miré a mi alrededor. Todos parecían relajados y despreocupados, como si mañana no fuese a llegar nunca. Ese era mi problema, que sabía perfectamente que llegaría y que quizás por esa razón, nunca me permitía soltarme.

No tuve tiempo de coger mi bebida, porque Anne dejó el vaso encima de la barra y me arrastró de nuevo a la pista de baile. Era todo un vendaval.

-Venga, vamos a darle caña.

En ese momento, sentí un tirón en la pierna, pero logré contener el dolor y llegar hasta el centro del lugar. Anne se hizo con un hueco suficiente y empezó a moverse con gracilidad.

Yo la seguí… como buenamente pude.

-Estoy bastante oxidada –le reconocí.

-Se nota. Pero eso es algo que no se olvida. Tú solo sígueme a mí y deja que tu cuerpo haga el resto.

Anne parecía estar siendo atravesada por una corriente eléctrica y eso me hizo reír, pero lo peor fue que se acercó a mí, me cogió de la cintura y me obligó a seguirla. Tuve que empezar a contonearme como ella, moviendo las caderas, las piernas y los brazos como si verdaderamente estuviera sintiendo la música.

Debo reconocer que aquello no me disgustaba, aunque el contacto de las manos de Anne en mi cuerpo encendió todas mis alarmas. El alcohol también había empezado a hacer su efecto, así que mi sonrisa afloró libremente y poco a poco, todo mi cuerpo pareció saber lo que debía hacer.

Podía sentir el deseo abriéndose paso en mi interior y luchando por salir. Sus ojos me recorrían y los míos se deleitaban en sus labios y sus mejillas.

Por eso precisamente no quería beber. No tenía ganas de dejarme llevar por mis emociones y ahora… sentía que ya no podía detenerlas. Había tanto dentro de mí que era como una fuerza de la naturaleza, imparable.

-¡Eso es! ¡Ya sabía yo que podrías hacerlo!

Sentí que mi mente se ponía celosa de mi cuerpo, así que me acerqué a Anne, o más bien, me pegué a ella, haciendo que entre ambas no hubiese prácticamente ningún espacio. A nuestro alrededor, muchos ya nos miraban, pero en aquellos instantes, todo me daba igual.

Sabía que era un error y que todo podía acabar en desastre. ¿Y qué? ¿Acaso no me merecía un poco de lo que había perdido? ¿Es que no existía en el fondo la posibilidad de que Anne quisiera lo mismo que yo?

Todo el encanto desapareció en un abrir y cerrar de ojos, en cuanto unas pocas palabras me

despertaron del estado en el que había entrado.

-¡Qué sorpresa! ¡Hola, Gil!

A nuestro lado apareció entonces una chica que me resultaba familiar, aunque tuvieron que pasar unos segundos antes de que la reconociera. A mi cabeza llegaron los recuerdos de aquel beso que me estaba dando con ella en el porche de casa, la noche en la cual mi padre descubrió lo que verdaderamente me gustaba, y en ese momento me di cuenta, no solo de que jamás podría escapar de mi pasado, sino de que además, no estaba siendo realista. Sabía que tarde o temprano Anne iba a conocerlo todo sobre mí y que mientras bailaba, estaba más que dispuesta a no dejarlo más tiempo, pero de repente, lamentaba haber pensado si quiera en ello y aquella forma apresurada de tener que hablar de mí… bueno, no estaba preparada todavía.

-Hola, Alex –le saludé.

Anne la miró con curiosidad y después se volvió hacia mí con un rostro lleno de preguntas.

Era mi pasado, recordándome que no podía dejarlo atrás, al igual que tantas otras cosas. Durante unos momentos, había conseguido dejar de lado mis miedos y mis peores recuerdos. Helen no existía; mis inhibiciones habían desaparecido; todos los miedos que cada día me frenaban, parecían haberse marchado a otro lugar o a otra persona, o bien.

Pero al ver a Alex… todo regresó, como si alguien me hubiese dado un potente derechazo, lanzándome a la lona y yo estuviera intentando ponerme en pie antes de que terminase la cuenta.

-¿Desde cuándo estás por aquí? –me preguntó Alex. Hablar con ella era lo último que me apetecía pero no tenía más remedio. Era parte de mi vida.

-Un par de semanas –respondí con voz seca.

No había cambiado mucho en todo el tiempo que hacía que no nos veíamos, pero sobre todo, sentí que las emociones que ya casi había olvidado, como la amargura, regresaban a mí como un maremoto imparable.

Tardé unos segundos en darme cuenta de que me había quedado mirándola fijamente, en silencio, y en mitad de la pista de baile, bajo la atenta mirada de Anne.

-Oh, perdona. Anne, esta es Alexandra, una vieja amiga.

Alex no dijo nada pero miró a Anne… y noté cierta tensión. No sabía por qué, dado que al fin y al cabo, ninguna de las tres era nada con la otra, pero los ojos de Alex recorrieron a Anne casi con desprecio, mientras que los de Anne mostraban algo más parecido a la desconfianza.

-¿Estás sola? –le pregunté. La conversación estaba resultando muy complicada.

-No. Solo esperando –nos dijo, señalando a una chica que estaba hablando con una pareja -. Bueno, ya nos veremos por ahí.

-Sí, claro.

Cuando Alex se marchó, Anne se acercó a mí para hablarme.

-¿Se puede saber qué ha sido eso? –me preguntó, no molesta, pero sí muy extrañada.

-Eso… ha sido como ver al fantasma de las navidades pasadas.

-No entiendo muy bien qué quieres decir.

-No importa –le dije, sintiéndome de pronto completamente hundida y sin ganas de seguir allí.

La música continuaba sonando y la gente a nuestro alrededor bailaba como si nada hubiera sucedido. Solo Anne permanecía completamente inmóvil junto a mí.

Suspiré.

Anne estaba con el cuerpo tenso y el rostro endurecido. Era normal, porque habíamos cambiado la sensación que teníamos de que por fin, habíamos dejado atrás cualquier problema que tuviéramos, para encontrarnos de frente con otro que ella no acertaba a entender, razón por la cual, debía sentirse profundamente molesta.

Sus manos agarraron las mías y me miró fijamente, como si me estuviese retando. Quizás era eso lo que estaba intentando trasmitirme: atrévete; confía en mí.

Quizás había llegado el momento, así que… me abrí a ella.

-Fue mi primera novia.

Ya estaba. Lo había dicho. Anne, la amiga de mi infancia, por fin sabía lo que había estado ocultando, o una parte de ello al menos, y el origen de la mayoría de los problemas. Mi padre y Helen habían sido víctimas colaterales de aquello y no me sentía precisamente bien por ello, y aunque estaba bastante segura de que iba a perder lo que había conseguido con Anne, estaba exhausta de esconder quién era. Prefería seguir el camino por mi cuenta que continuar tomando atajos incómodos.

-La última vez que nos vimos, mi padre nos descubrió besándonos y por eso me echó de casa –completé.

Yo nunca comprendí qué había de malo en aquello. Estaba encontrándome a mí misma y seguramente, no habría llegado más lejos con Alex, pero necesitaba a mi padre en aquel momento y no solo no pude contar con él, sino que lo perdí para siempre.

Jamás sería capaz de recuperar lo que nos unía y él se fue sin que pudiésemos hallar una manera de resolver lo que años atrás nos había separado.

Sin poder evitarlo, mis ojos se humedecieron de lágrimas, mientras mi mente viajaba al pasado y mis manos sostenían las de Anne en el presente.

CAPÍTULO 8

Sentí un enorme alivio por haberlo dicho, por fin, aunque temía las consecuencias que pudiera tener. Cuando regresé al pueblo, lo hice con la idea de estar sola; ahora no podía imaginarme perder de nuevo a Anne. En unos pocos días habíamos construido una relación que sentía necesitaba y que pagaría cruelmente de perderla, y todo mi cuerpo se preparó para el impacto. Me imaginaba la situación como si estuviese observándola desde fuera, igual que cualquier espectadora. Anne soltaría mis manos, me miraría horrorizada y se alejaría, quizás solo unos metros en aquella zona de baile, pero para el resto de nuestras vidas.

Quizás estuviese llorando más por eso que por el recuerdo de mi padre y el dolor de tener que marcharme de allí, o a lo mejor se trataba de ambas cosas.

De todas maneras, en ningún modo estaba preparada para lo que sucedió a continuación. Anne agarró mi mano y tiró de mí hacia fuera, quitando a todo el mundo a su paso hasta salir del local. Las calles estaban casi vacías, sin duda porque la gente estaba, o bien en el interior de locales como aquel, o en sus casas, así que me sentía como si estuviésemos solas en el mundo.

-P-pero… ¿dónde me llevas? –protesté.

Anne no me respondió. Siguió tirando de mí hasta torcer la esquina y solo entonces, se detuvo, me empujó contra el muro, me miró con los ojos muy abiertos, colocó sus manos en mis mejillas y comenzó a besarme con fiereza.

Nuestras bocas se fusionaron como si no pudieran volver a separarse jamás, nuestros cuerpos se adhirieron uno con el otro y ambas empezamos a devorarnos como si nuestros corazones estuviesen famélicos.

No recuerdo haberme besado de aquella manera con nadie, salvo con Helen, y de aquello hacía tantísimo tiempo que me parecía como si hubiese ocurrido hacía un millón de años e incluso ni siquiera hubiese existido. Además, sentía una necesidad insoportable de explorar el cuerpo de Anne y sentir sus manos sobre el mío.

Se había despertado un frenesí que me impedía controlarme; mis piernas se movían para sentirla más cerca de mí, maldiciendo tener tanta ropa que me lo impedía, y mis manos dudaban entre apretar su rostro para continuar devorándola o meterse bajo su camisa y acariciar su espalda y cualquier otra parte de su cuerpo a la que pudiese llegar.

De algún modo, logramos separarnos un instante, jadeando, con los labios sonrosados y una sonrisa de sorpresa y hambre insaciable en nuestros rostros. No era capaz de dejar de mirarla y sentía que me faltaba el aire, no sabía sino por la excitación, los nervios que me invadían o lo hermosa que me parecía en ese momento.

-¡Yo… no lo entiendo… ! –exclamé, lanzándome de nuevo hacia sus labios para separarme unos segundos más tarde.

-Pues… creo que está muy claro –me respondió Anne, devolviéndome el beso, a lo que siguieron otros tantos, suyos y míos, en los labios y cerca de ellos, intentando separarse una y otra vez pero volviendo de nuevo a aplastarse con desesperación.

Solo después de un rato, pudimos volver a separarnos y para entonces, ambas teníamos muy claro lo que iba a ocurrir a continuación.

-¡Oh, Dios!. Eres preciosa. ¿Cómo he podido no darme cuenta antes? –le dije, acariciando su rostro con suavidad y olvidándome por un instante de lo que mi cuerpo me pedía.

Anne me miró con gesto apenado y alegre a la vez, cogió mi mano y besó la palma con pasión.

-Quizás porque no te atrevías a pensarlo, pero ahora ya no importa. Lo único que quiero… es besarte y tenerte.

Sus palabras eran lo que yo necesitaba para dejar atrás todos mis sentimientos de culpa y cuanto me estaba martirizando. Ella me deseaba… y yo a ella, como si no hubiese un mañana, o más bien, como si el mañana fuese nuestro.

-¿Vamos a mi casa? Nadie nos molestará allí –sugerí, lamentándome que estuviese tan lejos.

-¡Está muy lejos! –se lamentó Anne. Ambas nos echamos a reír, pero de una manera especial. Ambas estábamos sintiendo y deseábamos lo mismo, y eso hacía que aquel momento fuese excepcional.

-Lo sé. Pero una vez lleguemos, podremos quedarnos toda la noche si queremos.

Aquellos ojos tan bellos que me observaban jamás me parecieron tan profundos como en ese momento. Me sentía capaz de sumergirme en ellos para siempre, porque al sentirlos, mi respiración se detuvo y no sabía si volvería a ser capaz de volver a la vida de nuevo.

-¡Es verdad! –me dijo finalmente, agarrando mi mano y tirando de mí -. ¡Vamos!

Y nos dirigimos al coche entre risas, como si aún tuviésemos quince años y acabásemos de descubrir el sexo.

Pero era mucho más que eso. En realidad, era como se hubiesen abierto todas las puertas entre las dos. ¿Cómo era aquello posible? Había acumulado tanto miedo que ahora me sentía inquieta por experimentar tanta felicidad. Tenía miedo de que fuese solo un espejismo y desapareciese tan deprisa como un destello de luz y me cegara para el resto de mi vida.

Pero me dejé llevar, empujada por la confianza y sobre todo, la fe en que era mucho más que todo eso. Durante todo el viaje, no hablamos, pero tampoco nos soltamos de la mano, incluso cuando Anne tenía que cambiar de marcha, ni tampoco podíamos borrar la sonrisa de nuestros rostros.

Cuando llegamos a casa, abrí la puerta casi con desesperación y nada más entrar, lancé las llaves al suelo, me giré hacia Anne y comencé a besarla con ansia. Ni tan siquiera me importaba que la puerta se quedase abierta o no tener colchón, porque aquella noche, habría podido estar con ella encima de un arbusto de ortigas de haber sido necesario.

Anne parecía sentirse igual que yo, porque sin despegar nuestras bocas, empezó a quitarse la camiseta. Yo la ayudé, lo que hizo que para mi desgracia, tuviéramos que separarnos un instante, lo cual aproveché para quitarme la mía, así como el sujetador.

Ella me imitó y ambas miramos nuestros pechos y a continuación, nos acercamos lentamente una a la otra, sin dejar de mirarnos o más bien, de contemplarnos, como si de pronto hubiésemos encontrado el paisaje más hermoso del mundo, uno de esos que quitan la respiración y que al verlo, sabes que puede que no vuelvas a ver jamás.

Anne bajó la mirada y tras unos pocos segundos, volvió a alzarla.

-He estado esperando esto desde hace veinte años.

Yo la miré sintiendo por vez primera genuina preocupación por ella.

-¿De qué estás hablando?

-Siempre he estado loca por ti, Gil. Nunca me atreví a confesártelo porque no sabía cómo responderías y cuando te marchaste… me rompiste el corazón.

Las lágrimas comenzaron a descender por las mejillas de Anne. En toda mi vida jamás había pensado que podía sentir algo por mí, pero ahora que lo sabía, todo tenía sentido. Un enorme sentimiento de culpa me invadió por dentro, tan fuerte, que inconscientemente, me llevé una mano al pecho, como si me faltase el aire.

Pero entonces, Anne volvió a mirarme… y todo desapareció.

-Entonces teníamos que haber hecho esto hace mucho tiempo –le dije, volviendo a besarla, dejando que mis labios se entretuviesen sobre los suyos unos segundos, antes de separarlos.

Nuestros cuerpos se juntaron y sentí el roce de sus pezones en mis pechos, despertando una excitación en mí que no recordaba desde que perdí a Helen. Había pasado tanto tiempo sin sentir nada, que ahora casi era como si fuese la primera vez y ella, mi primer amor. Es increíble como el corazón puede ver más allá de la realidad y el tiempo, y convertir lo que era un simple momento, en algo que podía ser infinito.

Mis brazos la rodearon con fuerza y ambas nos dirigimos hacia la manta que usaba para dormir, sin separarnos ni dejar de movernos.

-Siento no tener nada mejor –le dije, señalando la manta.

-Tú serás más que suficiente –me respondió ella.

A continuación, nos separamos; Anne comenzó a quitarse la ropa que le quedaba y yo hice lo mismo. Segundos más tarde, ambas estábamos completamente desnudas, a pesar del frío que empezaba a invadirnos, ninguna de las dos temblábamos. Lentamente, se acercó a mí; yo agarré su mano, me senté encima de la manta, y la atraje para que se sentara a mi lado, y en cuanto lo hizo, toda nuestra necesidad, todos los deseos que nos dominaban y todos los secretos que teníamos, se fundieron solo en amarnos, acariciarnos y saciar la desesperación que apenas nos dejaba respirar.

Acerqué mi boca a ella y reanudé los besos, solo que en esa ocasión, mi mano descendió a través de su cuerpo en dirección hacia sus muslos. Escuché como Anne empezaba a jadear y dejé que mis labios besaran también su cuello y buscaran su seno. Mientras tanto, mi mano alcanzó su destino; coloqué mi palma en el triángulo y froté mis dedos como si fuese a penetrarla, percibiendo el calor que desprendía. Mi propia urgencia me pedía… no, me exigía, que me apresurara, pero aun así, me obligué a continuar estimulando a Anne, que parecía completamente perdida entre mis manos, a un ritmo lento.

Sus pezones estaban duros y cuando envolví con mi boca uno de ellos, el cuerpo de Anne se comprimió con el mío y mis dedos la penetraron sin esfuerzo. La humedad se deslizaba por nuestros muslos y noté que Anne no debía tardar mucho en alcanzar el orgasmo, así que me adentré todavía más, mientras con la misma mano frotaba su clítoris hinchado.

Succioné y lamí su pezón durante unos segundos, mientras las manos de Anne revolvían mi cabello y me abrazaban por el cuello, víctima de la mayor de las desesperaciones, pero no tardé demasiado en regresar en busca de su boca. Nuestras lenguas se enzarzaron en su interior y se acariciaron con intensidad, mientras yo aumentaba los movimientos de mi mano.

Anne se corrió con rapidez. Su boca se apartó de la mía y me abrazó con fuerza, mientras todo su cuerpo se tensaba para a continuación, dejarse llevar por una serie de pequeños estremecimientos hasta que finalmente, terminó por relajarse.

Los ojos de Anne estaban dilatados por la oscuridad y la excitación, pero me miraban como si acabasen de descubrirme. Entonces, sin mediar palabra, una mano de Anne me empujó con suavidad para que me tumbara.

Empecé a hiperventilar antes de sentir su cabeza entre mis piernas, así que en cuanto empezó a torturarme con su lengua, sentí que mi cuerpo se perdía intentando alcanzar rápidamente el orgasmo.

Su boca envolvió mi clítoris y sentí como lo chupaba, lo succionaba, lo soltaba y volvía a empezar de nuevo, volviéndome loca. Con cada uno de los movimientos que realizaba con su lengua, jadeaba pidiendo ayuda, o más bien un permiso que no llegaba. Mis manos se deslizaron hacia su cabeza y mis dedos se entrelazaron entre sus cabellos, mientras ella continuaba

haciéndome sufrir.

Alcé las piernas y las presioné contra su cabeza, pero rápidamente varié la postura porque en realidad, ninguna era lo suficientemente buena. Sentí su lengua adentrándose y todo mi cuerpo se volvió loco.

-No… puedo… más…. –logré decir.

Durante un par de segundos, Anne pareció detenerse, pero de repente, noté como me penetraba con sus dedos. Sentí como como si fuese a explotar, así que gemí, me retorcí y grité, hasta que por fin, me corrí. Sus dedos siguieron los vaivenes de mi cuerpo, hasta que logré detenerme, pero aun después de haberlos retirado, sentía que estaba dentro de mí.

Anne subió y me besó, chupo mi cuello y mi hombro, una vez y después otra, hasta que por fin, ambas nos detuvimos y nos abrazamos.

Tumbadas lateralmente, no podía retirar la mirada de ella. Me sentía completamente en paz, aunque sorprendentemente, continuaba deseando a Anne.

-Siento mucho no haberte dicho cómo era.

-¡Shhhh! –volvió a decirme, llevando de nuevo su dedo índice a mis labios -. Nada de eso importa ya. Ahora mismo estoy en una nube y no quiero bajarme, eso es todo lo que de verdad significa algo para mí; estar contigo aquí y ahora.

-Entonces, quédate todo lo que quieras conmigo –le dije, dándole otro beso. No podía evitarlo. Sentía unas ganas enormes de besarla.

Pero en lugar de eso, comencé a acariciar su rostro, su hermoso rostro, que había dejado abandonado cuando éramos tan jóvenes. No podía imaginar lo mal que lo habría pasado, estando enamorada de mí a aquella edad y siendo tan cruel y repentinamente abandonada.

-Cuando mi padre me descubrió besando a Alex –empecé a explicarle -, yo intenté hacerle entender lo que era y lo que necesitaba, pero se puso imposible, se negó a razonar, y a la mañana siguiente me dijo que me fuese. No tuve tiempo de nada, ni tampoco ganas, la verdad.

-Debió ser muy duro.

-Lo odié, Anne. Hasta hace poco, no podía pensar en él sin recordar aquella noche y era imposible para mí pensar en esa noche sin sentir que me había traicionado.

-Te entiendo. Mi padre aún no lo sabe. Piensa que me estoy reservando para la boda o que soy muy discreta.

No pude evitar una sonrisa.

-Desde luego discreta sí que eres si todavía no lo han descubierto.

-Por aquí no hay mucho donde elegir, así que de vez en cuando me voy al pueblo de al lado y me lo monto por allí. Lo que está lejos…

-… permanece lejos; sí, me suena esa frase.

Ahora fue el turno de Anne de acariciarme.

-Pero ahora mismo he de reconocer que no sería capaz de irme a otro sitio en el que no estuvieras tú. Te he esperado… tanto tiempo.

Volvimos a besarnos, tiernamente, prometiendo un sinfín de besos iguales a aquel, y percibiendo cada milímetro de piel de sus labios como si fuesen míos.

Anne sonrió y deslizó una mano hacia mis glúteos, alcanzando el espacio que había entre ellos. Bastó un contacto suave de sus dedos con mi piel para provocar una respuesta en mí, porque la excitación que sentía aún no había desaparecido completamente.

-¿Sigues con ganas de jugar?

-Claro. Me prometiste que tendríamos toda la noche para nosotras.

-Hummm no me gusta romper promesas, la verdad.

Anne sonrió y se colocó a horcajadas encima de mí. A continuación, empezó a besarme, haciendo que sus labios despertasen en mí de nuevo la desesperación y la necesidad como si no la hubiese satisfecho. Lentamente, comenzó a mover su cuerpo, frotando su pubis contra el mío y haciéndome gemir. Yo coloqué mis manos en sus caderas y seguí su movimiento, pero rápidamente desplacé una mano para coger uno de sus glúteos y abrirme paso hasta sus muslos. El cuerpo de Anne se estiró y arqueó, y yo aproveché para acariciarla. Ambas estábamos húmedas y sentía nuestros clítoris hinchados y duros, así que introduje mi mano de nuevo y la deslicé entre ambas, haciéndola vibrar y gemir mientras continuábamos moviéndonos.

Yo estaba a punto de explotar solo con el roce de su cuerpo, pero ella debía estar igual. No obstante, pareció sacar entereza suficiente para sacar mi mano, introducir la suya y penetrarme con agresividad.

-¡Aaaaahhh! Me…. vuelves loca…. –conseguí decir, mientras me sentía a punto de explotar.

-Eso es lo que quiero –me respondió ella.

Sin perder más tiempo, mis muslos se endurecieron y dejé que toda la presión se liberara de golpe, de una forma mucha más intensa que antes. Sentí como en mi interior los músculos se convulsionaban y todo mi cuerpo se abrazó al suyo mientras me dejaba llevar por un orgasmo que casi me hizo llorar a causa de la intensidad.

Pero nada más terminarlo, corrí a penetrarla por detrás, dejando que mis dedos se abriesen paso entre la piel carnosa y húmeda, y acariciándola por dentro.

Ambas jadeamos y nos movimos casi sin control, y permitimos que fuesen nuestros dos cuerpos quienes marcaran el ritmo, hasta que finalmente, Anne se corrió contra mi mano y se desplomó en un último suspiro.

Nos miramos, con las pupilas dilatadas y las bocas aun respirando con fuerza, intentando recuperar el aliento. Nuestros cuerpos estaban aplastados uno contra el otro. Sentía sus pechos junto a los míos, y nuestras piernas estaban entrecruzadas, pero sobre todo, eran nuestras sonrisas quienes hablaban. Ambas habíamos encontrado lo que necesitábamos, incluso cuando ya habíamos dejado de buscar.

Sé que volvimos a hacerlo varias veces más, restregando nuestros cuerpos y nuestros sexos, dejando que fuese la necesidad que nos invadía, quien marcase el ritmo y dictase las órdenes. Aquella noche, nos abandonamos a los que sentíamos, aderezándolo con todo lo que habíamos contenido durante años. Para Anne, era un sueño; para mí, el renacer.

Sin darnos cuenta, nuestras vidas habían estado entrelazadas desde pequeñas y aún con la distancia, no nos habíamos separado, sino que parecía que habíamos estado aguardando para ese preciso momento. El destino había querido que incluso después de años de separación, descubriéramos que nos necesitábamos y cuando por fin nos dejamos llegar por el cansancio, y noté su rostro sobre mi pecho, la abracé, y lloré, por simple felicidad.

Quizás fuese porque había bajado las defensas con Anne o simplemente se trató de un pensamiento fugaz, pero el caso es que me desperté en mitad de la noche gritando, asustada, dominada de nuevo por la misma pesadilla de siempre.

-¡HELEEEN!

Al incorporarme, destapé involuntariamente a Anne, que yacía plácidamente dormida a mi lado, y la desperté. Al igual que ocurría cada noche en la cual soñaba con lo sucedido, estaba cubierta en sudor, a pesar del frío, y respiraba rápida y profundamente.

-¿Qué te pasa? ¿Ha sido una pesadilla? –me preguntó Helen, preocupada. Yo la miré sintiendo aún la adrenalina recorrer mi cuerpo, de manera que solo unos segundos más tarde fui capaz de responderle.

-Es… la misma pesadilla de siempre –conseguí decirle, dejándome caer sobre la manta. Anne colocó una mano sobre mi pecho y me miró inquisitivamente.

-Helen es el nombre de mi… pareja. Murió en la última misión que tuvimos.

-¡Dios mío!

Entonces, sus ojos recorrieron todas mis heridas, como si las hubiera visto por primera vez. Sentí su cálida mano sobre una de mis cicatrices y por primera vez, no me avergoncé de ellas, sino que coloqué mi mano sobre la suya y me aseguré de que no la retirase.

-No te quería preguntar por ellas –me dijo -, pero… ¿son de esa misión?

Asentí.

-Nos sorprendieron. Todos los miembros de mi grupo murieron, a excepción de una compañera, que quedó muy malherida, y yo. Recibí seis impactos de bala en pecho, vientre y muslo.

Anne miró la gran cicatriz que tenía en la pierna y la acarició con suavidad con un dedo.

-Debió ser…

No fue capaz de terminar la frase. ¡Cómo podría! Yo misma no había sido capaz de superarlo y solo ahora, con ella, pude volver a sentir de nuevo. Pero el recuerdo era aún demasiado intenso y dolía de tal manera, que me resultaba del todo imposible olvidarlo.

-Por esa razón dejé el servicio y vine aquí –le dije.

Anne me besó con suavidad en los labios. Para entonces, yo respiraba ya con normalidad y se lo devolví con algo más de intensidad.

-Yo la quería con toda mi alma, Anne, y la dejé morir. Justo aquella mañana habíamos discutido porque yo prefería seguir manteniendo en secreto nuestra relación y ella insistía en que todos lo supieran… y nunca pude decirle cuánto la quería y que bajo ningún concepto habría dejado que eso nos separase.

Las palabras empezaron a salir como un torbellino. Era mucho tiempo guardándolas, muchos meses reteniendo un sinfín de emociones que lo único que habían conseguido era anularme como persona… hasta que encontré a Anne.

-Estoy segura de que ella sabía todo eso, Gil.

-Yo no. Pero es que además…

Entonces, miré a Anne fijamente.

-Fue culpa mía, Anne. La mataron porque yo no hice bien mi trabajo -conseguí decir, mientras las lágrimas empezaban a descender sin que hiciese nada por evitarlo.

Anne sonrió intentando consolarme y acarició mi mejilla.

-No, mi vida. Estoy segura de que no. Las dos sabíais que existían riesgos y ambas lo haríais lo mejor que pudisteis. Es simplemente… que a veces las cosas no salen como una quiere.

-No lo sé, Anne. No lo sé –le dije, bajando la voz mientras volvía a tumbarme. Anne me cubrió con su brazo y continuó acariciándome el rostro. Fueron su mano y sentir la calidez de su rostro junto al mío, lo que finalmente me permitieron descansar el resto de la noche, consiguiendo que la imagen de la vida de Helen escapando de su cuerpo, acabara por desvanecerse… al menos por el momento.

A pesar de soñar con Helen, aquel contacto con la mano de Anne fueron suficientes como para que me diese cuenta de que apenas sin querer, había girado una página importante de mi vida, porque solo deseaba estar con ella.

Quería a Anne. Era la primera vez que lo pensaba, pero estaba segura, y al contarle todo aquello, temí hacerle daño.

-No quiero asustarte, Anne, pero creo… estoy segura de que te quiero –le dije, con todo el

cuidado que pude -. Espero de verdad que sigas loca por mí, porque no sé qué hacer ahora.

Anne acarició mi rostro sin apartar la vista ni un instante de mí.

-No, no sigo loca por ti. Es mucho peor. Yo también te quiero. Siempre lo he hecho.

Y aquello fue todo lo que necesité para volver a dormirme y para reencontrar la paz.

CAPÍTULO 9

A la mañana siguiente, mientras desayunábamos una taza de café sentadas en el suelo, Anne pareció examinar la habitación. Sin duda, a ella debía gustarle tan poco su aspecto como a mí, aunque yo solo tenía ojos para ella, para su cuerpo desnudo que a pesar de estar sentadas, podía ver a la perfección.

Sus pechos, hermosos y turgentes, reposaban sobre su vientre y la fina sábana que cubría sus piernas apenas podía ocultar sus excitantes formas.

-Tenemos que arreglar esto, Gil. El suelo está bien para una noche, pero como empecemos a vernos a menudo, vamos a coger un dolor de espalda de los que hacen historia –me comentó, divertida.

-Sí, tienes razón. ¿Y si subimos hoy al pueblo y compramos algunos muebles?

-Mmmm me parece una idea genial. La casa está pidiendo a gritos algo mucho mejor y mi espalda lo agradecerá.

-No solo tu espalda –le dije con una sonrisa juguetona. Ella me la devolvió y acto seguido, me dio un beso húmedo y largo que volvió a despertar en mí el ansia de la noche anterior.

-No me hagas eso. Ahora ya no tengo ganas de desayunar sino de volver a cubrirnos con la sabana y tocarte –le dije.

-Eres un sol, pero de eso nada, holgazana. Ahora tenemos que organizarnos porque quisiera que nos pasásemos por mi casa. Me gustaría… contárselo a mi padre.

-¿Estás segura? –le pregunté. Después de haberle contado mis experiencias, no estaba demasiado confiada en que su padre reaccionase de manera diferente al mío y lo último que me apetecía era que lo perdiera igual que yo.

-Tranquila. Estoy convencida de que ha tenido que olerse algo muchas veces, aunque nunca me haya dicho nada.

-Eso no lo hace más fácil. No quiero que lo pierdas por mí.

-Oye, déjame manejarlo a mi manera y no te preocupes tanto. Después de todo, si me echa de casa tendré donde dormir, ¿verdad?

-¿Es que lo dudas? –le dije, acercándome a continuación y dándole otro beso, esta vez, más controlado.

Aquella mañana, todo era de color de rosa, así que algo en mi interior estaba gritando que no tardaría en estropearse. Quizás solo fuese mi habitual desconfianza, o se tratase de un sexto sentido, pero lo cierto era que a cada minuto que pasaba, me parecía que yo estaba más y más nerviosa. ¿Desde cuándo la vida me había tratado bien? A menudo, después de darme una caricia, me lanzaba un puñetazo en el estómago así que… ¿por qué iba a ser en aquella ocasión diferente?

A pesar de todo, hice lo posible por alejar mi pesimismo y procuré concentrarme en el presente. Ella estaba segura de que todo iba a salir bien, así que… quizás lo hiciera.

Por cambiar de tema, recordé el asunto de su hermano y le pregunté.

-Oye, ¿qué tal está tu hermano?

-No me habla. Aunque eso no me importa demasiado, la verdad. Sabe lo que hicimos por él y tarde o temprano lo reconocerá.

-Supongo que sí. Todavía tiene que devolver el dinero que ha perdido, y eso no se hace en dos días.

-Desde luego que no y mi padre es muy tajante con eso. Recibirá su sueldo y nada más. Deberá enfrentarse a sus responsabilidades, como todos.

-Me cae bien tu padre. Espero… que no deje de hacerlo.

-Seguro que no –me dijo Anne, tomándose el último sorbo de café y poniéndose en pie. Al hacerlo, su desnudez me golpeó como si fuese la primera vez que la veía.

-Eres… preciosa –le dije, alargando los brazos para que me ayudara a ponerme en pie.

Anne así lo hizo y en cuanto me levanté, la abracé y besé con fuerza, presionando su cuerpo con el mío, sintiendo el calor de su piel y buscando adherir mi sexo al suyo.

-Ah, ¿de verdad es esto lo que quieres? –preguntó Anne, jadeando ligeramente.

-Ajá –le dije, llevando mi mano derecha hacia abajo y buscando introducirla entre sus muslos -. Has despertado al dragón dormido y ahora no hay manera de devolverlo a su cueva.

Anne devolvía mis besos cada vez con más ansia, incrementando la mía y haciendo que mi mano la acariciase con un mayor ritmo, por lo que en cuestión de segundos, sentí como la humedad entre mis piernas empezaba a nublar mi comportamiento, transformándolo en puro instinto.

Pero la mirada de Anne me hizo detenerme. Fue una de esas que transmite una emoción tan profunda, que es difícil resistirse a ella. Me parecía que sus ojos estaban incluso llorosos, no sabía por qué motivo, por lo que al verlos, agarré con fuerza sus manos.

-¿Qué te ocurre?

-Nada, tranquila. Es que… me siento más feliz que en toda mi vida –me dijo, deshaciéndome como si fuese un cubito de hielo en una sartén al fuego.

Tras decirme aquello, tuve que besarla mientras sostenía su rostro entre mis manos, y pegarme más que nunca a ella, pero sobre todo, deseaba… no, necesitaba, sentirla dentro de mí, y experimentar de nuevo todo lo que me había dado aquella noche. A pesar de la falta de sueño, mi cuerpo pedía más.

-Te necesito ahora mismo –le dije, haciéndole una zancadilla y lanzándola de nuevo al suelo, sobre la manta.

-¡¡Ouch!! ¡No seas bruta! –me dijo entre risas y besos, besos y risas, mientras llevaba mi mano de nuevo entre sus muslos y la tocaba, deslizándola entre sus labios, dejando que su humedad impregnase mis dedos y se elevase por el aire, estimulándome todavía más.

-¿Esto viene… incluido en el desayuno? –consiguió preguntarme.

-Desde luego. Café y delicia de dragón –le respondí, despertando sus risas automáticamente. Entonces la penetré con dos dedos y sus brazos me rodearon y apretaron hacia ella, mientras abría la boca jadeando.

Me erguí sobre su cuerpo, sin dejar de tocarla, sentándome sobre ella a horcajadas, colocando mis piernas por fuera de las suyas y llevando mi otra mano hacia su rostro con la idea de acariciarlo.

Pero Anne giró la cabeza y sus labios envolvieron mi palma, humedeciendo el borde con su boca, haciéndome gemir con el contacto de sus labios y su lengua, y casi perder el ritmo que llevaba.

Sin embargo, continué moviéndome sobre ella, impulsada por sus caderas, que cada vez ascendían y descendían con mayor rapidez, y por mi propia hambre, que amenazaba con hacerme perder el control.

-Ven, ven aquí –me dijo entonces, alargando sus brazos hacia mí.

Me eché sobre ella y empezamos a besarnos con locura, como si no hubiese un mañana para ninguna de las dos. Rodamos en la manta hasta darnos la vuelta y quedar yo bajo ella, y

entonces, se separó de mí y comenzó a descender besando mi piel a medida que lo hacía.

-Oh, no, no. Eso no –dije, tocando su cabello y después agarrando con fuerza la manta entre mis dedos. Su boca quemaba mi piel pero saber hacia dónde se dirigía era lo que me provocaba una mayor desesperación, y en cuanto sus labios tocaron mi clítoris, todo mi cuerpo se tensó. Elevé mis caderas antes incluso de que Anne colocara sus manos bajo mis glúteos, y en el momento en que su lengua comenzó a moverse y lamerme, me dejé llevar por un éxtasis.

Si hubiese podido concentrarme en mis gemidos, me habría dado cuenta del placer que me hacía sentir Anne, pero mi mente se había liberado por completo y ahora solo podía pensar en alcanzar aquel momento buscado.

Finalmente, con un pequeño y agudo grito, sentí que me corría como nunca había hecho. Mis manos se cerraron con tanta fuerza alrededor de la tela que me clavé las uñas en mí misma, mientras descargaba toda la presión acumulada y me dejaba llevar, empujada por la boca de Anne.

Aún estaba temblando cuando acabé y ella se alzó desde mis muslos, mirándome con ojos llenos de un brillo de satisfacción.

-¿Crees que tendrás bastante con esto hasta que volvamos a vernos? –me preguntó, reptando para llegar a mi boca y besarme.

-Creo que nunca tendré bastante, pero tendré que aguantarme o no nos iremos nunca.

-Eso es lo que quería oír. Ahora, recupérate y pongámonos en marcha.

Decirlo era más fácil que hacerlo, pero sabía que no podía quedarme allí, retozando con Anne, todo el día y toda la noche, como a mí me hubiera gustado. Abrirle mi corazón me había liberado de muchas maneras pero mi cuerpo parecía haber encontrado la que yo necesitaba para sentirme de nuevo viva, y dispuesta a ver las cosas de otra manera.

Estaba tan acalorada que tuve que darme una ducha fría antes de vestirme. Anne sonreía con malicia.

-No creas que te vas a librar. En cuanto pueda, sabrás lo que es sufrir –le dije.

Cuando por fin nos pusimos en marcha, yo no podía dejar de sonreír, pero muy pronto me di cuenta de a dónde íbamos. Eso hizo que aparecieran los nervios en mi estómago, contrayendo los músculos de tal manera que tuve hasta que flexionarme para poder continuar el viaje. Sin embargo, no quise que Anne se diese cuenta de ello. En lugar de eso, agarré la mano que tenía junto al cambio de marchas. Anne me sonrió y cogió la mía con naturalidad. Acabábamos de embarcarnos en un viaje cuyo destino esperaba que fuese mejor de lo que yo misma esperaba. Y es que aún no estaba convencida de que pudiera escapar de una vida llena de remordimiento y tristeza. Era muy pronto para eso.

Cuando llegamos al rancho, las dos nos percatamos de que algo fuera de lo normal estaba ocurriendo. En lugar de la rutina habitual, había algunos vaqueros esperando cerca de la entrada de la casa, además de un coche negro que me resultó desagradablemente familiar.

Dalen.

Anne y yo nos miramos, comprendiendo la situación perfectamente, y en cuanto detuvo el coche, nos bajamos. A la vista de las intenciones que había tenido conmigo, supuse que con su padre haría algo similar, aunque imaginaba que en su caso, la operación sería casi impracticable. El amor que sentía el señor Cantrel por sus tierras no me hacía concebir que las vendiese con facilidad.

Sin embargo, la sensación de que el tal Dalen era un hombre peligroso que no iba a cejar en su empeño por controlar toda la región, me hizo temerme alguna clase de juego sucio que lo pusiera entre la espada y la pared.

Y no sabía cuánta razón tenía.

Anne entró en la casa como un vendaval y yo la seguí como un militar. Dalen estaba sentado en un sillón, enfrente del padre de Anne y de Don. Al ver a éste, me di cuenta de que Don iba a ser la palanca que utilizaría para derribar a Cantrel, tan seguro como que mi nombre era Gillian.

Al vernos, Dalen se puso en pie, con sus conocidas elegantes maneras, que ocultaban la oscuridad de su alma.

-¿Papá, qué ocurre? –preguntó Anne con avidez, colocándose al lado de su padre. Yo me quedé en la entrada y Dalen me observó con cierta curiosidad.

-Encantado de volver a verla, señorita Murphy; Señorita Cantrel.

-No ocurre nada, hija. El señor Dalen ha venido a hacernos una proposición incluso después de haberle dicho que no estaba interesado.

-Es que soy bastante perseverante, sobre todo cuando dispongo de algo con lo que negociar.

-¿Y ese *algo* qué es, señor Dalen? –preguntó tranquilamente Cantrel. Don miraba hacia el suelo y eso parecía confirmar lo que me temía.

Yo negué con la cabeza, manteniéndome en silencio pero sabiendo que en cuestión de segundos, se desataría un auténtico drama del cual, no sabía cómo iban a conseguir salir… si es que podían.

Dalen extrajo del interior de su chaqueta unos documentos plegados en tres partes que entregó a Cantrel.

-Su hijo Donald ha contraído deudas con mi casino por valor de cien mil dólares.

-¡Cien mil…. ! –las palabras de Cantrel se perdieron en la sorpresa que inundó toda la sala. Cuando Anne y yo lo sacamos de allí, no sabíamos que debía tanto. O bien le había mentido, o había regresado en algún otro momento y por supuesto, vuelto a perder. La situación se había convertido así en algo mucho peor de lo que yo me temía. No se trataba únicamente de que tuviese algo con lo que negociar, sino un arma capaz de asestar un golpe mortal en los Cantrel.

-Veo que esto es una sorpresa para usted, pero eso es algo que no me incumbe. Tal y como marca la ley, me veo obligado a recordarle que en el plazo de un mes su hijo deberá entregarme esa suma, ya que de lo contrario, tendría que recurrir a las autoridades.

Los ojos de Anne iba del documento a su padre y después a Don, para volver a fijarse en Dalen. Yo sabía que de haber tenido un arma, bien habría podido dispararle allí mismo.

-Sabe muy bien que ni Don ni yo podemos hacer frente a esta suma, señor Dalen –le dijo el padre de Anne, con desesperación.

-Sí, lo sé. Por eso estoy dispuesto a hacerle una contraoferta. Aceptaré su rancho como pago de la deuda y liquidaré la diferencia.

Y allí estaba. Dalen tenía en su mano el rancho de Cantrel y con él, la mitad de su trabajo. La otra mitad… ¿sería yo?

Cantrel no respondió y Dalen no esperó a que lo hiciera. En lugar de eso, se puso en pie.

-No tiene por qué responderme ahora, señor Cantrel. Dispone de tiempo suficiente para pensarlo. Pero por favor, cuando haya tomado una decisión, llámeme para que inicie los trámites que considere oportunos, sean cuales sean.

Dalen no dijo nada más, pero al marcharme, me miró, sabedor de haber obtenido una dulce victoria para él y de haber infringido una amarga derrota a los Cantrel.

Cuando la puerta se cerró, el padre de Anne se puso en pie y se encaró con Don.

-¡Te das cuenta de lo que has hecho! ¡Has puesto en peligro a toda tu familia! ¡Le has entregado en bandeja el rancho a ese ser despreciable!

No sé qué era peor, si las palabras de Cantrel o su mirada llena de reproche. Don estaba

cabizbajo, pero finalmente, miró a su padre.

-No podía hacer otra cosa. Había perdido tanto dinero que… intenté recuperarlo y fue peor. Lo lamento.

-Lamentarlo no es suficiente, hijo. Tendrás que asumir las consecuencias porque no pienso perder en un momento lo que varias generaciones de Cantrel han construido durante años.

-Tiene que haber algo que podamos hacer –comentó Anne, que parecía cada vez más desesperada.

-Los documentos que ha presentado el señor Dalen son completamente legales –le dije, adelantándome a cualquier posible respuesta del padre de Anne -. Si Don no paga, irá a la cárcel, al igual que tantos otros antes que él por el mismo motivo.

Don había metido la pata, hasta el fondo, y en esa situación había pocas alternativas. De repente, el cielo que había creado la noche anterior y aquella mañana, pareció desmoronarse a mi alrededor. Me sentía feliz, dichosa por estar con Anne, pero sabía bien que se trataba de un momento complicado en el que yo no tenía cabida.

-Creo que será mejor que me vaya –dije entonces, sintiéndome en esos momentos como una auténtica extraña. Quizás no fuese así para Anne, pero sí para los demás.

Cuando me estaba girando para irme, Sue entró en la casa como un vendaval.

-Son las deudas, ¿verdad? –preguntó.

-Quiere el rancho, Sue –le explicó Cantrel –y no pienso dárselo. Don tendrá que resolver sus problemas por sí mismo.

Don se levantó.

-No sé cómo, pero lo arreglaré. No os preocupéis por mí.

Y tras decir esto, salió de la casa.

Yo hice lo mismo, pero Anne apareció corriendo a mi lado.

-¿A dónde vas? –me preguntó.

-A mi casa. Este no es sitio para mí en estos momentos.

-Precisamente en estos momentos es cuando más te necesito.

Aquello era muy dulce y no pude evitar coger su mano. Había tanto que deseaba decirle que casi podía sentir el dolor en mi pecho, pero podía esperar.

-Anne, sé que es así, pero para tu padre yo sigo siendo una intrusa y ahora lo que más necesita es tener la atención de su hija. No te preocupes por mí; podemos vernos después, por la tarde, o cuando dispongas de tiempo. Pero ahora debes ir con él y estar a su lado. Te necesita. Y no te preocupes, ya le diré a alguien que me me preste un caballo para regresar a casa.

Aquello la convenció. Sabía que no iba a servir de nada estar allí, pero para muchos, y sospechaba que para su padre entre ellos, estar rodeado de su familia lo era todo.

Anne me dio un beso en la mejilla y volvió adentro. Sue me miró… y supe que lo había comprendido, aunque no dijo nada. Ojalá no fuese un problema cuando llegase el momento… si es que finalmente llegaba.

Aún no estaba segura de cómo íbamos a llevar nuestra relación, teniendo en cuenta que ni siquiera en su casa sabían lo suyo.

Para cuando salí de allí, yo tenía otras cosas en la cabeza, para empezar, en cómo regresar a mi casa. Al mirar, vi al vaquero que se había llegado hasta mi casa para ver si habían llegado ya los materiales que había comprado, y me dirigí hacia él.

-Perdón…

-Brad.

-… gracias, Brad. ¿Cómo puedo volver a mi casa?

-Si quieres te llevo yo.

La sugerencia me cogió un poco desprevenida.

-Pues…

-No me importa hacerlo. Tengo que ir al pueblo a hacer algunas compras.

-Entiendo. Entonces… mejor aún. El pueblo me viene bien.

Brad sonrió, mostrando una hilera de dientes blancos como el marfil.

-Estupendo.

Minutos más tarde, viajábamos en otro todoterreno, este más pequeño que el de Anne, pero con más tracción, por aquellos caminos.

-Vaya follón lo del chico, ¿verdad? –me dijo en un momento dado.

-Yo diría que es más que eso –le respondí con cierta sequedad. No estaba segura de que me apeteciera hablar de ello.

-He estado con Don en muchos sitios y el juego siempre ha sido su debilidad. Bueno, el juego y… ya sabe.

Sí, ya sé, pensé, sin decir nada.

Mujeres.

-Si lo hubieseis detenido nada de esto habría sucedido. Ahora la familia puede perder el rancho y Don ir a la cárcel.

Brad se encogió de hombros.

-Pudiera ser. Pero Don no hubiera dejado que ninguno de nosotros le ayudase. Es demasiado orgulloso.

-¿Está con alguien ahora mismo? –le pregunté, pensando de nuevo en lo que me había dicho en cuanto a sus… debilidades.

-Sí, con una chica del casino, una tal Paula. Creo que solo está con él para sacarle el dinero, pero tampoco nos cree cuando se lo decimos.

-Entiendo.

No hablamos mucho más, pero en mi mente, comenzó a organizarse toda aquella información. Muy hábilmente, Dalen había estado preparando a Don para que fuese él quien arruinara a la familia, atacando por dos frentes. La tal Paula y el juego. Don era un hombre de mente frágil, a la sombra de un padre dominador, así que la siembra estaba hecha. Ahora, sacar a los Cantrel de aquel apuro requeriría de un sacrificio, y sin duda alguna, mucho me temía que al final, el patriarca de la familia estaría dispuesto a lo que fuese con tal de librar a su hijo.

Era increíble como algo hermoso podía transformarse en todo lo contrario. El encuentro con Anne, saber que estaba loca por mí y yo por ella, y que durante todo aquel tiempo me había estado esperando, había hecho que mi corazón volviese a latir de nuevo. Pero lo que había sucedido con Don cambiaba mucho las cosas; de pronto, todo era de nuevo real, como si lo anterior hubiese sido únicamente una fantasía y hubiese regresado a lo que de verdad existía, la cruda realidad, en la cual la ambición y la pura desesperación superaban a todo lo demás.

CAPÍTULO 10

Cuando llegamos al pueblo, Brad y yo nos bajamos del coche rápidamente.

-¿Puedo invitarla a algo, señorita Murphy? –me pidió Brad.

Lo que me faltaba. Un pretendiente.

-No, gracias, Brad. En otro momento. Pero gracias por traerme.

-En otro momento… ¿podría ser esta noche? –insistió.

-No, Brad. Era una forma elegante de decirte que no me interesas.

-Comprendo. Gracias… por ser sincera.

Brad pareció encajar bien el golpe. Se despidió de mí agitando la mano y acto seguido, entró en el bar. En cambio yo, examiné la calle principal hasta encontrar lo que buscaba.

El camino hacia el casino.

Lentamente, comencé a dirigirme hacia él. No lo hice segura de que fuese lo mejor, pero sí de que no había otra alternativa. De repente, estaba muy claro para mí lo que era importante y lo que no. No tenía todas conmigo de que al final, el padre no fuese a dar su rancho para salvar a su hijo así que tenía que actuar, y si eso significaba perder mi rancho, o el de mi padre más bien, no suponía algo que no pudiera aceptar. Después de todo, estaba bastante segura de que mi padre también habría hecho algo así. Y el bienestar de los Cantrel, sobre todo el de Anne, ya fuese directa o indirectamente, era lo único que de verdad me preocupaba.

Así que a medida que iba caminando por la calle, mi determinación se incrementaba, y para cuando me había alejado cincuenta metros, estaba ya completamente decidida a ofrecerle a Dalen mi rancho a cambio del de los Cantrel.

Entonces, un hombre joven, perfectamente afeitado y con un traje que tenía todo el aspecto de ser caro, apareció delante de mí, cortándome el paso.

-Señorita Murphy, me alegra haberla encontrado. ¿Tiene un momento?

Su aspecto era muy estirado para lo que yo había visto hasta ese momento en el pueblo, razón por la cual desconfié casi inmediatamente.

-Lo tengo… pero no necesariamente para usted.

El joven sonrió.

-Soy Howard Stone, el alcalde del Ridge Oak –me dijo, ofreciéndome la mano. Yo se la estreché, sin entender todavía por qué quería hablar conmigo.

-Ah. Encantado, señor Stone. ¿Qué es lo que quiere?

-Hablar un momento con usted sobre un asunto importante.

-Hable entonces.

Howard volvió a sonreír.

-¿En mi despacho? –me sugirió, señalándome una puerta que estaba no muy lejos de allí.

Asentí. No parecía que tuviera muchas opciones y sí mucha curiosidad, aunque me temía fuese por encargo de Dalen. Si aquel hombre era peligroso, y eso era lo que pensaba, el alcalde debía estar en su bolsillo.

Pero no había nada que pudiera decirme para hacerme cambiar de opinión.

Cuando llegamos a su oficina, solo había una mujer mayor que hacía las veces de secretaria.

-Esta es Janice, mi secretaria.

La saludé con una inclinación de cabeza que ella me devolvió mucho más suavemente. Después, entré en el despacho.

-Tengo entendido, señorita Murphy, que ya ha tenido el placer de conocer a nuestro gran problema en el pueblo, el señor Dalen.

Aquella manera de hablar de Dalen, hizo que me relajara. El considerarlo como un… "problema", implicaba que estaba enfrentado a él. Esa era una buena señal. Así que hablé con cierta tranquilidad.

-Yo no hablaría precisamente de "placer". Vengo de casa de los Cantrel.

Howard se sentó y asintió como si lo entendiese a la perfección.

-Dalen ha estado intentando hacerse con todas esas tierras desde hace muchos años y ahora parece que está muy cerca de conseguirlo. Precisamente por cosas como esas deseaba hablar con usted.

El joven alcalde me miró un instante y se puso mucho más serio, como si creyese realmente lo que iba a decir.

-Nuestro problema en el pueblo no es solo la gente como Dalen, sino que tenemos un cuerpo de policía inútil y sobornado. El actual comisario, Matt Henricks, no solo tiene sesenta años y no carece del empuje necesario para continuar, sino que sé de buena tinta que está bajo las alas de Dalen, al igual que medio departamento.

Abrí la boca para decir que nada de eso me interesaba en lo más mínimo, pero no tuve oportunidad.

-Quiero que usted sea la nueva Comisaria.

Pero qué…

-No habla en serio –le respondí, incrédula.

-Desde luego que sí. Necesitamos a alguien de fuera que no se deje comprar y con experiencia. Usted perteneció al FBI y por lo que he podido averiguar, llevó a cabo con éxito varias misiones importantes. Por si eso no fuese suficiente, su pequeño encontronazo en el casino no dejó indiferente a nadie y la gente piensa que es usted dura como una roca. Una digna hija de su padre. Es la indicada. Lo sé.

-Usted no sabe nada, Stone. Dalen no le tiene miedo a nadie y si lo que dice es cierto, y no lo pongo en duda, ¿cuánto cree que duraría en el puesto? Todo lo que no pueda comprar, lo retorcerá hasta romperlo por la mitad y yo no soy tan dura como usted supone.

Irritada porque se me estuviera poniendo en mitad de una guerra, me acerqué a la mesa y coloqué las palmas de mis manos sobre ella.

-¿Sabe que en mi última misión todo mi equipo fue masacrado?

Nada más decirlo, hasta yo misma me sorprendí al hablar en aquellos términos, y con tanta naturalidad de algo que para mí era ciertamente traumático.

-Señorita Murphy. Cuando se trabaja en la calle se pierden vidas, así es como funcionan las cosas. Mi padre fue policía, así que créame, lo sé.

Y le creí.

Aquel hombre no solo era convincente, sino también un idealista. Creía en lo que hacía y deseaba de corazón cambiar su pueblo.

-Escuche, yo… le agradezco el ofrecimiento, de veras, pero… no estoy segura de poder hacer esto.

-Mire, señorita Murphy. Cuando me presenté para ser alcalde, tampoco lo estaba. Todos mis amigos me empujaron diciéndome "ve", "preséntate", "cambia las cosas", y a pesar de no saber si sería capaz, lo hice… y gané. Luego descubrí que los que me decían que luchara por este puesto eran los mismos que vinieron a pedirme favores y a decirme que mirase para otro lado. Así que *quiero* cambiar las cosas, o intentarlo al menos, y para eso necesito tener gente de

confianza a mi lado, que no se deje sobornar y que no busque beneficio personal. Me gustaría que usted lo intentara también… conmigo.

Sin duda alguna, aquel hombre hablaba desde lo que su corazón le dictaba y eso era lo que hacía tan difícil rechazarlo. No me sentía capaz… pero sí con ánimo de intentarlo. ¿Qué diría Dalen si enfrente tuviera a la comisaria del pueblo? ¿Serviría aquello para detener el problema de los Cantrel?

¿Y Anne, cómo reaccionaría?

A la mierda la paz, eso sí. Desde ese mismo momento, lo único que tendría sería problemas y más problemas.

Era una oportunidad, por supuesto, pero sobre todo, un compromiso. Suspiré, sabiéndome derrotada desde el momento en el que empecé a sopesarlo.

-Es una locura. Una auténtica locura, y usted es o un ingenuo, o simplemente estúpido… y yo debo ser igual, así que está bien –dije finalmente, resignada -. Acepto.

-¡Estupendo!

El alcalde se puso en pie y me estrechó la mano. Su sonrisa le cruzaba todo el rostro y yo sospeché que acababa de meterme en un montón de problemas. Pero… ¿y si de verdad podía ayudar a Anne? Era una oportunidad demasiado buena para desperdiciarla.

-Bueno, ¿cómo lo hacemos? –le pregunté entonces, con cierta ansiedad por lo que me esperaba.

-Muy sencillo. Aquí tengo tu nombramiento, al que únicamente falta que usted le ponga su firma, y la carta de despido del Comisario Henricks, en la cual se estipula que mantendrá su cargo y honorarios durante este mes, dado que ese es el tiempo en el que debo avisarle por adelantado. Pero desde ahora mismo, usted puede actuar como comisaria en funciones. Así que si le parece bien, le acompañaré a su oficina.

De repente me puse muy nerviosa.

-Esto… señor alcalde. Espero de verdad que esto no sea un error.

Howard negó con la cabeza.

-No lo es. Cualquier cosa es mejor que Henricks y si todo lo que nos puede pasar es que nos echen a los dos, tampoco habremos perdido gran cosa. Y llámeme Howard, por favor.

-No se puede discutir con un hombre convencido –le dije, sonriendo por primera vez. -… Howard. Y usted puede llamarme Gillian.

Cogí un bolígrafo de la mesa y firmé en la línea de puntos. Después, ambos salimos de su despacho.

No me sentía diferente, pero sabía muy bien que aquello lo cambiaría todo. Había venido a aquel pueblo para encontrarme a mí misma y olvidarme de mi pasado, y sin embargo, el pasado parecía empeñado en cazarme como si fuese una presa apetitosa.

Cada vez entendía menos al destino, Y es que aunque oficialmente, ya era la nueva Comisaria, extraoficialmente, no tenía ninguna explicación de cómo había llegado a eso ni lo que sería de mí.

En cuanto entramos en la comisaría, todo el mundo supo que algo andaba mal. Una policía joven de cabello moreno estaba trabajando en una mesa y al girarse, deseé que la tierra me tragase y no devolviese ni mis huesos, porque se trataba de Alex. Su sorpresa fue más o menos tan grande como la mía, pero ninguna de las dos dijimos nada. Nuestros rostros se descompusieron un instante pero rápidamente, ambas supimos volver a colocarnos delante la máscara que todos venían cuando nos miraban.

En aquellos instantes, pensé que las dos quizás fuésemos más parecidas de lo que

sospechábamos.

Otros dos policías salieron a nuestro encuentro, uno de unos treinta años y bastante fornido, y otro mayor, rondando los cincuenta y con un gran bigote gris.

-¿Puedo ayudarle en algo, alcalde? –le preguntó el hombre del bigote.

-Más bien es al contrario. Sargento Burton, esta es su nueva jefa. La comisaria Murphy.

Todos me miraron con la boca abierta, pero yo no dije nada. Era el momento del alcalde, su jugada, y debía hacerla a su modo.

-¿Es… una broma? –comentó el tal Burton.

-No. ¿Dónde está Henricks?

Burton no contestó, pero Alex sí. No la conocía, porque entre la chica que había besado hacía siglos y la de ahora, podían haber pasado muchas cosas que la hubieran hecho cambiar, pero desde luego, no creía que fuese capaz de venderse.

-En el casino.

-Era de esperar –comentó Howard -. Bien, supongo que entonces tendremos que ir hasta allí. Gil, puedo llamarla Gil, ¿verdad?

Yo me volví hacia Howard, y a pesar de la excesiva familiaridad, asentí con la cabeza. Entendía que aquella manera de llamarme dejaba clara que nuestra relación era estrecha y yo estaba trabajando para él… y nadie más.

-Estos son Alex y Zack. Alex, ¿te importaría indicarle a la comisaria Murphy dónde están los casilleros y enseñarle su despacho?

-Claro –respondió Alex, haciéndome una señal con la cabeza para que la siguiera a la parte de atrás de la comisaría.

Cuando estuvimos a solas, Alex no tardó en hablarme.

-La vida da muchas vueltas, ¿verdad… comisaria?

Ignoro si aquel comentario iba con otro sentido, pero no tenía ningunas ganas de reevaluar nuestra relación. No sentía nada por Alex salvo el recuerdo dulce y amargo a la vez, que jamás podría olvidar, y así debía continuar siendo.

-Sí, en efecto. Y no sabría decirte cómo es posible, pero sí que cuando me comprometo a hacer algo, llego hasta el final.

-Lo sé. Recuerdo que cuando éramos más jóvenes, nunca dejabas nada a medias. Supongo que seguirás haciéndolo ahora.

Será mejor que no entre en una pelea dialéctica con ella. Ahora no.

-Dime, ¿es verdad todo lo que se dice sobre Henricks?

-¿Te refieres a que está comprado por Dalen y procura hacer lo menos posible para seguir en el puesto? No podría decírtelo.

Alex sonrió y yo le devolví la sonrisa, aliviando la tensión que había entre ambas.

-Esta taquilla está vacía. Puedes usarla tú.

-Gracias. No soy demasiado exigente –le aseguré, abriéndola y repasando mentalmente todo cuanto debía traerme. Alex me dio entonces una cartuchera y yo la cogí, sin demasiada convicción.

-Cuando vine aquí, pensé que no tendría que volver a coger un arma.

-Yo tampoco esperaba que volviéramos a encontrarnos –me aseguró Alex, sin inmutarse.

No supe que responder a aquello.

Cuando volvimos a la entrada el alcalde todavía estaba esperando, mientras hablaba animadamente con Zack.

-¿Dónde está la armería? –pregunté en voz alta.

-Por aquí… comisaria– me dijo Zack, que me condujo a una habitación en la cual había, en unas vitrinas cerradas con candado, escopetas y revólveres. Cogí uno de éstos últimos y lo guardé en la cartuchera.

Lista.

-Gracias, Zack.

Salí de la armería y miré directamente a Burton.

-Las llaves del coche –le pedí, o más bien, le ordené, sin darle la oportunidad a negarse y alargando una mano para que me las diera.

-El comisario… quiero decir, Henricks, tiene el coche.

-Pero habrá otro, supongo, así que entréguemelas.

A regañadientes, Burton se fue a una de las mesas, abrió el cajón, sacó unas llaves y me las lanzó. Yo las cogí en el aire.

-¿Alcalde? Cuando quiera.

El casino iba a ser mi primera parada aquel día y sin embargo, ahora iría con una idea completamente distinta a la que tenía pensada…

… y no sabía lo que sucedería.

Ni Howard ni yo dijimos nada durante el trayecto, pero podía sentir la tensión acumulándose en mi estómago. Aquella noche no sería capaz de comer absolutamente nada, de eso estaba segura.

Cuando llegamos, dos “armarios” estaban hablando en la puerta, pero nada más verme, me prestaron toda su atención. Era el efecto del uniforme y la estrella.

Cuando fui a traspasar la puerta, uno de ellos me detuvo colocando su mano en mi hombro.

-Soy la comisaria Murphy vengo a ver al señor Dalen, y si no me quitas la mano de encima pasarás una semana en la cárcel y un mes con la mano rota.

El hombre no pareció alarmarse, sino que sonrió, seguro de su fuerza. Obviamente, iba a dejarme pasar, pero tardó un segundo más de lo debido en retirar su mano, por lo que decidí obsequiarle con uno de esos rápidos movimientos que tenía aprendidos desde hacía años y que a pesar de no llevarlo a cabo en muchos meses, ejecuté con habilidad.

Agarré su mano entre las mías y giré la articulación con un movimiento seco y veloz, lo que ocasión automáticamente una muñeca rota y un aullido de dolor. El hombre inclinó su cuerpo para intentar recuperar la linealidad de su mano, algo que ya no iba a conseguir, y yo lo solté, dejándolo caer al suelo.

El otro guardia dio un paso hacia mí, pero yo ya estaba prevenida, así que me agaché y le golpeé en el vientre, haciéndole perder la respiración y sentarse en el suelo mientras intentaba recuperarse.

Se sentía bien volver a hacer cosas así, eso sí que debía reconocerlo. Era además una magnífica forma de liberar la rabia que había acumulado debido a Dalen.

-¡Vaya! –exclamó el alcalde, que parecía un niño que acababa de descubrir algo increíble -. ¡Es mejor de lo que yo pensaba!

No le respondí, pero sí que me giré hacia el gorila con la muñeca rota.

-Métete en el coche. Estás detenido por obstrucción a la justicia e intento de agresión a una oficial del estado. Y te sugiero que no huyas si no quieres pasarlo realmente mal.

A esas alturas, nadie iba a llevarme la contraria, así que se levantó como pudo y se dirigió hacia el coche. Yo miré al alcalde y después, esquivando al que todavía estaba en el suelo sin resuello, entramos en el casino.

No tuve que buscar mucho porque Henricks y Dalen estaban hablando en la barra. En cuanto

Henricks me vio, comenzó el juego.

-¿Pero qué cojones significa esto? –preguntó Henricks, a quien no conocía pero que ya me caía no mal, sino lo siguiente.

El alcalde no tardó ni dos segundos en presentarle el documento que me había enseñado en su oficina.

-Está despedido, Henricks. ¿Se acuerda que se lo advertí? Le dije que si continuaba olvidándose de la ley no tardaría en sustituirlo y ya he encontrado a alguien que ocupe su puesto. Esta es la nueva comisaria, Gillian Murphy. Creo que usted ya la conoce, ¿verdad señor Dalen?

Dalen no se alteró en lo más mínimo. Me miró y me saludó con un elegante y sencillo asentimiento de cabeza.

-En efecto, ya nos conocemos.

-¡Usted no puede despedirme! –protestó Henricks.

-Claro que puedo, y si examina con atención el documento que le he entregado, verá que como tengo que avisarle con un mes de antelación, cobrará un mes de paga sin trabajar, puesto que automáticamente le he dado el mismo tiempo de vacaciones.

Henricks estaba muy cabreado. Hizo una bola con el papel y lo lanzó al suelo.

-¿Cree que con esto va a arreglar algo? Una policía de ciudad no le servirá para mantener la paz como he hecho yo, “Howie” –le dijo, acercándose a él amenazadoramente. Yo no intervine en aquello porque no estaba allí para defender al alcalde, aunque tenía la suficiente motivación para hacerlo, sobre todo después de haber vuelto a probar el dulce néctar de una pelea.

-En cuanto a ti, ricura…

No necesité más. Con un movimiento rápido le di un puñetazo en la nariz y lo lancé contra la barra. Henricks se llevó las manos a la cara y se dio cuenta de que estaba sangrando.

-¡M-me has roto la nariz, puta!

-Lárgate de aquí si no quieres que te rompa más cosas –le dije.

Afortunadamente, el ya-no-comisario debió darse cuenta de que yo era demasiado para él y se marchó a paso ligero, quedándonos solos el alcalde, Dalen y yo.

-Entiendo perfectamente lo que ha hecho y por qué, señor alcalde, pero Henricks tiene razón en una cosa. No arreglará nada con eso.

-¿Qué se juega? –le pregunté yo, dando un paso hacia él.

-Es usted una caja de sorpresas… Comisaria Murphy, pero esta es una partida de ajedrez y le advierto que yo juego muy bien. Se esperar con paciencia mis oportunidades y siempre busco… y encuentro las debilidades de mi adversario.

-Supongo que sí, porque no habría llegado a donde está si no supiera hacerlo, pero yo también he de advertirle algo. Tengo por costumbre comerme todas las piezas que puedo sin importarme las consecuencias. Así que veremos si puede usted seguir jugando solo.

Dalen sonrió, pero no perdió la compostura. Había descubierto que era necesario provocarle un daño enorme para obtener de él una respuesta emocional clara y hasta ese momento, parecía estar siempre en control de sus emociones.

-Será un placer… jugar con usted, Comisaria Murphy. Lo espero con impaciencia.

Tras nuestra entrevista con Dalen, o más bien, nuestra pequeña batalla, el alcalde se retiró satisfecho a su oficina pero a mí todavía me quedaba mucho por hacer. Me fui directa a la Comisaría y comencé a ordenar los papeles y a clasificarlos. No había demasiado trabajo y nada de ello tenía mucho que ver con todo a lo que solía estar acostumbrada a hacer en el FBI, pero quería demostrar que servía para el puesto así que me esforcé en tenerlo todo listo antes de marcharme.

Me sentía como una intrusa y para mi sorpresa, únicamente la presencia de Alex lograba tranquilizarme. Burton me echaba vistazos rápidos y me parecía que era un partidario de Henricks. Sentía en mis huesos que iba a tener dificultades con él y que no tardaría demasiado en poder comprobarlo. Zack, en cambio, era todo lo contrario. Parecía cumplir fielmente con su trabajo y no complicarse la vida, por lo que a primera vista, me dio la sensación de que podría lograr sin demasiados problemas llevarme bien con él y quizás, a la larga, confiar en que hiciese bien las cosas.

-Gil… quiero decir, comisaria, ¿no se va a casa?

Alex había entrado en mi oficina sin que yo me diese cuenta de ello. Sorprendida, me giré hacia ella y le respondí con excesiva rudeza.

-No lo sé. Quizás mañana… o pasado mañana. Me parece que no terminaré nunca de arreglar todo esto. ¿Es que Henricks no hacía nada?

Alex sonrió, ignorando mi tono.

-Si lo hacía, desde luego no era aquí. Nos dejaba el trabajo burocrático y todo lo que tenía que ver con los asuntos más vulgares a nosotros, mientras él se codeaba con la flor y nata de los negocios de la ciudad.

Miré todo lo que tenía encima de la mesa y resoplé con cierta desesperación. Aquello no iba a conseguir arreglarlo solo en unas horas, así que lo mejor que podía hacer era dejarlo por el momento.

-Será mejor que me vaya. Esto me va a llevar una eternidad. ¿Quién se queda de guarda hoy?

-Zack

-Bueno, pues llamadme si hay alguna novedad. Creo que para ser un primer día no está mal.

-Un enfrentamiento con Dalen vale por mucho más que un día, Comisaria.

Sonreí. Llevaba toda la razón.

CAPÍTULO 11

Las dos salimos de la comisaría y yo miré el nuevo coche que me correspondía que Henricks había dejado justo delante. Cuando me volví para despedirme, no me dio tiempo a decir nada.

-Si no es mucha indiscreción… ¿estáis Anne y tú juntas?

La pregunta me cogió por sorpresa. Alex y yo nos conocíamos pero nunca tanto como Anne y no habíamos hablado nada como para adentrarnos en nuestras vidas personales.

Así que la miré pensándome una respuesta adecuada, lo que pareció darle la impresión de que se trataba de algo que no deseaba compartir… lo cual era, hasta cierto punto, correcto.

-Perdona, supongo que no debía habértelo preguntado. Era simple curiosidad.

-Sí, lo estamos –le dije finalmente.

-Me alegro. Anne es una buena chica y ha estado esperándote desde que antes de que te fueras.

-¿Tú… lo sabías?

-Sí, claro. Intenté… tener algo con ella, pero no quiso. Solo podía pensar en ti.

Aquello hizo que me ruborizase. Nunca había estado con alguien que solo pensara en mí.

-Ha sido un reencuentro… especial. No me lo esperaba, pero tampoco nada de todo esto –le reconocí. Aquella ciudad no dejaba de darme sorpresas..

-Ya, bueno, es lo que tiene este lugar. Qué aparece cuando menos te lo esperas.

Sí, desde luego.

-Bueno, pues… nos veremos mañana –le dije finalmente, entrando en el coche y evitando la mirada de Alex.

-Claro, hasta mañana.

Me fui de allí con la seguridad de que iba a tener problemas con Henricks, con Dalen, con Alex… y con Anne. A Anne no iba a gustarle nada el giro que acababa de dar todo aquello.

De repente ya no estaba sola, pero además, es que no quería estarlo. Deseaba ver a Anne, acariciarla, besarla, y contarle todo lo que me había ocurrido a lo largo de aquella frenética y surrealista mañana, además de saber cómo se encontraba, confortarla y demostrarle que no estaba sola en todo aquello. Pero antes de nada, necesitaba descansar un poco, relajarme y darle forma a cuanto me había sucedido, por lo que me marché directamente a casa, ignorando todo cuanto me decía que fuese en la otra dirección.

Cuando llegué a casa, ni siquiera me molesté en cambiarme. Necesitaba un café, una ducha y a Anne, así que empecé por lo más sencillo. Una taza de café bien cargado. Después me ducharía e iría a casa de los Cantrel.

Pero no tuve oportunidad.

Mientras contemplaba a través de la ventana el coche de policía, vi su figura apareciendo a caballo, dejé mi taza en la mesa y salí a su encuentro. Anne ralentizó la marcha de Wendy al ver el coche y al verme, lo detuvo por completo. Yo me acerqué a ella.

-Hola –le dije, esperando su reacción.

-Gil, ¿dónde has estado? Pasé por aquí hace una hora y no estabas.

-Lo siento, he estado ocupada. ¿Qué tal por casa?

-Ufff. Mal. Don ha desaparecido y mi padre está decidido a dejar que cargue con todas las culpas. Sue y yo estamos pensando en si se podría pedir un préstamo al banco, pero es tanto dinero, que no creemos que podamos conseguirlo. Me parece que en esto Dalen tiene todas las de

ganar.

-Sí, lo tiene todo muy bien atado, aunque…

Me callé. En ese momento, justo cuando iba a desmontar, Anne vio el coche de policía.

-¿Qué ha ocurrido?

-Pues… dudo mucho que lo adivines –le respondí, tendiéndole la mano. Ella la cogió y desmontó con la habilidad que le caracterizaba. Después, nos dirigimos cogidas de la mano hacia el corral.

-Te aseguro que cuando me marché esta mañana al pueblo no sabía nada de esto –le expliqué -. Toda la culpa la tiene tu alcalde.

-¿Howie? ¿Por qué? Venga, suéltalo ya.

-Pues… estás hablando con la nueva Comisaria de Ridge Oak.

-No puedo creerlo –dijo Anne, visiblemente sorprendida.

-Créetelo.

En ese momento llegamos al corral, dejamos a Wendy y entramos en la casa. Solo entonces, cuando la puerta se cerró, dejando el mundo fuera de nuestras vidas, tuve fuerzas para abrazarla.

-Eh, creía que era yo la que había pasado un mal día, con lo mi hermano y el rancho, pero veo que tú no lo has pasado mejor –me susurró Anne, dándome rápidamente un beso en los labios.

-Lo siento. Creo que no soy tan dura como piensa la gente –le dije a Anne, reteniendo algunas lágrimas.

-Yo no creo que seas dura, sino perseverante y terca como nadie.

Sonreí. Anne era la medicina que necesitaba para sentirme otra vez fuerte.

-Ven, sentémonos y así me lo explicas todo.

No tardé demasiado en hablarle de mi encuentro con Howard y de cómo me convenció de formar parte de aquello. Le dije que iba a ir a ofrecerle mi rancho a Dalen y que la oferta del alcalde me la quitó de la cabeza, porque así quizás podría hacer otras cosas.

-Eso ni se te ocurra, Gil. Mantente alejada de esto. Lo que tenga que pasar, pasará. Es posible que consigamos dinero del banco o quizás no, pero no necesito que te hundas con los Cantrel.

-Eso no va a funcionar, Anne, y lo sabes tan bien como yo. Quizás podamos encontrar algún resquicio legal.

-Lo dudo mucho.

Anne no dijo nada más, pero miró nuestras manos y después, me miró directamente a los ojos.

-Me alegra que estés a mi lado. Sobre todo ahora que eres… la ley en Ridge Oak –comentó, haciendo su voz más grave como si imitara a un vaquero.

Sonreí. Al final, no había sido tan duro. Anne lo había entendido y no se había molestado por mis acciones. Si acaso, todo lo contrario. Nos había unido más.

-Después de mi paso por el FBI, no tenía ninguna intención de regresar ni a la agencia ni a ningún otro cuerpo de seguridad. Me siento sobrepasada.

-Creo que exageras. Si has aceptado no es solo porque te hayan convencido, sino porque sientes que es lo correcto y que puedes con ello. Esto es lo tuyo, Gil. Además, estaré a tu lado siempre. ¿Lo sabes, verdad?

-Lo sé. Claro que lo sé –le respondí, besándola con pasión. Era inconcebible lo que me estaba sucediendo, pero el destino parecía ofrecerme otra oportunidad para ser feliz.

-Necesito una buena ducha. ¿Te apetece… ducharte conmigo?

El rostro de Anne se iluminó.

-Eso ni se pregunta.

Que todos los problemas que estaban apareciendo en nuestras vidas se quedasen atrás cuando

estábamos juntas era la mejor noticia, porque significaba que en verdad, estábamos bien. Allí mismo, en mitad del salón, empecé a desnudarla como si fuese parte de nuestro juego particular. Anne se empezó a reír.

-Si me desnudas aquí no estoy muy segura de que consigamos llegar hasta la ducha –me dijo.

-Yo tampoco –le confesé, mientras le quitaba la camisa y la camiseta que llevaba debajo, para a continuación, empezar a besar su cuello, sus pechos y su vientre, con delicadeza.

Mientras descendía y me iba agachando, mis manos acariciaban su cuerpo suavemente. Sus curvas parecían adaptarse a mis manos como si su cuerpo estuviese destinado a mí y con cada caricia, parecía estar más cerca de alcanzar la perfección que únicamente tenía sentido al estar con ella. Sin dejar de descender, vi que Anne cerraba los ojos y dejaba sus brazos laxos al lado del cuerpo, dándome permiso para que continuase e hiciese lo que quisiera con ella, así continué bajando, lentamente.

Cuando llegué a sus caderas, le desabroché el pantalón y tiré de él hacia abajo. Anne llevaba unos tanga negros que no dejaban demasiado a la imaginación, por lo que nada más hacerlo, sentí que me excitaba cada vez más. Con cuidado, manteniendo mi propia ansiedad a duras penas a raya, introduje mis dedos por los laterales de la prenda, notando que la respiración de Anne se aceleraba ligeramente. Contuve mis ganas de penetrarla allí mismo y en lugar de eso, me limité a acariciar ligeramente sus labios durante unos momentos, antes de bajar la prenda por las piernas hasta dejarla completamente desnuda.

-Me haces sufrir, ¿lo sabes? –me dijo, abriendo los ojos y abrazándome.

-¿No te encanta?

-Sí, pero solo cuando sé que después podré quedar satisfecha.

-Lo harás, te lo aseguro.

Le tocó entonces el turno a Anne y no se quedó atrás. Me ayudó a quitarme la chaqueta y después, me desabrochó los botones uno por uno. No quitaba sus ojos de los míos y su boca parecía estar pidiéndome que la devorase.

No tenía que hacer nada especial para hacer que sintiese ganas de echarme sobre ella. Solo… ser Anne.

-¿Sabes? Cuando éramos adolescentes, soñé muchas veces con este momento, con poder… estar a solas, desvistiéndonos la una a la otra –me explicó sin interrumpirse.

-Siento mucho…

De nuevo, Anne deslizó un dedo sobre mis labios para que me callara, solo que en ese momento, no quedé sin hacer nada. Al sentir su dedo, abrí la boca y lo envolví sensualmente. Dejé que mi lengua lo acariciara y después se lo devolví con un beso.

-Oh, Dios. Como puedes excitarme tanto con tan poco –me dijo Anne, que entonces, decidió dejar las sutilezas de lado y me abrió la camisa de golpe, haciendo que saltaran varios botones.

Sus manos me abrazaron posesivamente y su boca se abalanzó sobre la mía, despertando en todo mi cuerpo lo que a duras penas lograba tener bajo control. Sentí su lengua junto a la mía y nuestros labios deslizándose juntos, a la par que nuestras manos no dejaban de acariciarnos.

Pero ella estaba desnuda y yo no, así que me separé como pude unos centímetros y yo misma me quité los pantalones y las bragas, quedándonos los dos en igualdad de condiciones. Entonces, alargué mi mano para coger la suya.

-Ven –le pedí con ternura. Ella cogió mi mano y me siguió hasta la ducha.

Cuando cerré la mampara y encendí el agua, no esperé a que ésta saliese caliente, sino que me giré y abracé a Anne, sintiendo las salpicaduras en mi espalda y las piernas.

-Eres preciosa –le dije, dándole besos en los labios y en sus mejillas -, y lamento mucho no

haberme fijado en ti antes.

-No importa. Ha merecido la pena esperar –me contestó ella, respondiendo también a mis besos uno por uno.

El agua terminó de calentarse por fin,, así que la arrastré hasta situarnos debajo del chorro, que nos cubrió completamente, mientras volvíamos a besarnos, esta vez, con pasión y urgencia, envueltas cada vez por más vapor, creando un ambiente más íntimo y oculto, como si aquel lugar se hubiese transformado en algo mágico. Elevé mi pierna para cubrir su cadera mientras Anne me empujaba contra la pared sin dejar de besarme y percibí como entre mis muslos empezaba a crearse la prisa por sentirla. Anne también se dio cuenta, porque continuó besándome frenéticamente mientras deslizaba una mano y me penetraba con decisión.

Los músculos de mis piernas se tensaron al recibirla y la abracé todavía con más fuerza, consciente de que en poco tiempo, no podría soportar más la presión que se acumulaba en mi interior. Sus movimientos eran salvajes y yo me sentía completamente desarmada ante ella.

Elevaba la cabeza jadeando, en busca de más aire, pero el agua caía sobre nosotras y Anne no detenía sus movimientos, que eran cada vez más profundos y rápidos. Sabía que no me quedaba mucho, por lo que moví una mano y la llevé a su triángulo, en donde comencé a frotar con delicadeza, pero precisión. Eso hizo que disminuyese sus movimientos ligeramente, lo que yo aproveché para aumentar los míos. Sentía su clítoris hinchado, a punto de estallar, igual que el mío, y decidí introducir mis dedos de la misma manera que ella.

Ambas estábamos en esos momentos en el filo de nuestra resistencia. Nuestros cuerpos se movían rítmicamente, ambos a la vez, perfectamente sincronizados y aumentando su velocidad, hasta que ambas alcanzamos el orgasmo a la vez y casi en silencio, mientras el chorro de agua caliente caía sobre nosotras, haciendo que saltaran gotas en todas direcciones, y el vapor era tan denso que apenas podíamos vernos una a la otra.

Mis muslos se tensaron y la musculatura de mi interior vibró con fuerza antes de detenerse alrededor de sus tiernos dedos. Sentí como la humedad se escapaba de mí y también como recibía la de Anne.

Solo entonces volví a sentir el agua a nuestro alrededor, deslizándose por nuestra piel y entre nosotras, creando aquella conexión especial que hasta ese momento yo había ignorado. Ambas nos miramos y en nuestros ojos encontramos la comprensión de que todo lo que sucedía a nuestro alrededor no importaba y de que pasara lo que pasase, nosotras dos podríamos enfrentarnos a todo y a todos.

-Te quiero, Anne –le dije finalmente, retirándome el cabello mojado del rostro y bajando la pierna.

-Y yo a ti, Gil.

Cuando salimos de la ducha, ni siquiera nos molestamos en vestirnos. Nos secamos y nos echamos juntas sobre la manta, cubiertas por la misma tela y con nuestros cuerpos pegados. Sentía que éramos inseparables y no podía dejar de mirarla, como si mi vida dependiese de ello.

-Definitivamente, necesitamos comprar una cama, Gil. Esto está durísimo –me dijo Anne, riéndose.

-Deja que te coja –le dije, colocando mi brazo por debajo suya y dejando que su cabeza reposara sobre mi seno.

-No creo que haya sido tan feliz en toda mi vida como lo soy ahora, Gillian.

Sonreí y no dije nada, porque sentí que ninguna palabra mía podría mejorar aquel momento, pero ella misma nos devolvió ligeramente a la realidad.

-Tengo que decírselo a mi padre, pero con todo lo que está sucediendo ahora, con lo de Don,

no sé si será el mejor momento.

Recordé sin dificultad, y por primera vez sin sufrir por ello, como Helen me había insistido innumerables veces en que contásemos lo nuestro, algo a lo que yo me había negado en rotundo. Aquello empezó a contaminar nuestra relación y aunque la quería, quizás no estaba preparada para compartir cómo era y lo que sentía con el resto del mundo.

Pero con Anne, ya estaba preparada. Me daba lo mismo lo que todos pudieran pensar y lo que dijesen de mí, delante o a mis espaldas. Claro que no podía acelerar las cosas por ella. Ahora, ella estaba en mi misma situación y yo, en la de Helen.

-Anne, cualquier día, en cualquier momento, te darás cuenta de que es el momento de decírselo, sin importarte si era el mejor día para hacerlo o el peor. Cuando eso ocurra estaré contigo, sea cuando sea, y mientras tanto, también. No te preocupes por eso ahora.

Quizás mis palabras consiguieron relajar la tensión que sentía Anne, porque levantó la cabeza y me besó apasionadamente, como si de repente, se hubiera encendido en ella un nuevo fuego.

-Creo que eso que me has dicho se merece un premio –me dijo, para a continuación bajar hasta mis muslos y comenzar a lamerme sin más preámbulos.

Yo tampoco es que necesitara mucho para excitarme porque el mero hecho de estar juntas, desnudas, era más que suficiente, pero al sentir la humedad de su lengua, supe que no tardaría demasiado en correrme.

Me removí sobre la manta y mis manos se desplazaron hacia su cabeza, sabiendo que aquellos frenéticos lengüetazos que me daba no tardarían en conseguir que la misma llama que ardía en ella, prendiese en mí.

-Ya eres mía –exclamó de pronto Anne, levantando momentáneamente la cabeza y mirándome con una sonrisa juguetona.

-Soy tuya, para siempre –le respondí, justo antes de que mi cuerpo se dejase arrastrar hacia la explosión que acabó dejándome temblorosa, indefensa… y profundamente enamorada.

El sol ya se había ocultado cuando nos levantamos. De buena gana nos hubiéramos quedado allí, sin movernos, pero el suelo pasaba factura y al día siguiente, ninguna de las dos habría sido capaz de moverse.

No obstante, aún tuve tiempo de definir mis pensamientos y transmitírselos a Anne, en forma de una frase que había memorizado hacía muchos años y que hasta entonces, no le había dicho a nadie antes.

"Construiría ante ti una cabaña de sauce y reclamaría mi alma en tu morada escribiría sinceros versos de desdeñado amor y los cantaría alto en el silencio de la noche gritaría tu nombre al eco de las colinas y haría que hasta el viento repitiera por el espacio tu nombre."

Anne me miró, sorprendida y con lágrimas en los ojos.

-¿Qué… es eso?

-Eso es un fragmento de la obra de William Shakespeare, "Noche de Reyes". La aprendí hace mucho tiempo y siempre había esperado para decírsela a la chica adecuada. Creo que ya he encontrado a esa chica.

Anne se deshizo en mis brazos y sus labios tenían el sabor salado de las lágrimas y ese dulzor que solo el amor verdadero puede proporcionar. Ambas nos abrazamos y permanecimos así durante un rato más, un tiempo que ninguna de las dos fue capaz de cuantificar, hasta que finalmente, yo dijese lo que ninguna tenía ganas de oír.

-Supongo que tendrás que marcharte, ¿no?

-Sí. Si no vuelvo a casa, mi padre empezará a pensar muy seriamente que estoy con alguien y ahora mismo no quiero que se preocupe por mí. Bastante tiene con Don.

-Lo entiendo.

Anne me dio otro beso y ambas nos pusimos en pie. Mientras nos vestíamos, se generó un curioso silencio entre las dos. Anne parecía estar pensando en algo que no se atrevía a decir, mientras que yo, permanecía a la espera, intentando darle tiempo para que aclarase sus ideas, porque sus sentimientos, sabía cómo eran.

No albergaba ninguna duda.

-¿Crees… que como comisaria, podrás hacer algo? Sé que no debería ni preguntarlo, que ahora tienes una responsabilidad y todo eso y te dije antes que no te preocuparas, pero es que…

En aquella ocasión fui yo quien la calló, solo que en lugar de hacerlo con un dedo, lo hice con un beso tierno y dulce, de los que solo había entregado unas pocas veces en toda mi vida, y únicamente a dos mujeres.

-Haré todo lo que esté en mi mano para ayudaros. Mañana en cuanto esté en la oficina, empezaré a buscar si hay alguna ley de la que podamos tirar. Si existe, la encontraré.

Sin duda, enfrentarme a Dalen había sido mi principal motivación a la hora de aceptar aquel puesto, así que no iba cejar en mi empeño. Debía haber alguna forma de conseguir que retrocediese y lograr salvar la situación.

Pero todavía tenía que encontrarla.

Tardamos en despedirnos, porque ninguna de las dos queríamos dejar a la otra. Además, Anne me dijo que al día siguiente tenían que viajar a la ciudad para comprar un lote de caballos, por lo que seguramente no regresaría hasta la noche. Yo le dije que no se preocupara, que suponía que tendría bastante con mi nuevo trabajo, y que en todo caso, iría a verla por la noche a casa, si le parecía bien.

-¿Qué si me parece bien? Te mataré si no lo haces –me dijo, antes de darme un último beso.

Mientras la veía alejarse, pensé que jamás se me habría ocurrido estar allí, que alguien nuevo entrara en mi vida y desear estar con ella en todo momento. Claro que tampoco hubiera pensado que iba a ser sheriff de un pueblo y tener que enfrentarme al mafioso local.

La vida no podía haberme sorprendido más.

CAPÍTULO 12

A la mañana siguiente, tuve que darme prisa en coserme los botones que me había saltado Anne con tanto ímpetu, pero conseguí llegar a mi hora a la oficina. Después de todo, era mi primer día oficial como sheriff y no quería causar mala impresión pero sobre todo, lo último que deseaba era enrarecer todavía más el ambiente que había.

Nada más entrar, allí estaban mis tres ayudantes, sentados con el papeleo. Burton salió a mi encuentro.

-Buenos días, Comisaria. Tenemos estos avisos y algunos problemas menores –me indicó, entregándome los documentos en los que se explicaban lo que debíamos hacer.

Los cogí y los miré.

Se trataba de efectuar algunos controles de carretera y también de visitar algunas zonas en las cuales, presumiblemente, se estaba cultivando droga.

-Supongo que tendremos turnos, ¿no? ¿A quién le toca ahora mismo?

-A mí por la mañana y a Zack por la tarde. Alex será quien se quede durante esta semana en la comisaria como apoyo.

-Está bien. Pues adelante con ello, sargento.

Burton asintió y se fue. Aquello formaba parte de la rutina de cualquier oficina, ya fuese del FBI o de un pequeño pueblo perdido entre las montañas.

Entré en mi oficina y dejé la puerta abierta adrede, con la intención de que todo el mundo viese que resultaba posible hablar conmigo en cualquier momento y sobre cualquier cosa. No sabía cuál había sido la actitud de Henricks al respecto, pero no era capaz de imaginármelo de igual a igual con los demás.

Alex fue la primera en entrar. Llamó a la puerta con los nudillos y yo volví la vista hacia ella.

-¿Te apetece un café?

-He tomado uno y es demasiado pronto para otro, pero gracias –le respondí, intentando ordenar todo lo que tenía allí antes de empezar con el único trabajo que verdaderamente me interesaba.

-Ayer no te lo pregunté. ¿Cómo fue vuestra reunión con Henricks y Dalen?

-Tensa y en general, desagradable. No sé cómo lo soportabas.

-Pues siendo sincera, porque la mayor parte del tiempo no era él sino Burton quien llevaba esto. Henricks prefería estar en el casino.

-Ahora tendrá todo el tiempo que quiera para hacerlo –le dije -. Eso no me preocupa.

-Ah, ¿y qué es lo que te preocupa? –me preguntó, entrando en el despacho.

-Dalen.

-Ah ya veo. Apuntas a la cabeza de la serpiente, para así salvar a tu… a Anne.

No me gustó cómo había dicho el final de la frase y la miré muy seria. Ella pareció darse cuenta y matizó sus palabras, intentando que olvidase lo que había estado a punto de decir: “¿Tu novia? ¿Tú amiguita?”. En cualquiera de aquellos casos, su tono transmitía fastidio y desprecio. No era esa la sensación que me había dado la última vez que había hablado con ella.

-Lo siento. A veces me olvido de cuál es mi posición.

-Tu posición te permite hablarme con franqueza, Alex. De otra forma, no podríamos trabajar juntas. Pero me gustaría pensar que además de por profesionalidad, hay algo más entre nosotras.

Aquello pareció tranquilizar a Alex, que me sonrió y siguió hablando.

-Lo hay. Claro que sí. Por eso quiero recordarte que todo este asunto es peligroso, Gil. Dalen tiene contactos en todas partes, incluso en Washington. Si has entrado en esto para enfrentarte a él, debes saber que otros lo han intentado antes que tú… y ya no están por aquí para explicarlo.

-Alex, tú no me conoces tanto como crees. Te aseguro que cuando quiero acabar con alguien, lo hago… a no ser que antes acaben ellos conmigo. Supongo que estoy preparada para eso porque siempre ha formado parte de mi trabajo, pero también me proporciona una forma muy sencilla de ver las cosas. Puedo ganar… y puedo perder, pero si eso último ocurre, juro por dios que me llevaré a todo el que pueda por delante.

Y tras decir aquello, encendí el ordenador que tenía delante y empecé a mirar toda la legislación respecto al juego que había en aquel estado.

Estuve la mayor parte de la mañana buscando información. Logré aclararme bastante, pero no conseguí encontrar ningún fleco, ningún cabo suelto que me permitiese salvar a Don de la quema. Si había firmado esos pagarés, tendría que responder por ellos. Lo único que parecía que pudiera hacerse era que desapareciesen, pero eso… no iba a ser algo fácil de conseguir, por no decir que se trataba de algo completamente ilegal.

Tuve que salir un par de veces a resolver unas disputas locales, lo cual me permitió darme a presentar en la sociedad de Ridge Oak. Todos me dieron la bienvenida y nadie pareció lamentar la desaparición de Henricks. Eso era una buena señal.

Pero no todo el mundo me miraba de aquella manera. Había algunos en cuyos ojos se podía ver rayos y centellas, por no decir otras cosas. Y al girar en una esquina, me hallé frente a frente con aquella chica que había hablado con Anne el día que llegué.

-Ah, hola… ¿Danielle?

-Sí, y tú eres la novia Comisaria, por lo que veo y me han dicho. No has perdido el tiempo.

Aquel comentario no era nada bueno y podía ver los celos a través de su mirada y su gesto. No podía entrar en aquella batalla de la cual no iba a obtener nada bueno.

-Discúlpame, Danielle. Estoy algo ocupada –le dije, reanudando mi marcha. Pero me encontré con ella delante, tras corregir su posición y volver a colocarse delante de mí.

-He estado con Anne durante mucho tiempo, en los buenos momentos y también en los malos, para que ahora aparezcas tú y te la lleves de mi lado.

Ahí estaba. No había tardado demasiado en aparecer y echarme en cara que ella estuviese conmigo y no con ella. Yo no era culpable de que Anne me quisiese, que siempre me hubiera querido, y que yo cayese bajo su hechizo nada más llegar, porque al final, sentía más que nunca que era nuestro destino estar juntas.

-Escúchame… y escúchame bien. Los sentimientos no dependen de nadie más que de cada una. Si ella me quiere y yo a ella, hay muy poco, por no decir nada, que puedas decir al respecto, así que más vale que vayas aceptándolo. Si de verdad te importa, te alegrarás de que ella sea feliz, aunque no sea contigo.

Después de eso, pude marcharme por fin, dejando atrás algo que seguramente no iba a quedarse allí pero sobre lo que no podía hacer nada. Al pensar en Anne junto a Danielle tuve un pinchazo de celos, pero era obvio que formaba parte del pasado, uno que ambas habíamos tenido, y si Danielle se había quedado aparte era porque en realidad jamás la había querido como a mí.

Eso me hizo sentir no solo mejor sino la mujer más afortunada del mundo.

Cuando regresé de mi ronda, me enfrenté con la verdad que había estado retrasando. No había sido capaz de hallar nada en nuestro favor y eso me hizo pensar en una alternativa que me disgustaba enormemente.

Debía pedir ayuda, y eso me obligaba a hablar con mi madre, algo que había evitado hacer.

Sin embargo, Anne necesitaba que superara mis problemas, al menos durante un tiempo. La relación con mi madre no era buena, más que nada porque no teníamos nada en común, pero me convencí de que no podía ser tan malo, así que resignada, me encerré en mi oficina y marqué el número. Odiaba tener que recurrir a ella, pero era todo lo que me quedaba si quería hacer las cosas bien con los Cantrel… y mal con Dalen.

Mientras marcaba, pensaba en lo que había cambiado desde que estaba en Ridge Oak. Ahora me sentía más segura, más convencida de lo que hacía y sobre todo, más feliz.

Quizás eso me ayudase a tratar con mi madre y poder mejorar nuestra relación.

-¿Sí? –dijo una voz que reconocí al instante.

-Hola, madre.

-¡Gillian, qué sorpresa que llames! ¿Es que ha ocurrido algo?

-Pues… algo sí que ha ocurrido, pero no precisamente malo. Lo que sucede es que… voy a necesitar tu ayuda.

-Hija, me gustaría que me llamaras para algo más que hacerte favores.

-Lo haría si cada vez que hablamos mostraras algo más que interés profesional por mí; si dieses la impresión de que te importo.

-¡Pues claro que me importas! ¿Cómo puedes decir eso?

Aquella discusión ya la habíamos tenido muchas veces. Mi madre era doña *hago-fiestas-para-gente-importante-y-presento-a-mi-hija-en-sociedad-para-ganar-puntos*, y yo no era de esas. Así que había quedado como la oveja negra de la familia. Se había vuelto a casar con un senador, pero yo continuaba siendo ese fracaso al que todos recurren cuando deseaban atacarla.

Y aquello la desquiciaba.

Pero su marido podía ser mi salvación en aquellos instantes, así que me tragué mi orgullo y le conté algunas cosas, porque de alguna manera tenía que ganármela.

-Te gustará saber que soy la nueva Comisaria de Ridge Oak.

Silencio al otro lado de la línea.

-¿Estás en Ridge Oak? No me lo habías dicho. ¿Por qué?

-Porque necesitaba alejarme de todo, mamá, y el rancho era el mejor sitio que se me ocurrió. Lo que no pensé… es en todo con lo que me he encontrado aquí.

-¿A qué te refieres? –me preguntó mi madre muy seria.

Suspiré. Qué complicado me estaba resultando todo aquello.

-Verás, madre. Aquí hay un hombre, un tal Carson Dalen, que tiene un casino y actúa poco más o menos como el mafioso local. Tiene atemorizada a la mitad de la población y ha comprado a la otra mitad. Pero eso no me importaría demasiado si no fuera porque está a punto de expropiar a… una familia, los Cantrel, no sé si los recordarás…

-Me acuerdo de ellos –me dijo secamente. Por su tono, me pareció que no terminaban de gustarle. Lo ignoré. No podía caer en la trampa emocional que me suponía el disgusto que mi madre pudiera sentir por ellos o por alguien de los Cantrel en particular.

-Su hijo ha contraído fuertes deudas de juego y amenaza con encerrarle a no ser que les vendan sus tierras, así que necesito algo contra Dalen, con urgencia, y si alguien puede hacerlo…

-… es mi marido –dijo mi madre, terminando la frase.

-Sí.

Mi madre no se lo tuvo que pensar demasiado. Lo único que deseaba era tenerme de su lado, así que… me ofreció un pacto.

-Está bien, haré lo que pueda, pero a cambio, tendrás que venir aquí. Dentro de tres días entrego un premio y sería de gran importancia que toda mi familia estuviese a mi lado.

No tengo donde esconderme, mierda.

-Está bien, iré. Pero tú asegúrate de conseguir lo que te he pedido.

-Lo haré, hija, no te preocupes. Sabes que cuando quiero algo, lo consigo.

-Lo sé, madre. Lo sé. Y espero que sea así porque de verdad que lo necesito.

-Entonces te veré dentro de poco, ¿verdad hija?

Suspiré.

-Sí, madre. Allí estaré. Haré los preparativos y te avisaré de cuándo llego y todo eso.

Mi madre pareció complacida. Sabía que me quería, pero a menudo solo lo dejaba translucir por sus acciones superficiales. Me costaba mucho separar una cosa de otra.

-Estupendo. Te quiero, hija mía. Me has dado una alegría.

-Yo también te quiero, mamá. Nos veremos pronto.

Cuando colgué, suspiré hastiada, pero a la vez, albergando cierta esperanza. Aquello era un sacrificio difícil para mí pero si lograba lo que necesitaba, merecería la pena, y si de alguna forma superaba aquella prueba, también conseguiría que entre mi madre y yo mejorase la relación que teníamos.

Sabía que tendría que hacer aquella clase de cosas si quería derrotar a Dalen, o más bien, salvar a los Cantrel. No me importaba visitar a mi madre, hablar con ella e incluso ir a una de sus fiestas, si con ello lograba ayudar a Anne, pero empecé a ver otros efectos positivos… si mi madre también se controlaba un poco.

Claro que a veces pensaba en todo lo que no había tenido, y la ira me dominaba. Un padre que me había echado de casa; una madre que casi me había ignorado; y un trabajo que me había dejado marcada, física y mentalmente.

De no haberme encontrado con Anne, mi vida habría seguido siendo un auténtico desastre.

El resto del día se hizo extraordinariamente largo sin Anne, así que cuando en cuanto anocheció, volví a casa, cogí a Rogo y salí a cabalgar, dirigiéndome casi sin darme cuenta al rancho de los Cantrel. No sabía que Anne había hecho exactamente lo mismo y que iba a ver su figura subiendo por una loma a lomos de Wendy.

Una enorme sonrisa se formó en mi rostro mientras impulsaba a Rogo para que fuese más rápido y llegase a donde ella se encontraba, al mismo tiempo que veía que Anne hacía lo mismo con Wendy.

Finalmente, ambas nos encontramos más o menos a mitad de camino.

-Vaya, no te esperaba –le dije.

-Yo tampoco a ti, pero me alegra haberme decidido al final por ir a buscarte.

Ambas respirábamos un poco fuerte, fruto de la emoción y los nervios, y no apartábamos la vista una de la otra. Entonces, desmonté y me fui hacia ella. Anne hizo lo mismo y sin soltar las riendas de nuestras monturas, nos besamos y abrazamos como si hiciese una semana que no nos veíamos.

-Ha sido muy duro estar todo el día sin verte –le dije.

-Lo mismo digo –me respondió ella, volviendo a besarme.

El viento soplaba y movía nuestros cabellos, mientras el Sol se escondía por segundos. Miré a mi alrededor y no muy lejos de allí había un árbol que parecía salido de un poema. Agarré a Anne de la mano y tiré de ella.

-Vamos.

Mientras caminábamos hacia el árbol, nuestras respiraciones se acompasaron y yo me sentí tranquila por primera vez en todo el día.

-¿Qué tal te ha ido? –le pregunté.

-Bien. Hemos comprado un buen lote. Estoy segura de que tendremos una siguiente generación muy buena. Aunque claro, eso no importará demasiado si al final…

No terminó la frase. Las dos sabíamos qué iba a decir.

-¿Y Don?

-Pues… por fin logramos localizarlo. Se ha ido a Las Vegas. Dice que va a intentar recuperar el dinero como sea. Papá se ha puesto furioso cuando ha escuchado en dónde se encontraba.

-Y con razón. Jugar para salvar las deudas nunca es una buena estrategia. Me temo que Don perderá aún más y en Las Vegas, cuando no pagas no son como aquí.

-Lo sé. He intentado decírselo… pero no sé si me hará caso.

Apreté su mano un poco más, en señal de comprensión, pero sabía que había poco que hacer. No obstante, todo no estaba perdido. Si lograba algo a través de mi madre, quizás tuviéramos una oportunidad de salvarlo.

-Estoy con algo que puede que nos ayude. No es seguro… pero creo que saldrá algo.

Anne me miró sorprendida y extrañada a la vez.

-He llamado a mi madre. Tiene más influencia de la que piensas, y existe la posibilidad de que logremos encontrar algo contra Dalen.

-¿De verdad?

-Sí. Dentro de tres días viajaré a Texas para verla. Veremos qué me dice.

La idea de viajar no pareció gustarle nada. A mí tampoco, pero no quedaba otro remedio.

-¿No te lo puede contar por teléfono? –me preguntó mientras llegábamos al árbol.

No contesté inmediatamente. Até a Rogo a una rama mientras Anne hacía lo mismo con Wendy, y me senté de espaldas al tronco.

-No. Es… todo forma parte del mismo trato.

-¿De qué trato estás hablando? –me preguntó, agachándose delante de mí.

-Mi madre siempre ha estado súper preocupada por las apariencias. Hace seis años, se casó con un senador, y no hay nada peor para la carrera de un político que tener una hija que no le hace caso. Es una mancha que difícilmente puede borrarse. He acordado que iré a la entrega que hace de un premio y me mostraré como la hija ideal, a cambio de que su marido busque algo que nos pueda ayudar.

Anne puso cara de fastidio y me cogió de las manos.

-¿Por qué has hecho eso?

-Sabes por qué. Porque te quiero y haría cualquier cosa por ti, y no parece un sacrificio demasiado grande si a cambio acabamos con Dalen.

Anne se recostó sobre mi seno izquierdo. El sol se había ido y estábamos solas en mitad de la pradera.

-Quiero ir contigo. Y quiero decírselo a mi padre. Tienes derecho a formar parte de mi familia y si no te aceptan, que les den a todos, porque no dejaré que te humilles así por nada.

Anne se separó para mirarme y yo… yo deseé besarla con toda la fuerza y convicción que no había tenido años atrás.

Pero me contenté con acariciar su cabello y observarla fijamente, como si aquella fuera la primera vez que me daba cuenta de lo hermosa que era.

Aquello fue suficiente para que ella se me adelantara… y estuviésemos besándonos mientras el tiempo transcurría a nuestro alrededor sin que nos diésemos cuenta. Cuando estaba con ella, todo perdía su sentido y era difícil pensar en otra cosa que no fuese dejarme arrastrar por sus besos y caricias, pero en algún momento, logramos separarnos y ponernos en pie, y acordamos ir

aquella misma noche y contárselo a su familia. Para ella era la decisión más importante que había tomado jamás, porque la respuesta de los que más quería podía ser la misma que la que recibí yo de mi padre. Claro que a diferencia de mí, ella contaba con una ventaja.

Yo.

No estaría sola cuando hablara con su padre, ni tampoco se quedaría abandonada en el caso de que la echaran de casa, porque la mía, aun a medio arreglar, era suya simplemente por el hecho de estar juntas.

Así que cabalgamos juntas hacia su rancho, iluminadas únicamente por la Luna, una al lado de la otra, con los nervios en el estómago y el corazón en nuestras miradas.

Cuando llegamos, un chico recogió a Rogo y a Wendy y ambas entramos en la casa.

-Vaya, llegáis un poco tarde, ¿no, chicas? –nos dijo Sue, a modo de saludo.

-Un poco, pero es por un buen motivo. Hemos… estado hablando –y al decir eso, me miró a mí. Sue se dio cuenta de ello y leí en su rostro que entraba en "modo sospecha".

-Está bien. ¿Y de qué habéis estado hablando? –nos preguntó, sin quitarnos la vista de encima.

-Eso te lo diré ahora, pero cuando esté también papá.

-Ha ido al establo un momento, a mirar a la hembra que está preñada, pero volverá en un momento.

-Está bien. Entonces ahora vengo.

Anne se volvió hacia mí.

-Espérame aquí –me pidió, un poco

-Claro –le dije.

Anne subió, supuse que a cambiarse o al baño, y yo entré en el salón y me senté en el sofá, mientras Sue me perseguía con la mirada.

Después de pensárselo durante un buen rato, se decidió por fin a intentar sonsacarme de qué iba todo aquello tan raro y misterioso.

-Bueno, ¿y de qué va todo esto?

-Lo siento pero tendrás que esperar a que sea Anne quien te lo diga. Es importante para ella hacerlo.

Me pareció que Sue gruñó, aunque no podía asegurarlo a ciencia cierta. Lo que sí que hizo fue sentarse en un sillón que tenía enfrente a esperar. Yo continuaba sospechando que ya lo sabía, pero no podía estar segura. Dentro de poco lo comprobaríamos.

Al poco tiempo, el padre de Anne entró y yo me puse en pie.

-Hola, señor Cantrel.

-Ah, hola, Gillian. ¿Qué haces por aquí?

-Pues…

Sue se me adelantó, lo cual agradecí enormemente, porque no sabía que decirle.

-Por lo visto, tu hija tiene algo importante que decirnos y su amiga está aquí para darle su apoyo.

El padre de Anne me miró con curiosidad.

-¿Es así? ¿Has venido para apoyar a mi hija?

-Algo parecido, señor Cantrel.

En ese momento, Anne bajó, con la misma ropa y más acalorada. Me pregunté qué habría estado haciendo.

-Hola, papá.

-Hola, hija.

-¿Te ha contado ya Sue que tengo algo que anunciar?

Sue y su padre se miraron, sorprendidos.

-Bueno, no es eso exactamente lo que me ha dicho, pero sí que querías decirnos algo.

-Sí, eso es –dijo Anne, que estaba poniéndose cada vez más nerviosa -. Sentaos, por favor.

El señor Cantrel tomó asiento junto a Sue mientras Anne lo hacía a mi lado. Tuve el impulso de coger su mano, pero finalmente, me contuve, entendiendo que debía ser ella quien marcara allí los ritmos.

Solo quedaba ver cuál era su reacción.

Mi corazón latía con fuerza, a punto de salirse de mi pecho, y de haber podido encomendarme a algún dios lo habría hecho, porque aquel momento representaba todo cuanto no me había atrevido a hacer, años atrás y también una parte importante del futuro que nos esperaba delante.

Lo único que al menos me tranquilizaba era que ocurriera lo que ocurriese, sabía que Anne no me dejaría, ni yo a ella.

Seguiríamos juntas a pesar de todo.

CAPÍTULO 13

-Bueno, pues… allá voy. Sabéis que siempre me habéis insistido para que conozca a alguien y sienta un poco la cabeza.

-¡No me digas que has encontrado a un hombre a quien le gustas! –exclamó ilusionadísima Sue, tanto, que casi sentí lástima por ella.

-Hummm no exactamente.

Anne cogió entonces mi mano y entrelazamos nuestros dedos.

-Se trata de Gillian. Estoy enamorada de ella. Bueno, las dos lo estamos, yo de ella y ella de mí.

-Vaya –comentó el señor Cantrel, moviendo su mirada de Anne a mí, y de nuevo a Anne. Pero fue su reacción posterior lo que más me sorprendió.

Se echó a reír.

Fue una de esas carcajadas que parece que no van a terminarse nunca, profunda y honesta, que hizo que todos lo mirásemos extrañados.

-Perdóname, hija, es que hace mucho tiempo que estoy esperando este momento y de repente, me encuentro con que no solo reconoces cómo eres, sino que también vienes con equipaje extra.

El señor Cantrel se levantó y con él, todos, y abrazó a Anne con fuerza.

-Me alegra que hayas encontrado a alguien por fin, hija mía, y la fuerza necesaria para confiar en mí.

-¿Quieres decir… que tú ya lo sabías? ¿Qué ya sabías que era lesbiana?

La sorpresa que nos inundaba a Anne y a mí no puede explicarse con palabras, pero más que nada, sentíamos el alivio de ver que no había ningún peligro.

-Hace años que lo sospechaba.

Entonces, me miró a mí.

-Me alegra que tú seas la elección de mi hija. Sé que tu padre estaría muy orgulloso.

Aquello sí que no. Mi padre no estaría orgulloso porque fue él quien me echó de allí y quien provocó que perdiese años de mi vida intentando comprender la razón de que no me quisiera.

En medio de todo aquel alivio que sentía Anne, yo retrocedí dos pasos y creé distancia entre su padre y yo.

-Eso no es verdad –afirmé con rencor -. Mi padre me echó de casa en cuanto descubrió cuáles eran mis preferencias. Al día siguiente de verme junto…

Logré contenerme a tiempo de no nombrar a Alex, dado que no sabía si su situación sería o no pública.

-… a alguien, yo estaba en un tren de regreso con mi madre. Así que no se le ocurra decir que estaría orgulloso de mí.

Anne y su padre se soltaron y todas las miradas se volvieron hacia mí.

-Eso es cierto, chiquilla. Tu padre te echó de casa. Y ese mismo día vino a verme y me lo explicó todo. Una hora después de haberte dejado en la estación, estaba llorando como un padre cuando ve a su hijo recién nacido, arrepintiéndose de lo que había hecho.

Aquello no me parecía muy lógico, porque él nunca llamó para pedirme disculpas y que regresara. Es más, se mantuvo siempre alejado.

Mi rostro debió reflejar aquella confusión porque el padre de Anne se lanzó rápidamente a explicármelo.

-Verás. Nuestra educación es la que es y no podemos evitarlo, pero con el tiempo hemos aprendido que las cosas no son siempre lo que nos dijeron. Tu padre no tardó mucho en darse cuenta de que no le importaba lo que fueses o hicieses mientras encontrases la felicidad, pero no se atrevió a decirte nada por miedo a que no le perdonases, así que prefirió permanecerse a distancia.

-Eso… no tiene sentido –le dije. Me costaba respirar y sentía que durante todos estos años, había estado engañada -. Si lo que quería era hacer las paces, solo tenía que haberme llamado y decírmelo. Yo… le habría perdonado.

-Lo sé, y se lo dije muchas veces, pero él no quiso. Prefirió seguir tu vida a través de lo que tu madre le contaba, porque eso fue lo que acordaron.

Aquello cayó como una bomba encima de mi cabeza. ¿Mi padre y mi madre habían hablado y llegado a un acuerdo acerca de mí, por el cual yo no vería a mi padre nunca más?

-¿Quieres decir que mi padre llegó a un acuerdo con mi madre para no verme más a cambio de que ésta le mantuviese informado?

Acababa de decirlo en voz alta y aún no lo creía. Me parecía algo tan terrible que me sentía incapaz de digerirlo.

-Eso es. Y por eso he dicho que tu padre estaría orgulloso. Porque siempre lo estuvo. Nunca dejó de hablar de lo feliz que se sentía por que su hija hubiese entrado en el FBI y que estuviese defendiendo nuestra nación. Tendrías que haberle oído hablar de ti. Se pasaba horas dándole vueltas a lo que podías estar haciendo.

Es difícil explicar todos los sentimientos que tenía en ese momento. Por un lado, acababa de descubrir que sí que había tenido un padre, aunque no lo hubiese visto en años, pero también que habría podido estar con él, decirle cuánto lo quería y lo necesitaba y no había podido hacerlo porque él y mi madre, sobre todo mi madre, me habían mentido. Ella me había indispuesto contra mi padre, incrementando mi desprecio, cuando en realidad, ella no había hecho ningún sacrificio y mi padre, sí.

Mi padre lo había dado todo para que yo pudiera ser feliz.

Las lágrimas empezaron a brotar como si tuviese un auténtico surtidor y el llanto me obligó a taparme el rostro con las manos.

Anne acudió en mi ayuda, me abrazó y dejó que hundiera mi cara en su pecho, mientras intentaba consolarme de alguna manera.

Sabía que aquel era su momento, que no era yo quien debía centrar toda la atención, pero no podía evitarlo. Aquel descubrimiento, para mí, lo cambiaba todo. Ya no me sentía incómoda por haber vuelto allí, sino culpable por no haberlo hecho antes. El rancho era mío, de verdad, porque su anterior dueño nunca había dejado de ser mi padre. Y mi madre… mi madre no era la persona que yo creía que era…

… sino peor.

-E-estoy bien, g-gracias –dije, cuando logré recuperar el control. Entonces miré al padre de Anne… y lo abracé.

-Gracias… por todo. Por aceptar a Anne… y por contarme todo esto.

-De nada. Sabes… que eres de la familia, y más después de esto. Vosotras dos sois mis hijas y esta es vuestra casa.

Asentí con la cabeza. No era capaz de decir nada más.

Entonces fue cuando vi a Sue, que se estaba poniendo en pie lentamente y cuyo gesto no me sonó a algo demasiado positivo.

A ella no le hizo gracia todo aquello.

Cuando Anne y su padre se dieron cuenta de que la estaba mirando, se giraron también hacia ella.

-¿Ocurre algo, Sue? –le preguntó el señor Cantrel.

Sue no respondió. En lugar de eso, salió de la casa apresuradamente. Estaba claro que a ella todavía le quedaba camino que recorrer, aunque ninguno dijimos nada.

-Bueno, creo que me iré a dormir –dijo el padre de Anne, sin darle ninguna importancia, dándole un beso a ella… y a mí -. Buenas noches, chicas.

-Buenas noches, papá.

-Buenas noches, señor Cantrel.

Cuando hubo subido las escaleras, Anne se volvió hacia mí con una enorme sonrisa y me abrazó con fuerza.

-¿Estás bien?

-Sí. ¿Y tú?

Anne asintió. Claro que estaba bien.

-Ha sido una sorpresa lo de tu padre, pero una agradable.

-Te dije que no tendríamos problemas –comentó ella divertida, pero al ver que mi pensamiento estaba todavía en otra parte, se puso seria.

-Con él no, pero con Sue… Ella parece no habérselo tomado igual de bien.

-Ya se acostumbrará. Ahora lo importante es todo lo que nos ha dicho. Tu padre… era una buena persona –me dijo finalmente.

-Sí, lo era. Pero voy a ver a mi madre dentro de tres días y sinceramente, no sé cómo voy a gestionarlo.

-¡*Vamos*… a ver a tu madre! –repitió, enfatizando el "vamos".

-Sí, es verdad. "Vamos".

Anne cogió mis brazos y me obligó a pasarlos a su alrededor.

-Yo creo que tu madre simplemente quería tenerte cerca y que aprovechó la situación que tu padre le ofreció.

-Sé que hizo eso, pero no por las razones que tú piensas. Ella siempre ha tenido la idea de manipularme a su antojo, cambiar mi imagen para acercarla a la suya, y yo… sencillamente, no se lo he permitido. Esto lo único que ha hecho es que yo sienta más desprecio por ella que nunca, por no contarme la verdad y dejar que mi padre viviese alejado de mí, cuando él me quería más que ella.

-No seas tan dura con ella. Solo quería estar más tiempo contigo.

-No estoy segura de eso –le dije.

Anne estaba exultante, lo entendía, y no quería amargarla con aquello, así que sonreí como pude y la abracé con más fuerza.

-No importa, de verdad. Déjame que disfrute ahora de tu momento. Tu padre es una gran persona y me ha hecho muy feliz al aceptarte tal y como eres.

-Sí, lo es.

Anne me besó y yo le devolví el beso con cariño, sabiendo al instante que aquello no iba a ser suficiente, porque después de tantas emociones, necesitaba sentirla cerca de mí.

-Te necesito, Anne –le susurré.

Anne me miró y en sus ojos detecté la misma necesidad que yo tenía, y que iba más allá de lo físico. En el poco tiempo que hacía que estábamos juntas, habíamos logrado tal capacidad de conexión que nuestros sentimientos fluían con extremada rapidez, haciendo que me resultase casi insoportable no sentirla a mi lado.

Anne cogió mi mano… y me arrastró hacia el piso de arriba, hacia su dormitorio.

Sabía que lo me esperaba cuando cerramos la puerta, pero pasar la noche junto a ella era justo lo que necesitaba y eso me hacía sentirme como nunca antes nadie lo había conseguido… incluida Helen.

No sabía si es que ya me estaba olvidando de ella, y por eso una punzada de culpabilidad logró abrirse paso entre tanta felicidad, o si por el contrario era que Anne y yo teníamos algo mucho más profundo, lo cual resultaba increíble.

Jamás pensé que eso pudiera suceder.

Mi cuerpo pedía sentir a Anne, pero mi corazón necesitaba de su mirada, sus palabras dulces y también el calor de sentirla a mi lado. No se trataba únicamente de satisfacer una necesidad o ansia, sino e cubrir el vacío que había desde hacía años.

-Ya tenía ganas de hacerlo en una cama –le dije al ver la cama delante de nosotras, como si nos hubiera estado esperando.

-Sí, pero ésta es pequeña, así que no esperes demasiado –comentó Anne, sonriendo.

Yo le devolví la sonrisa y corrí a abrazarla. Sentir sus brazos a mi alrededor y sus labios junto a los míos, era algo que no tenía precio para mí. Durante mucho tiempo no contemplé la posibilidad de que algo así pudiera volver a tener lugar, pero después apareció Anne… y mi vida dio un vuelco completo.

La boca de Anne era deliciosa, pero su cuerpo, todavía lejos de mi alcance, me prometía mucho más. Además, sentirla cerca de mí, piel con piel, era la mejor manera que tenía de cerciorarme de que todo aquello no era un sueño.

Sin embargo no me olvidaba de que aquel era su dormitorio, su espacio, y no iba a dejarme que fuese yo quien llevase las riendas. Mientras nos besábamos, me hizo una zancadilla, me giró y me tumbó en la cama, para a continuación colocarse a horcajadas sobre mí.

-Esta es mi cama, así que aquí mando yo –me susurró, volviendo a besarme. Su lengua se adentró en mi boca y supe que no tardaría en volverme loca.

-Entonces a qué esperas. Yo no necesito mucho –le aseguré, sin dejar de mirarla. Era mucho más que hermosa; era única.

Aquella noche, no nos dejamos llevar. Era el momento de encontrarnos a nosotras mismas, de reconocer que teníamos una familia de la cual preocuparnos y de pensar en lo que era mejor para todos. Anne y yo nos sentíamos bien en los brazos de la otra. Yo había encontrado por fin mi lugar y ahora solo debía mantenerlo. Pero los Cantrel estaban en peligro y yo… todavía tenía una cuenta pendiente con mi madre.

En tres días, la vería cara a cara y hablaría con ella de mi padre, y el caso es que sabía cuál sería su reacción segundo a segundo. Me escucharía y después me ignoraría, como si aquello no tuviese ninguna importancia.

También sabía cuál iba a ser mi reacción. Esa la tenía muy clara, y no pensaba contársela a nadie, ni siquiera a Anne, porque también estaba segura de que intentaría disuadirme.

Pero no, no había vuelta atrás. En el momento exacto en que recuperé a mi padre, quizás hubiese perdido a mi madre para siempre.

Sin embargo, no podía dejar que aquello me hiciese olvidar lo que sentía. Por primera vez en demasiado tiempo, era feliz. Había descubierto a Anne, a alguien que me había amado durante más tiempo del que yo sabía, y que me había esperado incluso cuando yo lo ignoraba. ¿Acaso podía existir algo más bonito que aquello? Le debía a Anne ser feliz y hacerla feliz, por lo que todo cuanto me hacían sentir mis padres, tendría que quedar en un segundo plano.

Solo estaba preocupada por lo que pudiese conseguir respecto a Don y lo demás… bueno, no

podía dejar que cambiase las cosas.

Nada lo haría, estaba segura de ello.

A pesar de todo, los siguientes tres días se desarrollaron de manera extraña, como una nueva rutina para mí y también con una gran cantidad de sentimientos persiguiéndome. Aquella mañana, desayuné en casa de los Cantrel y Anne me llevó de vuelta a mi casa, quedándose con Rogo, que después de todo era suyo, pero prometiéndome que me lo llevaría después.

Me dio la sensación de que Rogo se quedaría ya conmigo, pero no dije nada.

El trabajo como sheriff empezaba a darme algunos quebraderos de cabeza, pero no porque tuviese que solucionar problemas graves, sino porque siempre había alguien llamándonos aunque fuese para quejarse porque su vecino ponía la música demasiado alta. Era un trabajo sencillo, pero de veinticuatro horas.

Por las tardes, cuando regresaba a casa, Anne estaba esperándome. Aquella primera tarde fuimos a comprar muebles a la tienda del pueblo y la cama fue una de las primeras cosas en venirse con nosotras. No esperamos demasiado para estrenarla y descubrir así que lo que había entre nosotras aún podía mejorarse.

Al día siguiente, nos llegaron el resto de cosas, y tardamos casi todo el día en dejarlo listo.

Mi casa parecía por fin una casa.

Pero lo más importante es que por fin parecía que mi vida tenía un sentido, que todo adquiría el lugar que debía que junto a Anne, podía ser feliz.

-Creo que este es un sitio en el que me gustaría vivir, sin duda alguna –me comentó Anne, mirándola mientras me abrazaba.

-Yo pensaba que eso ya estaba decidido –le dije, sonriendo.

-Eh, por lo menos pídemelo, no lo des por hecho.

-Me giré hacia ella y la abracé.

-Anne, mi hermosa Anne. ¿Quieres venir a vivir conmigo, a mi casa, quedarte conmigo todas las noches y despertarte a mi lado cada mañana?

Su rostro pareció deshacerse como la mantequilla, así que supuse que lo había hecho bien.

-Claro que sí, tonta –me dijo con voz suave, besándome con ternura -. No sabía que eras capaz de ser tan romántica.

-Ejem… n-no es mi faceta más… habitual –le respondí, algo azorada.

-Lo sé. Por eso creo que tiene más valor, mucho más, cuando me has dicho eso.

-Gracias.

-De nada. Tendré que ir por mis cosas, pero supongo que podré esperar a que volvamos de la ciudad.

La ciudad.

Solo pensar en ella y en mi madre, en nuestro encuentro y todo lo que podría decirle, despertaba en mí una ansiedad desconocida hasta ese momento. Tantos años desperdiciados, tantos momentos que me habría gustado compartir con mi padre, perdidos para siempre.

Tenía miedo de ver a mi madre y despertar de nuevo la amargura en mi vida.

Así que aquel día fue un poco extraño. Me sentía feliz junto a Anne, pero inquieta por todo lo que estaba por llegar. Anne regresó a su casa para preparar una maleta y yo preparé la mía sabiendo que no iba a abrirla siquiera. Si podía evitar pasar una sola noche allí, mejor, o al menos, junto a mi madre.

Cuando nos echamos en la cama, ya por la noche, ambas con los ojos cerrados y acariciándonos sin más intención que lograr conciliar el sueño, ella no tardó en sacar el tema.

-Sé lo que vas a hacer, Gil.

-¿A qué te refieres? –le pregunté medio dormida.

-Sé que vas a verte con tu madre solo para ayudar a mi familia y que después te olvidarás de ella y no me gusta.

Aquello era algo que también me había estado temiendo, que intentara mediar entre mi madre y yo, sabiendo que ella me había ocultado la realidad sobre mi padre durante todo el tiempo. Me parecía que no acertaba a entender la profunda herida que me había causado el saber que mi madre había ayudado a mantenerme alejado de él, solo para tenerme a su lado y modelarme como si fuese una muñeca de barro.

Pero comprendía su actitud. Yo lo estaba pasando mal y ella… sufría al verlo.

Sin dudarlo, le acaricié una mejilla. Necesitaba que ella supiese que la quería y que agradecía todo lo que intentaba hacer.

-Te quiero, mi vida. Sé que no te gusta verme así y por un lado, me gusta que sepas cómo soy y que intentes ayudarme con todo esto, pero por el otro, preferiría que no supieras nada de ello y que me dejases a mí lidiar con mi madre. Es lo que se merece.

-Puede ser. Quiero decir, que seguramente es así, pero deberías… deberías intentar llevarte mejor…

-No. Eso ya no es posible –le interrumpí -. Verás, cuando mi madre se alejó de mi padre, yo supe que lo hacía porque no aprobaba su estilo de vida, completamente fuera de los círculos de sociedad y carente de ambición. Eso no era lo que mi padre deseaba, ni para él, ni para mí, pero no pudo oponerse a que me fuese a vivir con ella porque era demasiado independiente y yo todavía necesitaba mucha atención. Pero con el tiempo, los dos descubrieron que yo estaba mucho más cerca de mi padre que de mi madre, y cuando… cuando descubrió cómo era, mi madre tuvo en su poder lo que necesitaba para arrastrarme con ella a su propio mundo.

-Pero no lo consiguió.

-No. Me parezco demasiado a él. Y después de esto, todavía está más claro para mí. La odio; no puedo evitarlo. Yo… no creo que pueda dejar de sentir lo que siento ahora. Pero no sé…

Esta vez, fue Anne quien me acarició la mejilla, acompañando su gesto de un dulce beso.

-Está bien, no te preocupes. No insistiré. Pero me quedaré a tu lado, eso sí. No podrás apartarme.

-Ni si quiera lo intentaré –le dije, besándola con pasión. Eso despertó en mí el hambre con el que me había familiarizado tanto desde que estaba con ella.

-Creo que te necesito –le dije, colocándome a horcajadas suya. Tenía el sujetador y las bragas puestas pero en cuanto me situé encima de ella, me saqué el sujetador por encima de la cabeza, dejando mis pechos al aire.

-Sabes que no puedo resistirme cuando me lo pides así –me dijo Anne, que había empezado a respirar ligeramente más rápido. Sus manos se dirigieron hacia mis pechos y me acariciaron con suavidad. Casi al instante, sentí como me inflamaba y cerré los ojos para concentrarme en sus dedos, mientras deslizaba los míos por debajo de su sujetador y me concentraba en sus pezones, que se habían puesto erectos.

Ambas estábamos empezando ya a jadear, por lo que no me sorprendió que introdujese su mano en mi sexo y buscara con sus dedos penetrarme con rapidez. Yo estaba ya húmeda, así que no me molestó en lo más mínimo y sí que me excitó enormemente, haciendo que me olvidara por un instante de tocar a Anne.

-Veo que estoy consiguiendo distraerte –me dijo, satisfecha. Entonces yo agaché la mirada, jadeando.

-No lo suficiente –le respondí, lanzándome sobre ella. Mi boca prácticamente engulló a la suya

y mi lengua hizo que su mano perdiese el ritmo, lo suficiente como para recuperar el control de la situación. Entonces la penetré yo, rozando con la palma de mi mano su clítoris, que ya estaba turgente, Mis dedos se abrieron paso por sus labios y se adentraron para acariciarla interiormente, llevándola al punto que yo quería.

Aun así, Anne no había sacado su mano de mí, y logró recuperarse y volver a tocarme. Ambas movíamos nuestras manos, acariciándonos, conduciéndonos a la desesperación y suspirando por poder liberar la presión que poco a poco se iba acumulando en nuestros cuerpos.

-Quiero… correrme, Anne.

-Y yo, pero espera… un poco más –me pidió, mientras aumentábamos el rimo de nuestros movimientos, así como su intensidad.

-No puedo… más –le dije en un momento dado, cuando sentí que todo mi ser estaba a punto de explotar en aquellos.

-Ni yoooo –contestó Anne.

En ese momento, me dejé llevar. Mi cuerpo lanzó una última embestida contra sus dedos, para a continuación tensar los músculos de las piernas alrededor de ellos su cintura y de ella. Anne, por su parte, bajó su otra mano para forzar la mía a que la penetrase todavía con más fuerza, hasta que todo su cuerpo empezó a temblar y sus muslos encerraron mi mano como si no fuese a soltarla jamás.

Nuestros cuerpos se estremecieron, nuestras bocas gritaron y cuando nos miramos, ambas sentimos que aquello era solo el comienzo.

CAPÍTULO 14

El viaje en autobús fue lento, cansado y aburrido, pero cuando llegamos a la ciudad, la sensación fue todavía peor. A pesar del poco tiempo que había pasado en Ridge Oak, me sentía completamente fuera de lugar. Había mucha gente, mucho ruido, y mucha confusión. Anne y yo estábamos cogidas de la mano y mucha gente nos miraba, sorprendida o desconcertada, echándonos miradas de soslayo. Me importaba todo una mierda a esas alturas, así que ni siquiera les hacía caso, pero en general, me envolvía una sensación de opresión que no había experimentado desde hacía mucho tiempo.

A pesar de todo, intenté mantener la compostura, fingiendo una entereza que no tenía para intentar transmitírsela a Anne, que sin duda, se sentiría todavía peor.

Mientas nos dirigíamos hacia la salida, apreté su mano, la miré y emití una sonrisa tranquilizadora.

-Vamos. Seguramente mi madre estará fuera, esperándonos en un coche. Una estación de autobuses no es lo suficientemente digna para que entre.

Anne me miró pero no dijo nada. Aquel era mi mundo y en ese momento, más que nunca, yo era consciente de ello. Anne también parecía darse cuenta así que se dejaba guiar por mí y esperaba que siguiese haciéndolo.

Cada una llevábamos una mochila, lo justo para pasar la noche y poco más, aunque sabía que para asistir a aquel evento íbamos a necesitar un traje de noche. No importaba, porque estaba segura de que mi madre nos lo proporcionaría. Era lo que le convenía hacer.

Cuando salimos de la estación, tal y como yo había predicho, allí estaba mi madre, enfundada en un abrigo de pieles, con unas gafas oscuras de esas en las que te fijas porque alguien intenta pasar desapercibido, y delante de una limusina.

Al verme, mostró su gran hilera de dientes, aunque al darse cuenta de que estábamos cogidas de la mano, se detuvo a mitad de camino y su rostro cambió completamente, transformándose en un gesto de confusión.

-Hola madre –le dije, sin acercarme a darle dos besos -. Esta es Anne. Quizás te acuerdes de ella porque es la hija de los Cantrel.

-Pues la verdad… creo que no, pero encantada –consiguió decir.

-Igualmente –respondió cortésmente Anne, como siempre, con una sonrisa en el rostro.

No le comenté nada más. En lugar de eso, esperé a que fuese ella quien diese el paso.

-Bueno, pues… ¿por qué no entráis?

Le indiqué a Anne que entrase primero, yo la seguí a continuación y finalmente, lo hizo mi madre, cerrando la puerta detrás.

-A casa, Fred –le ordenó al conductor.

-Sí, señora.

El viaje comenzó en silencio, uno de esos que era de por sí atronador. La incomodidad entre mi madre y yo era patente y mi llegada con Anne, pensé, seguro que la había terminado por alterar el ya delicado equilibrio en el que se encontraba nuestra relación.

-¿Cómo están las cosas por allí, Anne? ¿Te puedo llamar Anne, verdad?

-Claro que sí. Pues… regular. Creo que Gillian le explicó que teníamos un pequeño problema.

-Sí, sí, me lo dijo.

Otro silencio más.

-¿A dónde vamos? –le pregunté entonces a mi madre, intentando dejar para más tarde la cuestión de si había merecido la pena ir hasta allí o no.

-A mi casa. He pensado que os gustaría descansar y arreglaros un poco. Falta bastante hasta la hora de la fiesta, así que tendréis tiempo más que de sobra, aunque no sabía que vendría ella y solo tengo un vestido para Gil.

-Estoy segura de que podrás conseguir otro sin demasiado esfuerzo –le dije.

-Sí, claro que sí, cariño.

-¿Cómo está…

No terminé la frase. No me acordaba de su nombre.

-¿Michael? Estupendamente. ¿Sabes que en las encuestas ya dicen que podría ser el próximo gobernador del estado? –nos comentó, entusiasmadísima.

-Creía que era senador. ¿No le basta con eso?

-Nooo, por favor. Un senador no puede compararse con un gobernador. Los gobernadores llegan a la Casa Blanca. Los senadores solo se jubilan.

Asentí con la cabeza, como si me importase lo más mínimo todo aquello, aunque una pequeña parte de mí se alegró porque mi madre hubiese logrado alcanzar un cierto grado de felicidad, sobre todo, sin mí participación.

No dijimos nada más hasta que llegamos. Por supuesto, la casa de mi madre no era un pequeño apartamento en las afueras, sino un lujoso piso dentro de un edificio exclusivo. Había hasta un portero y todo, que nos saludó como si fuésemos gente importante.

Por lo visto, todo el ático le pertenecía al Senador, por lo que disponíamos de habitaciones para escoger. Aquello era grande y lujoso. Demasiado para dos chicas de campo.

-Bueno, podéis escoger la habitación que queráis. Cariño –me dijo a mí -, tú puedes instalarte junto a la mía, por ejemplo, aquella de allí, mientras que tú, Anne podrías…

-Madre. Estamos juntas. Vivimos juntas y hacemos *todo* juntas. Así que no te esfuerces en separarnos.

-Sí, sí, por supuesto. Bueno, pues… elegir la habitación que prefiráis.

Y tras decir eso, desapareció en una de las salas, dejándonos a las dos solas.

Yo me giré para mirar a Anne.

-Tu madre es… muy especial –comentó Anne.

-Eso es muy generoso por tu parte –le dije -. Nunca le dije que era lesbiana, así que ha debido de ser una sorpresa difícil de digerir para ella, porque estoy segura de que mi padre tampoco le comentó nada. De todas maneras, estoy bastante segura de que cuando hablemos después a solas, sacará el tema.

Anne se acercó al sofá y se sentó en el brazo.

-¿Es que nunca podremos dejar de dar explicaciones? ¿Es como si tuviésemos que justificarnos continuamente?

Al decir eso, me acerqué a ella, solté la mochila y la abracé.

-No tenemos que dar ninguna explicación. Somos lo que somos y no me importa en lo más mínimo lo que opinen los demás. Me perdí una parte de Helen precisamente por ocultarle al mundo nuestra vida. Contigo no cometeré el mismo error.

Anne sonrió y me abrazó. Después, recogí mi mochila y nos dirigimos en busca de uno de los cuartos.

La verdad es que todos parecían igual de lujosos, así que cuando nos dimos cuenta de ello, cogimos el primero que vimos que tenía una cama doble y soltamos las mochilas encima de la cama.

Mi madre apareció entonces con una copa de vino en la mano y con un vestuario diferente, de estar por casa.

-Veo que ya habéis escogido. Es una buena habitación. Anne, cariño. ¿Te importa que hable un rato con Gillian a solas? Ahí tienes el baño para asearte si lo necesitas.

-Claro que no. Gracias, señora –le dijo Anne. Yo la miré con gesto de reprobación, pero sabía que aquel momento tenía que llegar. Solo esperaba poder controlarme.

Mi madre me condujo hasta el salón y yo tomé asiento en el sofá que había, delante de los ventanales por los que se podía ver toda la ciudad. La vista era espectacular, pero se notaba la crispación en el interior de la vivienda, que estaba esperando el momento oportuno para salir.

-Bueno, tenías esto muy callado. Podías habérmelo dicho –me dijo finalmente.

-¿A qué te refieres? –le pregunté, simulando inocencia.

-Me podías haber contado que te gustaban las… mujeres. Soy tu madre, por dios.

-Sí, podía habértelo dicho, pero nunca te importó demasiado con quien estuviera ni tampoco mis problemas, así que ¿por qué iba a pensar que iba a ser diferente con esto?

-Eso es injusto.

-¿Tanto como no decirme que mi padre quería que volviese con él y convencerle de que era mejor que no lo hiciese?

Ya está. Lo había soltado y en menos de cinco segundos. Un record. Ahora solo quedaba ver en qué round y quién salía derrotado de aquel combate.

-¿Quién te ha dicho eso? –me preguntó mi madre, con gesto serio.

-¡Qué importa! –le respondí yo -. ¿Acaso es mentira?

Mi madre no respondió inmediatamente. Dio una vuelta por el saló, bebió un poco de vino y se sentó en el otro extremo del sofá.

-Las cosas nunca son tan sencillas como parecen, hija.

-Lo único que sé es que durante años has dejado que pensara que mi padre no me quería, cuando en realidad era todo lo contrario. ¿No podrías haberte preocupado más por mí en lugar de por… tus reuniones y compromisos?

-Es por ti por quien me preocupaba. ¿Qué futuro era el que te esperaba estando en mitad de la nada conduciendo vacas?

-El mismo que ahora, solo que no me hubiera perdido a papá –establecí, con furia en los ojos -. No eres tú quien debía decidir, sino yo. Que a ti te pareciese que la vida que escogió papá no era suficiente para quedarte a su lado, lo entiendo, pero quién te dio permiso para escoger por mí. Yo también tengo voz y voto. Era mí vida.

Mi madre estaba… bueno, en ese momento no sabía cómo estaba, porque casi nunca me había mostrado sus sentimientos. Era como un robot que seguía un plan trazado y no era capaz de cambiar de rumbo y yo estaba completamente fuera de mí y perdiendo el control cada vez con más claridad.

-Creo –empecé a decirle, dolida y con un ligero temblor en la voz –que te hubiese querido más de haber sabido que mi padre también me quería. Tú y yo nunca hemos coincidido en nuestros gustos y ambiciones, pero al menos, te habría respetado. Ahora mismo, todo eso ha desaparecido. Me has robado a mi padre y eso es algo que no sé si alguna vez podré perdonarte.

-Hija…

Mi madre se levantó y se acercó a mí, pero yo me puse en pie también… y retrocedí unos pasos. Mi madre volvió a intentar acercarse y esta vez, me quedé quieta. Sentía rabia, ira, odio… y aquella mujer que tenía delante era el objetivo.

-Gillian –me dijo en voz baja -. He sido… muy egoísta, lo sé. Pero trata de entenderme.

Cuando conocí a tu padre, me pareció un hombre encantador; honesto, sencillo, lleno de vida… Pero las mismas cualidades que me llevaron hacia él, también acabaron con distanciarnos porque yo deseaba evolucionar y él..., él era feliz con lo que tenía. Solo había una cosa que nos unía. Tú. Pero también en eso tenía yo las de perder porque preferías su mundo al mío. Yo… solo quería tenerte un poco más conmigo.

A pesar de que respiraba rápidamente, como si estuviese a punto de estallar, mi mente empezó a funcionar lo suficientemente bien como para darme cuenta de que lo que estaba diciéndome era totalmente lógico. ¡Qué madre no habría intentado atraer a su hijo hacia ella, a cualquier precio! Entonces, si eso era así, ciertamente me quería. Quizás no como haría una madre normal, porque mi madre de normal tenía más bien poco, pero a su manera, me estaba demostrando cuánto le importaba.

¡Pero a qué precio! ¡Me había perdido a mi padre! Y ahora… ¿también a mi madre? Porque la odiaba; sentía que la odiaba.

Eso hacía una locura que estuviese allí. Cómo iba a pedirle un favor cuando no podía soportar su presencia.

-Tu padre y yo lo acordamos solo para darte tiempo a que le perdonases. Nunca me contó lo que había ocurrido entre los dos; solo me dijo que os habíais enfadado y que no sabía si alguna vez le perdonarías. Por eso dejamos que fueses tú quien tomases la iniciativa. Él… también era muy terco, como tú, y no iba a dar su brazo a torcer.

-Sí, era igual de terco que yo, pero siempre me dejaste pensar que no me quería.

-No, Gillian, querida mía. Solo te dije lo que tú querías escuchar. Jamás te mentí con respecto a él.

En eso debía darle la razón; mi madre me hablaba mal de mi padre, pero no para señalar que era una mala persona, sino intransigente, y yo no olvidaba nada de lo que había sucedido. En aquellos momentos, la idea de haber perdido a mi padre y estar a punto de perder a mi madre también se cruzaron en mi cabeza, haciendo que todo a mi alrededor se sintiese como si estuviera a punto de explotar.

A pesar de mi profesión, era mucho más visceral de lo que la gente pensaba y aquel pensamiento de pérdida doble fue demasiado intenso para mí. Por eso, finalmente, abrí los brazos, me lancé entre los de mi madre y dejé que mis lágrimas cayesen sin control, mientras sollozaba ruidosamente.

Sentí las manos de mi madre en mi espalda y la calidez de su mejilla junto a la mía, mientras esperaba que a lo lejos, Anne estuviera viendo aquella escena, compartiendo así, de alguna manera, el intenso momento. Sería ella quien tendría que intentar arreglar el profundo desgarrón que tenía mi corazón; por Helen, por mi padre, por mi madre…

-Hija, tranquila. No pasa nada. Perdóname, cariño. Nunca quise hacerte… -empezó a decir mi madre, aunque yo no le permití que terminara.

-Calla, mamá. Calla.

Solo necesitaba abrazarla y sentir que estaba allí. Solo eso. No quería perder a mi madre y descubrir años más tarde, que ya no podía hacer nada para demostrarle cuánto la quería.

Sorprendentemente, la situación entre mi madre y yo se había solucionado. No es que fuésemos a arreglar años de desencuentros y la rabia que sentía por todo lo que me había perdido, en un momento, pero sí que sentí que todavía la quería; que a pesar de todo, seguía viéndola como mi madre. Además, como punto a su favor, aceptó con mucha naturalidad a Anne y eso para mí era lo más importante en aquellos instantes. Si la hubiese rechazado, no habría forma humana de volver a unirnos.

Cuando volví al lado de Anne, la abracé y le conté todo lo que había sucedido. De nuevo volví a llorar, de felicidad y alivio, y Anne me imitó, haciendo que sintiera como una completa idiota. Despue´s de todos los años que había pasado maldiciendo la memoria de mi padre y pensando que mi madre no me quería, la única verdad era que ambos me amaban y que no siempre nos comprendíamos.

Una hora después, había un traje para Anne y en no demasiado tiempo más, las dos estuvimos listas para la gala. Ni ella ni yo éramos de perder demasiado tiempo en arreglarnos, pero en cuanto la vi, todo pareció perder su importancia, y es que me pareció la mujer más bella de la tierra. Dentro de aquel vestido rojo chillón, perfectamente peinada y suavemente maquillada, no había otro adjetivo para ella.

-Estás preciosa –le dije, acercándome a ella sin poder apartas mis ojos de sus hermosas curvas y su delicados labios.

-No digas tonterías. Me siento totalmente fuera de lugar. Tengo la sensación de que el vestido se me va a caer en cualquier momento y que voy a tropezar y caerme al suelo de bruces gracias a estos tacones.

Levantó la pierna y me enseñó unos elegantes zapatos de tacón blancos, que no eran precisamente más alto que los que llevaba yo.

-Tú sí que estás preciosa, o más bien, eres preciosa.

Anne se acercó a mí y ambas nos fundimos en un beso intenso, aunque sin llegar a los extremos que a ambas nos gustaría. El pintalabios no permitía mucho más.

-Es una lástima que tengamos que irnos –le dije, cubriendo su rostro con besos suave y lentamente.

-Mmmmm. Sí, es una pena, pero siempre habrá tiempo después. Si te portas bien, quizás deje que me desvistas –replicó Anne, mirándome de aquella manera juguetona que ya empezaba a conocer.

-En ese caso, será mejor que nos vayamos ya. Así podremos regresar antes –le dije, agarrándola de la mano para marcharnos.

Abajo nos esperaba de nuevo la limusina de mi madre, que ya se encontraba en el hotel en el cual iba a tener lugar la gala. No tenía costumbre de dejarme llevar, pero extrañamente, en aquel momento no me importaba demasiado. Me sentía demasiado bien como para protestar por ello. Además, hicimos el viaje cogidas de la mano y eso era una buena señal, como si nada ni nadie pudiera estropear aquel momento perfecto que habíamos logrado.

Casí me sentí mal por estar olvidándome del problema de los Cantrel y centrándome solo en mí, pero… lo necesitaba.

Cuando llegamos, el hotel era un hervidero de gente importante, lo cual podía deducirse por la gran cantidad de fotógrafos apostados en la entrada. El coche se detuvo justo en la alfombra roja y yo miré a Anne.

-Vaya. Esto es lo último que me esperaba –le comenté, mirándola, insegura -. No sé si…

-No seas tonta. A mí no me importa. Además, no nos conoce nadie, ¿no? ¿Qué más da que nos tomen fotos?

-No es algo que me apasione precisamente. Me refiero a ser el centro de atención.

-Bueno, todo es acostumbrarse –me respondió. Entonces hizo algo muy propio de ella. Me dio un beso en la mejilla, abrió la puerta de mi lado y salió en primer lugar, pasando por encima de mí, para a continuación ofrecerme la mano.

Alargué la mano, y el tacto delicado de sus dedos, el mismo que había sentido por todo mi cuerpo, fue suficiente para hacerme estremecer y olvidarme del miedo escénico. Salí del coche

entre flashes, como si fuésemos un par de estrellas de cine, agarramos nuestras manos y deslizamos por aquellos pocos metros como si nada de todo aquello pudiera afectarnos.

En aquel momento parecía estar haciendo justamente lo que más odiaba, pero lo peor de todo era que no me importaba, porque a mi lado tenía a la mujer más maravillosa del mundo.

Lo que nunca había sido capaz de hacer, mostrarle al mundo entero como era, lo estaba haciendo en ese preciso momento, y sin duda alguna todo se lo debía a Anne. Ella conseguía extraer lo mejor de mí, ahuyentar mis miedos y despertar un amor incondicional por todo cuanto la rodeaba. Si había estado esperándome durante tanto tiempo, como podía yo no corresponderle al menos sin negar lo que sentía por ella, a pesar de las posibles miradas de reproche que pudiésemos recibir.

El lugar estaba lujosamente decorado y definitivamente, no teníamos nada que ver con él. Apreté la mano de Anne y me incliné hacia ella.

-Preferiría estar en nuestra casa antes que aquí. No entiendo como a la gente le puede gustar esto –le dije.

Anne me miró y sonrió.

-Me encanta que hayas dicho “nuestra casa” –me respondió ella, besándome en la mejilla -. Y sí, estoy de acuerdo contigo. Yo tampoco lo entiendo. Hay gente muy extraña por el mundo.

Su comentario me hizo reír ligeramente, pero continuamos caminando hasta llegar al salón principal. En su interior, estaba sin duda la flor y nata de la ciudad. Había mesas redondas para cinco o seis personas y al fondo, distinguí a mi madre y su nuevo marido, que hablaban con una pareja que sin duda, tenía aspecto de ser influyente.

Mi madre no tardó en vernos, se disculpó y se acercó a nosotras.

-Gracias por venir –le susurre a Anne, antes de que llegase.

-No me lo hubiese perdido por nada del mundo –me dijo ella.

Segundos más tarde, llegaba mi madre.

-Cuanto me alegra veros aquí –nos dijo, dándome un abrazo a mí y después a Anne -. No sabes lo que significa que hayas venido.

-Pues tú debes saber que este no es mi ambiente y que todo esto no va conmigo.

-Claro que lo sé. Precisamente por eso le doy tanto valor. Venid conmigo.

Mi madre nos guió hasta llegar a Michael.

-Querido. ¿Recuerdas a Gillian?

Cuando se casaron, yo ni siquiera asistí a la boda. Eso provocó un duro enfrentamiento entre las dos que sin embargo, quedó en el olvido en cuanto fui a una pequeña reunión para sus amigos más íntimos. En total lo habría visto únicamente en un par de ocasiones nada más, pero siempre me había llevado la misma sensación.

Era un hombre de maneras elegantes, atractivo a su manera, y de mirada penetrante. Me parecía que ocultaba mucho más de lo que decía por lo que no confiaba demasiado en él, aunque tampoco es que me quitara el sueño, puesto que no tenía nada que ver conmigo.

-Claro. Hola, Gillian. Muchas gracias por venir. Sé que no te gustan nada esta clase de reuniones.

-La verdad es que no. Pero es por una buena causa.

En ese momento, la causa no era mi madre sino Anne, aunque no tenía muy claro si él se daba cuenta de ello.

-Ella es Anne Cantrel–le dije, sin darle más detalles. Durante una fracción de segundo pensé en incluir que se trataba de mi novia, pero me pareció una manera algo infantil de presentarla y ninguna de las dos nos merecíamos que se nos viese como dos crías, sino como dos mujeres

adultas.

-Mucho gusto, Anne. Ya tenía ganas de conocerte.

-Pues… aquí estoy –dijo nerviosa, Anne.

La situación distaba mucho de ser normal, pero los cuatro parecíamos intentar que eso no se notara demasiado y yo hice mi mejor esfuerzo.

-Mi madre me ha comentado que todo esto es para ser gobernador. ¿Es así?

-Pues… sí, sí, es precisamente para eso. Me temo que va a ser una campaña larga y complicada, pero espero conseguir apoyos suficientes, y desde luego, sería una bendición contar con tu ayuda.

Y ahí se acaba la normalidad, pensé.

-Yo no formo parte de este mundo y más allá del día de hoy prefiero permanecer en un segundo plano. Seguro que mi madre ya te ha explicado que soy una persona muy poco diplomática, así que dudo que te convenga tenerme cerca.

-No creas, no creas. Tu presencia podría darle justo el empujón que necesito.

Sus ojos se desviaron un instante hacia Anne y entonces comprendí que su propuesta era utilizar nuestra imagen para atraer a un electorado con el que hasta entonces seguramente no había contado.

Pues hasta ahí podíamos llegar.

Obviamente, mi respuesta iba a ser la que se merecía, y Anne se dio cuenta porque clavó sus uñas en mi antebrazo para impedirlo, pero no fue ella sino la llegada de otra persona, quien lo impidió.

-Buenas noches, Michael.

-Hola, Will. ¡No sabía que ibas a venir! ¡Me alegra que lo hayas hecho!

Para mi sorpresa, *Will* no era cualquier persona, sino mi antiguo superior. No había vuelto a hablar con Shepherd desde que había abandonado la agencia y su presencia, que era lo último que esperaba, me puso nerviosa.

-Señorita Murphy, es un placer volver a verla.

-El placer es mío, señor –dije, hablándole instintivamente como si todavía estuviese bajo sus órdenes.

Shepherd se rió.

-Ya no soy su superior, señorita Murphy. Puede llamarme William.

-Eso… estaría bien, William. Esta es mi pareja, Anne Cantrel.

Esta vez si la presenté como se merecía, quizás porque me sentía más cerca de Shepherd que del marido de mi madre, aunque me di cuenta de que estaba haciendo lo que Helen siempre quiso y yo no me atreví. Aquello hizo que me sintiese culpable, además de una auténtica estúpida.

-Encantado, Anne.

-Igualmente.

-Gillian, ¿podemos hablar un momento? –me dijo entonces Shepherd, cogiéndome con la guardia baja.

-Eh… sí, claro. Disculpadme un momento.

Shepherd siempre había sido un hombre reservado pero en quien confiaba profundamente. No sabía muy bien de qué deseaba hablar, pero no desconfié de él y por eso caminé a su lado sin albergar dudas de ningún tipo.

-¿Cómo se encuentra? Muchas veces he pensado en llamarla, pero no sabía si se sentiría mal por ello.

-Claro que no. Me habría gustado. Pues estoy… -empecé a decirle, desviando entonces mi

mirada hacia Anne, que hablaba con total naturalidad con mi madre y Michael. Mi marcha a Ridge Oak no me había salvado de la autodestrucción, sino ella. Ella y su perseverancia -... Estoy bien, gracias. Creo… que lo he superado.

-Me alegra saberlo, porque tengo una proposición para usted. Me gustaría que regresara a la agencia.

-¿Cómo?

No creo que pueda expresar con palabras la sorpresa que sentí ante el ofrecimiento de Shepherd. Volver a la agencia era algo que jamás se me había pasado por la cabeza, sobre todo por los recuerdos, los malos recuerdos que me generaba estar rodeada de agentes ambiciosos y completamente ignorantes del peligro.

-Creo que ha llegado el momento. Es usted una agente excepcional, Gillian, si me permite que se lo diga. Lo que sucedió le ha ocurrido a docenas de agentes, y continuará ocurriendo siempre que intentemos hacer nuestro trabajo, pero no desmerece el suyo ni mucho menos. Así que hay un lugar para usted… si lo quiere.

No supe que decir.

Me había ido porque me sentía culpable y no deseaba ser responsable de la vida de nadie más, pero en aquellos momentos, aquel ofrecimiento me pareció atractivo, lo suficiente como para no negarme en rotundo.

-Tampoco tiene por qué responderme ahora mismo. Piénselo y cuando disponga de un momento, llámeme para hablar de ello.

No fui capaz de hacer otra cosa que asentir con la cabeza. Después, regresé al lado de Anne, que me miró preocupada. No sabía si era más difícil hablarle del ofrecimiento o de que yo me había sentido tentada por ello.

CAPÍTULO 15

La gala consistió en varios discursos, uno detrás de otro, que junto con la propuesta de Shepherd consiguieron que se me indigestara la cena. Al menos, entre mi madre y yo se había establecido un alto el fuego que esperaba fuese definitivo. Claro que todavía no nos había resuelto lo que habíamos ido a buscar, pero sabía que no se le había olvidado, ni a mí tampoco, por supuesto. Sin embargo, la propuesta de Shepherd me causó la suficiente sorpresa e inquietud como para no dejarme comer tranquila o disfrutar al menos de la visión de Anne.

Cuando por fin todo hubo acabado, los cuatro, mi madre y Michael, Anne y yo, subimos a la misma limusina y fue ahí en donde hablamos de lo que de verdad importaba, al menos para nosotras dos.

-Bueno, y ahora que ya ha terminado todo, hablaremos de vuestro problema –dijo Michael en cuanto arrancó el vehículo -. He estado indagando sobre ese hombre que tiene en jaque a tu familia, Anne, y es… peligroso. A pesar de lo que pueda parecer, tiene muchos contactos en Washington.

-No sé por qué no me extraña –comentó Anne, que continuaba resplandeciente.

A mí tampoco me extrañaba. Siempre había pensado que aquella seguridad que mostraba no era solo porque tenía a un hombre como el sheriff en su nómina, sino a causa de una protección que iba mucho más allá. Si Michael lo decía, era porque efectivamente, era así.

Por lo tanto, acabar con él no iba a resultar nada sencillo.

-El problema es que tiene todo el derecho del mundo a reclamar lo que es suyo. Esos pagarés tienen validez legal –continuó diciendo Michael.

Yo me temía algo parecido. La ley no dejaba demasiados resquicios cuando se trataba de pagar. Estaba diseñada precisamente para eso. Pero lo que buscaba no era un camino, sino un atajo. En la política, esos eran los mejores, los que siempre aparecían cuando era necesario y los que la mayoría tomaba, porque casi siempre ofrecían ventajas inesperadas, arriesgadas, pero con beneficios enormes.

-Yo no quiero acabar con él, sino hacerle alguna clase de oferta que le haga abandonar la idea del rancho Cantrel –comenté. Michael me miró con cierta sonrisa.

-Y eso es precisamente lo que puedo ofreceros.

-¿A qué te refieres? –pregunté yo, interesada.

-Lo que quiere son esos terrenos. ¿Sabéis por qué? Es muy sencillo. Hay una petición para construir en ese lugar un enorme centro comercial y una red de carreteras que lleve hasta los pueblos colindantes. Vuestras casas están justo en medio del plan y por eso las necesita. Pero antes de comprar necesita los permisos adecuados y creedme si os digo que tengo influencia en el comité que se encarga de gestionarlo.

Me recosté en el asiento sin dejar de mirar a Michael, por vez primera como un auténtico salvador. Todo podía arreglarse… gracias a él.

-Si quiere esos permisos, tendrá que hacer algo más que conseguir los terrenos –continuó diciendo.

-Pero… eso no solucionará nada –dijo entonces Anne, nerviosa -. Mi padre habrá perdido igualmente su rancho y para qué. ¿Para qué lo use como basurero?

-Anne, tranquilízate. Conozco a los hombres como él. Si no logra lo que quiere, no se moverá. Es inteligente y lo último que le interesa es crearse enemigos. Pero si le convencéis de que podría

conseguir esos permisos… para otro lugar de su elección, eso le daría el interés suficiente para olvidarse de ello.

Michael me miró fijamente y me entregó un documento doblado que sacó de su bolsillo.

-Gillian, tienes que hablar con él y decirle que esto es lo que le ofrezco por las buenas… y nada por las malas. ¿Podrás hacerlo?

Desdoblé el papel e identifiqué rápidamente que se trataba de un mapa de superficie de Ridge Oak y sus alrededores, con una extensa zona rodeada en rojo.

No tenía nada que ver con nuestros ranchos y estaba lo suficientemente lejos como para no suponer un problema.

-¿Esta zona… está libre? –le pregunté.

-No. Es terreno del gobierno dispuesto a salir a subasta, pero no lo ha hecho hasta ahora porque sabíamos que sería utilizado como pasto y no nos llevaría a ninguna parte. Ahora bien, si se construyese allí algo interesante… eso sería diferente. Ese hombre podría comprarlo sin muchas trabas.

Aquello era muy complicado para mí. La política siempre era algo de lo que había huido. Pero ahora… no me lo podía permitir.

Era una estrategia que podía dar resultado. Dalen era un hombre peligroso, pero también práctico. Si veía beneficios en lugar de problemas, existían muchas posibilidades de que lo aceptara, y sin embargo, también me parecía ver un problema en todo aquello.

No parecía ser del tipo de hombre al que le gustara perder.

-Está bien, se lo diré –le confirmé, guardándome el documento y cogiendo de la mano a Anne -. Sé que habéis hecho cuanto habéis podido. Muchas gracias por todo.

-No hay de qué. En política, nunca se ganan suficientes favores –me respondió Michael con una sonrisa que sin duda, escondía mucho más de lo que me gustaba pero que en aquellos instantes, no podía permitirme el lujo de no responder de la misma manera.

Mi madre insistió mucho para que nos quedásemos, así que no tuve más remedio que aceptar. Después de nuestro reencuentro, de haber medio aclarado las cosas entre nosotras y la ayuda de Michael, resultaba difícil negarse. Pero llegamos tarde y caímos rendidas en la cama, de manera que ni siquiera me di cuenta que estábamos durmiendo juntas. Solo sentí el calor que transmitía su cuerpo, la calidez de estar junto a ella, y al cerrar los ojos, todo desapareció en un segundo.

Nuestra partida fue bastante diferente. Llevaba en mi equipaje una buena cantidad de emociones renovadas, como por ejemplo, una nueva relación con mi madre, en la que entraba por primera vez mi padre, y también una solución para ayudar a los Cantrel, lo que podía decantar finalmente todo hacia ellos y solventar sus problemas para siempre.

Recuerdo que el viaje fue largo y monótono, pero que aún así, disfruté enormemente por hacerlo junto a Anne.

-¿Estás cansada? –me preguntó cuando ya no nos quedaba mucho para llegar.

El traqueteo del autobús no me permitía dormir, pero echada sobre el hombro de Anne, todo parecía mucho mejor.

-Un poco, la verdad. Lo único en que pienso es en llegar a casa, darme una buena ducha y dejar que el tiempo pase.

-Mmmm mi pasatiempo favorito –me respondió Anne con su eterna sonrisa, la misma que hacía que me deshiciese al instante en múltiples pedacitos, cada uno de los cuales, llevaba una parte de mi corazón.

-Sé que lo de tu hermano es importante, pero es que ahora mismo solo puedo pensar en ti –le dije.

-Eres un sol.

-Solo para ti.

Cuando llegáramos, nuestros planes eran irnos a mi casa y descansar, para al día siguiente acercarnos al Rancho Cantrel y a la Comisaría… y a ver a Dalen.

Pero todo se fue a la mierda en cuanto se abrieron las puertas del autobús. No habríamos dado más de dos pasos una vez descendimos de él cuando Alex apareció delante de nosotras.

-Comisaria… Anne. Señora, tenemos… un problema.

Que Alex estuviese ahí, esperándonos, era no solo inesperado, sino la demostración palpable de que lo que fuese que ocurría, era grave, lo que me hacía preguntarme… ¿tan grave para no llamarme?

-¿De qué se trata? –le pregunté, mientras dejaba la bolsa en el suelo y a nuestra espalda, se marchaba el autobús.

-Es… el hermano de la señorita Cantrel. Se encuentra en el interior del Casino y tiene a varios rehenes a punta de revolver.

Mi mano se cerró entorno a la de Anne con fuerza, y mi mandíbula se tensó para darme tiempo a hablar. Como Comisaria, mi obligación estaba más que clara, pero al tratarse de Don, ¿cómo reaccionaría Anne?

-¡Dios mío! –exclamó ella, al tiempo que se arrimaba más a mí.

Yo no quería ni pensar en todo lo que podía salir mal con aquello, de las implicaciones de la situación y las posibles soluciones. Como agente del FBI había estado en situaciones parecidas, pero nunca con un interés personal.

Ahora se trataba precisamente de eso; era muy personal.

Pero no podía hacer otra cosa que ponerme en marcha. No había tiempo que perder y la información debía realizarse por el camino. A partir de ese momento, era la Comisaria Murphy.

-¿Qué medidas habéis tomado? –le pregunté a Alex, que se colocó a mi lado, mientras caminábamos hacia el vehículo policial.

-Las típicas. Todos los accesos están cerrados y las comunicaciones desde el interior y hacia el casino cortadas. Sabía que llegabais hoy, así que decidí esperar antes de hacer algo. No obstante, he hablado con Don. Está… obcecado y no quiere tratar con nadie. Solo desea que Dalen le anule los pagarés y hasta que no lo haga, no soltará a nadie.

-Mierda.

-Gil, Gil, tienes que hacer que salga. Tienes que conseguir que Dalen firme esos pagarés –me pidió entonces Anne. Alex y yo nos detuvimos y nos giramos hacia ella.

-Anne, yo puedo pedirle que anule los pagarés, y no te quepa la menor duda de que así lo haré, pero no depende de mí hacerlo. En lo que a mí concierne, la prioridad debe ser la gente del interior. Hay gente allí dentro, personas que pueden salir heridas… o algo peor..

-Mi hermano está en el interior –dijo entonces, llena de rabia, como jamás la había visto antes.

-Y haré todo lo que pueda porque salga con vida, pero quiero que recuerdes esto. Él y solo él se ha metido en esta situación y yo tengo una responsabilidad.

-Entiendo. Me estás diciendo que es prescindible y que si tienes que pegarle un tiro lo harás, ¿verdad?

Era demasiado crudo lo que acababa de decir, demasiado directo y a la vez, por desgracia, completamente real. Cuando alguien tomaba una decisión como aquella lo hacía por un puro acto de desesperación, porque no tenía nada qué perder. Eso era algo que Anne no acertaba a comprender o más bien, que aún no se había atrevido a pensar, pero yo había sido testigo de unas cuantas situaciones como aquella y sabía perfectamente que era así.

Pero reaccioné mal.

Su dureza a la hora de decirlo, pero sobre todo, su mirada, llena de desprecio, eran demasiado fuertes para mí.

-Yo… no es… -intenté decir, haciendo un esfuerzo por minimizar el devastador efecto que estaba teniendo en ella y a la vez, darle un soplo de esperanza.

No tuve ni una sola oportunidad.

Anne me soltó y rápidamente comenzó a correr hacia el casino, dejándome junto a Alex.

La desolación que en esos momentos experimentaba era únicamente comparable a la que había sentido cuando el cuerpo de Helen yacía entre mis brazos. Era diferente, por supuesto, pues Anne no había muerto, pero me rompió el corazón como si lo hubiese partido por la mitad con un hacha.

Dolía más de lo que jamás habría esperado.

-Lo siento mucho, Gil. No sabía que ella iba a reaccionar así –me dijo Alex, con una voz que me pareció casi totalmente irreal, mientras continuaba contemplando la marcha de Anne. Nunca hasta ese momento me había sentido tan sola, tan abandonada, salvo al perder a Helen.

-No es culpa tuya –conseguí decirle a Alex, sin saber qué demonios iba a hacer ahora.

Tardé en darme cuenta de que en realidad, Anne ya había desaparecido y que Alex estaba tirando de mí para irnos hacia el coche. La miré sin llorar, porque no tenía lágrimas suficientes, pero no creo que hiciese falta. Ella me comprendía.

Cuando entré en el coche, me encontraba en modo zombie. Era como si en realidad no me encontrase allí y todo lo que me estaba ocurriendo fuese una especie de sueño o algo por el estilo.

Simplemente, no era capaz de asimilarlo.

Oí la puerta del coche abriéndose, sentí a Alex ocupando el asiento del conductor y de nuevo escuché la puerta cerrándose. Entonces me giré hacia ella.

-No tiene razón, Gillian, pero ahora mismo no está en disposición de darse cuenta. Lo único en lo que puede pensar es en su hermano.

-Lo sé. Sé que Don es todo lo que le preocupa en estos momentos, pero no le ha costado nada dejarme de lado y ponerme en entredicho, nada. Creo que eso ha sido lo más duro; bueno, eso y pensar que yo fuese a actuar como si no me importase.

Negué con la cabeza.

Parecía como si hubiese estado viviendo en un castillo de naipes que de repente se derrumbara ante la primera brisa y eso era verdaderamente difícil de aceptar. Todo lo que había recuperado durante mi estancia en Ridge Oak había desaparecido como si alguien me lo hubiese arrebatado mientras dormía… o mejor, mientras soñaba.

-Está bien, vamos al casino. Veamos si podemos resolver esto de alguna manera que no sea un completo desastre –le indiqué a Alex.

El casino estaba poco más o menos que colapsado. Seguramente, todo el pueblo al completo, además de algún invitado adicional, se encontraba en los alrededores, expectante de lo que pudiera pasar. Algunos de los que allí se encontraban sí que estarían preocupados de verdad. Había personas en el interior, con familia fuera. Pero la mayoría eran simples mirones.

Pero de entre todos ellos, los que verdaderamente me preocupaban eran los Cantrel, que seguramente se sentirían acuciados por un sinfín de sentimientos encontrados, con gente a su alrededor que de alguna manera les considerarían como los principales responsables de todo aquello, a pesar de que yo sabía, y seguramente los demás también, que todo era cosa de Don y de nadie más, de su propia debilidad y de gente como Dalen que sabía aprovecharse de ella.

En cuanto salí del coche, me di cuenta de que la situación estaba a punto de explotar. Anne y el resto de los Cantrel me vieron llegar y se volvieron para mirarme, pero fueron los ojos de Anne los que me destrozaron por dentro. En aquel momento sentí que éramos dos extrañas y que todo cuanto nos había unido, incluso durante los años de separación, sencillamente ya no estaba.

Quizás cuando acabase todo aquello, debiera aceptar la oferta para regresar a la agencia y volver a encontrarme conmigo misma en otro lugar, y lejos de un pasado que parecía haberme dado una auténtica patada en el culo.

Pero ahora mismo, tenía una responsabilidad, no solo con los que estaban dentro, sino con el cargo que ocupaba, y también con Don, aunque Anne no supiese verlo, en la medida de mis posibilidades.

Me abrí paso hasta el otro coche de policía que estaba dispuesto en posición horizontal, delante de la puerta, y en donde esperaba agachado, Zach.

-Bueno, Zach. Explícame lo que ha sucedido.

-Ah, hola Comisaria. Pues hace cosa de dos horas Don Cantrel entró en el casino con su escopeta para intentar que el señor Dale anulara sus pagarés. Por lo visto Dale se negó y entonces empezó a disparar en todas direcciones y a amenazar a todos. Los clientes consiguieron huir y también algunos de los trabajadores, pero no tardó mucho en cerrar las puertas. Que sepamos, retiene aún a varios trabajadores del casino, al Comis… quiero decir, a Henricks y al señor Dalen.

Resoplé. La situación era complicada y no veía demasiadas opciones, puesto que en el peor de los escenarios, Don no solo dispararía a Dalen sino que me obligaría a mí a hacer lo mismo.

Como todas las situaciones con rehenes, era complicada, solo que en aquel caso, sentía que lo era mucho más.

Miré de nuevo a los Cantrel y como se abrazaba Anne a su padre y supe que con independencia de lo que ocurriese entre nosotras dos, me debía a ella, y que tenía que intentarlo todo. Anne me había demostrado que yo no estaba por encima de su familia sino como mucho, un escalón por debajo, pero no creía que todo cuanto me había dicho y lo que habíamos hecho, fuese algo simulado. Simplemente, no había visto que yo no era tan importante para ella como pensaba.

-Está bien. Este es el plan. Voy a entrar a hablar con Don, desarmada –dije, y levanté la mano para callar las protestas que tanto Alex como Zach estaban empezando a soltar -. Sabemos lo que quiere y también que no está en su naturaleza matar a nadie. Solo debemos conseguir que comprenda un poco mejor la situación y darle un halo de esperanza.

Acto seguido, le entregué mi arma a Alex, que me miró como si me dirigiese a mi propio funeral.

-No me mires así, Alex. No me ocurrirá nada.

-Bueno, eso es lo que tú dices pero no todas podemos estar tan seguras como tú.

Estaba a punto de rodear el coche policial para dirigirme hacia la entrada, cuando sentí el brazo de Alex deteniéndome.

-Ten cuidado, ¿de acuerdo?

Al ver su rostro lleno de preocupación y oír sus palabras, sentí como si estuviese mirando los ojos que me devoraron años atrás, como si el tiempo no hubiese transcurrido entre las dos y no hubiese habido nadie más. No me esperaba aquello y tardé en reaccionar, confusa por lo que me estaba sucediendo.

Alargué una mano para tocar el brazo de Alex y le sonreí, intentando más que tranquilizarla a ella, conseguir calmarme a mí misma, y a continuación, salí de la protección y caminé, insegura,

hacia la puerta del casino.

No había dado ni tres pasos cuando oí algo detrás de mí y al girarme, los brazos de Anne me rodearon con fuerza, mientras sus labios presionaban los míos con más pasión que nunca. Quizás no me importó que medio pueblo estuviese mirando o simplemente es que no tuve tiempo de pensarlo, pero respondí de idéntica forma y ni siquiera oí los vítores que lanzaban muchos y muchas de los que allí estaban, como si formásemos parte del espectáculo.

No me esperaba eso más de lo que lo había hecho con Alex.

-Pero… -balbuceé.

-Oh, lo siento, Gil, lo siento mucho. No me hagas caso. No quiero que te ocurra nada ahí dentro. Yo… soy una imbécil. Mi hermano también pero él… es mi hermano, ¿no lo entiendes? Pero al verte dispuesta a entrar ahí me he dado cuenta de que estaba actuando como no tenía que hacerlo. Te amo y no quiero vivir sin ti.

Aquellas palabras eran todo lo que necesitaba para recuperar la tranquilidad, y a pesar de todo lo que había sufrido en aquellos minutos de confusión, logré sonreírle.

-Yo también te amo. Eres toda mi vida. No sabes lo mal que mes ha hecho sentir.

-Yo… lo siento… de veras… -empezó a disculparse, sollozando. Entonces coloqué mi dedo índice sobre sus labios.

-Shhhh. No importa ya. No te preocupes.

- Tendrás mucho cuidado, ¿verdad? Quiero decir, por favor, intenta ayudar a Don… pero no te arriesgues. ¿Me lo prometes?

Toda la confusión que sentía por lo que había visto en Alex y que me había asustado al poner en duda mis sentimientos, desapareció completamente. Su dulzura era solo comparable al amor que sentía por ella, mucho antes incluso de que acertase a comprenderlo. Instintivamente, desvié la mirada solo una décima de segundo, justo hacia donde se encontraba Alex, por quien inevitablemente sentí lástima, dado que jamás la amaría como amaba a Anne, y rápidamente, pasé a concentrarme en la única mujer que me importaba.

-Te prometo que haré todo lo que pueda para ayudar a Don… y que regresaré a tu lado sin un solo arañazo –le aseguré, segura de que tenía que regresar a esa pequeña cabaña que teníamos ella y yo, la única en la que había logrado ser yo misma, fabricada a base de anhelos que el tiempo se había encargado de mantener con vida, incluso cuando ninguna de nosotras conservaba noción de ello.

-Te veré en un momento –le dije, sin darle un beso ni despedirme de ninguna otra manera, porque no quería transmitir algo que sonase como el último acto de Gillian Murphy antes de morir en cumplimiento de su deber.

Me di la vuelta y reanudé la marcha, sintiendo que aquellos tres metros que me separaban de la puerta eran mucho más difíciles que cualesquiera que hubiese recorrido en mi vida, al concentrarme en no mirar atrás y tampoco pensar en la posibilidad de que algo saliese mal.

Finalmente, llegué a la puerta, la abrí y entré en el casino.

Era el momento de la verdad.

Todos los rehenes estaban sentados en el suelo, con las miradas temerosas y los cuerpos en tensión. Había cuatro mujeres y cinco hombres, incluyendo al *bueno* del excomisario Henricks y por supuesto, a Carson Dalen, que a pesar de estar junto a los demás, parecía mantener una mirada casi indiferente, como si aquello no le afectara en lo más mínimo.

Don se paseaba nervioso por delante y los alrededores de todos ellos, con una escopeta de caza en sus manos aunque al verme, me apuntó directamente al pecho.

-Ah, Comisaria. Me preguntaba cuándo aparecería –dijo Dalen, visiblemente satisfecho.

-¡CÁLLESE, DALEN! –le gritó Don, que parecía un manojo de nervios y no dejaba de mover las manos -. No te muevas Gillian. No quiero hacerte daño pero un solo movimiento y dispararé.

-No voy armada, Don –le dije, girando sobre mí misma y levantándome la chaqueta para que pudiese verlo.

Cuando terminé de dar la vuelta, volví a dejar la chaqueta en su lugar y miré a Don.

-¿Puedo acercarme? –le pregunté, adoptando un tono calmado.

-N-no, será mejor que no. P-puedes decirme lo que quieras desde donde estás y marcharte. Ya sabes lo que quiero.

-Sí, lo sé. Y tú sabes que esta no es la solución. Aunque Dalen accediera a hacer lo que le pides, no sería válido legalmente porque lo harías a través de coacción y además, irías a prisión.

-Eso he intentado decirle, Comisaria, pero no parece que…

-¡CA-LLE-SE-DE-UNA-VEZ! –volvió a gritarle Don, que parecía cada vez más cerca de perder el control. Por otro lado, me pareció percibir en Henricks miradas de vigilancia, como si estuviese esperando a disponer de la oportunidad para saltar. Eso no me gustaba absolutamente nada.

-Don. Don, por favor, escúchame –empecé a decirle, mientras me aproximaba a él muy lentamente, con los brazos separados -. Tu padre y tu hermana están ahí fuera, muy preocupados. No les importa lo que hayas hecho pero si te ocurre algo… no podrán superarlo. Tienes que pensar en ellos también.

Don empezó a llorar.

La tensión por lo que había estado pasándole y ahora, a causa de la decisión que había tomado, le pasaba factura; yo solo podía pensar en intentar salvarle de un disparo fortuito, pero en realidad, era la cárcel lo que le esperaba en el mejor de los casos y quizás podía hasta pasar el resto de sus días, pero a cada minuto que pasaba sabía que sería más consciente de la situación en la cual se había metido y que no había una solución buena a todo aquello sino únicamente… algunas peores que otras.

-Yo no quería… no quería esto. Solo deseaba que todo acabase. Él tiene la culpa de que yo esté así. Solo él. Debería matarle.

Al decir aquello, se giró con furia hacia Dalen, que apenas se inmutó, mientras todos los demás, a pesar de no encontrarse directamente en la línea de tiro, se apartaban un poco e incluso gritaban, asustados.

-Tranquilízate, Don. Podemos arreglar esto. Aún no ha salido nadie herido y todo ha quedado en un susto. Pero si continuas así, puede ocurrir algo y entonces ya no habría solución. Así que dame el arma, por favor, antes de que hagas una locura.

Aquella clase de escenarios no eran mi especialidad. Conocía los detalles sobre cómo afrontarlos, desde luego, pero era muy diferente a tener que desarrollarlos en persona y ver la posibilidad de que todo se desmoronara en cuestión de segundos. No sabía si conocer a Don en persona lo facilitaba todo o si por el contrario no era más que una complicación. Por un lado, comprendía muy bien cómo debía sentirse y lamentaba profundamente que se hubiese visto abocado a ello. Pero por el otro, hacía que intentara más que nunca salvar la situación sin que él mismo resultase herido y eso era mucho más difícil a cada momento; requería que me arriesgase, quizás sin necesidad para otros agentes que analizasen la escena.

En esos momentos me encontraba muy cerca del cañón del arma, que ya no me apuntaba directamente sino que estaba ligeramente inclinada hacia abajo. Quizás hasta podía arrebatársela directamente, pero no quería arriesgarme a recibir un disparo cuando sentía que Don estaba a punto de capitular. Pensaba que podía conseguirlo, pero como tantas veces suele ocurrir, las

cosas no siempre ocurren como uno espera.

En una fracción de segundo, Henricks decidió que yo estaba distrayendo a Don lo suficiente como para que él tuviese tiempo de ponerse en pie y reducirlo y todo se fue al infierno.

Al verlo de reojo, volví la mirada hacia él, al mismo tiempo que lo hacía Dalen y también Don.

-¡No, Henricks! –le grité.

Don solo tuvo que girarse un poco hacia él para encañonarlo directamente y yo me lancé hacia la escopeta para intentar desviarla hacia arriba y evitar una tragedia, pero no tuve tiempo de llegar. Nada más tocar Henricks el extremo del cañón, Don disparó, y el cuerpo del antiguo comisario salió despedido como si un vendaval hubiese impactado sobre él, haciéndole volar varios metros por el aire, antes de desplomarse en el suelo, muerto, y con una herida más grande que su cabeza.

Por mucho que todos creyésemos estar preparados para ser testigos de algo como aquello no fue así, desde luego, y un silencio sepulcral se hizo en el interior del casino, con las miradas absortas en el cuerpo sin vida de Henricks, no porque le importase a alguien, estaba bastante convencida de que aquel hombre tenía escasas cualidades que pudieran despertar la simpatía de alguien en el pueblo, sino por el impacto que supuso ver la muerte tan de cerca y en el caso de algunos, descubrir que no era la suya, sino afortunadamente, la de otra persona.

Los gritos de cuantos se encontraban allí, excepto Dalen, claro estaba, resonaron con fuerza por todos lados, rompiendo aquel instante confuso y haciendo que Don fuese consciente por fin de lo que había hecho; entonces volvió la escopeta hacia él mismo y la apoyó en la base de su barbilla.

Fueron únicamente unos dos o tres segundos los que pasaron entre el disparo y su reacción, y después la mía, pero parecieron toda una vida.

Rápidamente, alargué las manos y le arrebaté el arma a Don, demasiado tarde para evitar la tragedia, pero al menos, impidiendo que ocurriese alguna más, como la del propio Don. Sabía que deseaba morir pero esa no era respuesta; no podía serlo.

En cuanto lo hice, todos los que estaban allí, salvo Dalen, se levantaron y empezaron a correr hacia la salida entre llantos y gestos incontrolados debido al miedo, y la puerta se abrió, no solo para dejarles salir, sino para que entrasen Alex, Zach y detrás de ellos, Anne.

Dalen se puso en pie con mucha calma, controlando todos sus movimientos y mostrando una falta de empatía y de nervio que cualquier persona en su sano juicio interpretaría como propias de una persona a quien no le importaba nadie más que él mismo.

Don, en cambio, estaba hundido. Sollozaba sin control y se miraba las manos, sin entender bien lo que había ocurrido.

Al oír los pasos aproximándose a toda prisa, levanté una mano y volví la cabeza un instante.

-Tranquilos, ya ha pasado todo. Llamad al forense –les dije, mientras me reunía con Don y le abrazaba. Para él todo había terminado, aunque por delante le quedaría una vida muy diferente a la que conocía. Estaba segura de que no le condenarían a la pena capital porque había sido Henricks quien haciendo gala de un impresionante desdén por la vida de todos, se había lanzado a por él en el peor momento posible. Pero pasaría el resto de sus días en prisión, de eso no me cabía ninguna duda.

Lo moví mientras continuaba estremeciéndose a causa del dolor y la desesperación y se lo entregué a Zach para que lo llevase al coche. Después, me giré hacia Dalen. Sabía que Anne estaba allí, y también el señor Cantrel, pero no podía mirarles todavía sin decirle a aquel hombre lo que sentía.

-Todo esto ha sido culpa suya, Dalen. Ha forzado la mano y lo único que ha conseguido es que un hombre muera y otro vaya a prisión. Supongo que estará satisfecho.

-No demasiado, la verdad, porque la verdad es que no he ganado nada. Entiéndame, no le deseaba ningún mal al joven Cantrel. Solo era un medio para alcanzar mis fines. Supongo que hallaré otra manera de conseguirlo.

El puñetazo que le di me salió del alma. Lo hice tan deprisa que nadie tuvo tiempo de reaccionar, aunque estaba segura de que algunos de que se encontraban allí ni tan siquiera lo hubiesen intentado, aun dándose cuenta de lo que iba a ocurrir.

-Es usted despreciable, Dalen. Don tendrá el mejor abogado que podamos contratar y aunque lo condenen, todo el mundo sabrá cómo es usted y la mala imagen que proyecta a su alrededor. Nadie se atreverá a hacer negocios con usted, ya me encargaré yo de eso. Tengo las influencias necesarias para conseguirlo.

Fui a darme la vuelta para marcharme, pero entonces recordé algo más.

-Ah, puede presentar una denuncia por abuso de autoridad, si quiere. Me encantará declarar los motivos que me han llevado a golpearle.

Anne estaba en la puerta, junto a su padre y ambos recibieron a Don como se merecía, con un abrazo y gestos de consuelo. Sabía que eso no sería suficiente para él, pero todo lo que le había dicho a Dalen era cierto. Llamaría a mi madre y haría cuanto estuviese en mi mano para que saliese lo mejor parado que pudiera de aquella situación, al coste que fuera.

Anne dejó a su hermano y su padre y se dirigió corriendo hacia mí, abrazándome como si alguna vez hubiese pensado no volver a hacerlo.

-Hey, tranquila. Estoy bien y dentro de lo que cabe, Don también. Pero lo va a pasar mal.

-Lo sé. Pero… al oír el disparo… pensé que te había ocurrido algo y…

Por triste que fuera la situación de Don, oír aquello de Anne me dio la vida. Podía notar su corazón palpitando a mil por hora y el mío intentando adaptarse a su ritmo de latidos, porque yo misma había sentido que podía recibir en cualquier momento un disparo mortal y ahora me sentía más viva que nunca.

-En cuanto deje a Don en la comisaria, llamaré a mi madre. Don necesitará toda la ayuda que podamos darle. En cuanto a Dalen… me parece que está a punto de ver como su popularidad desciende en picado. Una persona con poder puede mantenerlo únicamente mientras no resulte despreciable a la vista de la sociedad y ahora mismo, dudo que nadie lo vea de otra manera.

Anne me miró sorprendida.

-Eres… increíble. Quizás por eso estoy tan enamorada de ti –me dijo, consiguiendo que me sonrojara completamente y que durante unos momentos, de olvidase incluso de respirar.

Cada vez que miraba sus ojos, me perdía en ellos como si fuese un plácido mar en el cual sumergirse permitía descubrir las maravillas que siempre había sabido que había bajo su superficie pero que jamás me había atrevido a explorar, y tardé unos segundos en recuperarme y volver a sentir que había algo más en el mundo aparte de ella.

-El sentimiento es recíproco, te lo aseguro. Anda, vamos. Tu padre necesitará toda la ayuda que podamos darle.

Nuestra salida del banco fue irrumpida con aplausos, pero no tardaron en transformarse en abucheos contra Don, que a duras penas lograba mantenerse en pie y mucho menos caminar, aunque fuese únicamente hasta el coche policial. No permití que Anne o su padre fuesen a su lado, pero les aseguré que podrían verle una vez lo tuviésemos bajo custodia.

En aquellos momentos, todo era posible, incluso un linchamiento.

Pero no sucedió nada. Logramos llegar hasta la comisaría y yo misma encerré a Don a buen

recaudo, asegurándome de que no tenía encima nada que le permitiese ahorcarse o hacerse daño. En aquellos momentos era para mí la principal preocupación.

Anne y su padre no tardaron mucho más en llegar y permití que fuesen a verlos. El semblante del padre de Anne y Don era algo imposible de describir; su amargura, su frustración, la tristeza al ver a su propio hijo destrozado y también todo cuanto había hecho… que no era ni la mitad de lo que podía haber sucedido, era algo que podía verse en sus ojos para cualquiera que se atreviese a mirarlos.

Era terrible.

EPÍLOGO

Fue una ventaja que no muriese más que Henricks, porque el juicio posterior demostró que Don estaba en un estado de enajenación transitoria y que el arma se había disparado en respuesta a los intentos del excomisario por arrebatársela. Todos encumbraron mi capacidad de reacción y el valor que había mostrado, y Anne me quería más que nunca, porque había logrado salvar su vida y perdonarle aquel arranque de rabia que había estado a punto de acabar con ambas. Su padre parecía resignado y casi agradecido ante la más que posible condena a perpetuidad de su hijo, pues consideraba que se había hecho merecedor de tal castigo, pero afortunadamente, la corte fue generosa.

Diez años fueron considerados más que suficientes para compensar el daño que había causado.

Dalen, por su parte, era un hombre inteligente y supo hacerse a un lado e incluso hablar a favor de Don cuando llegó el momento, o al menos, no demasiado mal, puesto que hizo referencia sobre todo a su enfermedad.

Quizás fuese debido a que unos días después de todo el asunto del casino, fui a verle para presentarle la oferta de mi padrastro. Dalen sabía cuándo le convenía desplazarse para ganar y en aquella ocasión no iba a ser diferente. Recuerdo que me miró con sorpresa, como si no se esperase algo así por mi parte.

-Es usted una caja de sorpresas, comisaria. Veo que ha hecho sus deberes y sé cuando hay una oportunidad que merece ser explotada. Acepto su proposición.

Así quedó zanjado el tema de los pagarés, a salvo la casa de los Cantrel y finalmente, la familia de Anne.

La noche en la cual salió el veredicto, Anne y yo respiramos aliviadas. Don había mejorado mucho su actitud y ahora se mostraba bastante agradecido, además de reconocer abiertamente sus errores, pero necesitábamos una buena noticia que nos ayudase a ver su futuro de otra manera.

A pesar de todo, el juicio había resultado agotador y estábamos ávidas de tener algo de tiempo para nosotras, pero yo tenía muy claro lo que deseaba hacer, así que mientras estábamos en la sala, la miré, muy seria.

-Tengo que hacer unas compras. ¿Nos vemos después en mi casa?

Anne parecía sorprendida pero asintió sin protestar. Nos despedimos con un beso y rápidamente, salí de la sala con las ideas muy claras.

Cuando llegué a casa, lo dejé todo listo, agarré a Rogo y me marché directa a nuestro árbol, aquel en el que nos habíamos encontrado a caballo, a medio camino entre los dos ranchos, y en el cual yo me sentía en paz con el mundo y conmigo misma.

Anne llegó una hora más tarde, montando a Wendy, algo inquieta, y bajó de la yegua casi como si le faltara el aire.

-Gillian Murphy, consigues ponerme de mal humor. Llego a casa y me encuentro solo un mensaje en una hoja de papel indicándome que viniese deprisa a nuestro árbol, sin explicarme nada de nada- ¿Qué ha ocurrido?

Sonreí. Me encantaba cuando estaba tan llena de energía.

-Pues… no mucho, todavía –le dije. Entonces me arrodillé delante de ella, saqué el pequeño paquete que tenía en mi bolsillo desde hacía más de medio día, y lo abrí delante de ella.

-Anne Cantrel. ¿Quieres casarte conmigo y ser mi esposa para toda la vida?

Anne se llevó las manos a la boca, comenzó a llorar y se abrazó a mí con fuerza. El sabor de sus lágrimas se mezcló con el de sus besos, pero su sonrisa es lo que mejor recordaría en el futuro. Era la más hermosa que había visto jamás.

-Claro que quiero. Te amo; te adoro, Gillian Murphy.

Yo empecé también a llorar como una tonta, fundiéndonos ambas en una secuencia infinita de besos y abrazos, que todavía habría de continuar mucho después, pues jamás volveríamos a sentirnos solas ni a tener el corazón roto.